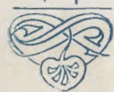
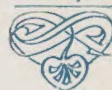
Fray Mocho

Revista Semanal









"HÚNGARA"

POR JULIO BORRELL

N.º 860

AVENTURAS DE PIPIRI

























FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912 — Dirección, Redacción y Administración: CERRITO 607

Año XVII — Buenos Aires, octubre 16 de 1928 — No. 860

El transporte de moda, por Rojas



Puso término a la fiesta;
y, risueño y expresivo,
a otra parte, con su orquesta,
va con la batuta enhiesta
y en viaje colectivo.

SARAPURA

Por Fausto Burgos

I

Camina sin darse prisa. A su vera va la donosa Collankani.

¡Oh, los vapores de la chicha ahogada! ¡Oh los vapores de la chicha color de oro que colmó las jarritas de tierra bermeja! Los vapores de la chicha rubia y generosa le dan ánimo. Le dijero que lo llevarían por un año, tal vez por dos años, a las provincias abajeñas de donde vienen los hombres blancos. ¿A Santa Fe? ¿A Buenos Aires? Y entonces se bañó de amarillez su rostro, y miró quebrada abajo.

Caminan emparejados por una de las calles tristes de Abra-Pampa; la Collankani hila y envuelve las hebras en la puisca indiana.

—¿Koskay? — pregunta ella, y señala un mozo que se encamina a la estación.

—El...

También se lo llevan a Koskay —piensa la moza — y se admira de ver a Koskay de a pie. ¿A dónde dejó el jinete campeño su briosa jaca serrana?

—El Koskay se irá contento...

—¿Y la Amancay?...

Caminan sin darse prisa. ¡Oh los vapores de la chicha ahogada! ¿Beberán nuevamente en el mismo vaso? ¿Cogerán hojas de coca de la misma chuspita? ¿Se darán a probar el blanco mote? ¿Alguien la silbará a ella cuando vaya detrás de las llamas? ¿Quien le ayudará a tejer cortes de barracán y picote?

La moza viste una saya corta, tableada, amplia y una lliclla rojiza.

Koskay no volverá; le tocó por dos años; se lo harán quedar los abajeños.

—¿Y la Amancay?

—El no la quiere, si la quisiera un chiquito, no andaría tan contento.

Sarapura reflexiona: Es cierto... Koskay anda alegre; en la chichería de la Rosa Quispe bebió hartas jarras de chicha... Si vendió su caballo es porque piensa irse del todo. Y no quiso atender lo que le decía don Rodolfo... Es cierto...

—Ciert'to, ¿no?

Adivina lo que ella quiere decirle y la mira amoroso.

¿Beberán nuevamente en el mismo vaso? ¿Partirán la misma tableta de llicta? ¿Bailarán otra vez al son de sus cajas indianas?

La Collankani se imagina que Sarapura se va para no volver... y mientras hila se le empañan los ojos.

—¿Faltará poquito?

—Lejito está y ya viene sonando...

El viento de la Puna trae el vago rumor de ruedas trepidantes. Pronto se oirán los gritos del silbato; después, los mozos que pasean el andén, cabizbajos y tristes, subirán en los coches de segunda clase.

Se detiene junto al tinajón de Mercedes, la chichera.

—Una jarrita...

—No tomís más...

—¿Unita?

—Dos.

Ahora le parece que se ha apagado el rumor de las trepidantes ruedas.

—Vaya, pues...

Colma los vasos empañados. ¡Oh la chicha generosa y rubia como el maíz! ¿Otra vez beberán en el mismo vaso?

—¿Se lo llevan?

—Se lo llevan.

—A mi Quipildor también se lo llevaron; le tocó por dos años, en la marina. Volvieron otros, pero el no volvió...

—¿Hace mucho?

!—Mucho... Mi Quipildor era joven.

—¿Trabajaba en las Borateras?

—Arreaba una tropita de llamas cargadas con mineral de Puma Huasi...

—¿Y la tropa?

—La vendí a un llamero. ¡Pa' qué quiero tropa ya! Los cueritos no valían nadita; el turco no compraba hilo...

—¿Hace mucho?

—Mucho. Los otros volvieron, pero él no volvió... ¿Se lo llevan a Sarapura?

La moza contesta:

—Se lo llevan...

—No volverá...

Sarapura pide:

—Otra jarrita...

—Vaya pues, a la despedida.

El llenó el vaso y se lo ofreció a la Collankani. Ya sus labios gruesos y verdosos, anunciando el llanto, temblaban.

La moza bebe a pausas.

—Pa' vos.

Recibe el vaso. Sarapura busca en el borde las huellas que dejaron los labios finos y morenos.

—¿Son casados? — pregunta la chichera.

—En Chajra-Huaico no hay cura.

—Mejor.

—Sí, pues.

—¿Llegaron ayer?

—Esta mañanita.

Mercedes, la chichera, baja los ojos y piensa para sí: ¡Pobrecita! como se va tu compañero se fué mi Quipildor. Yo entonces no era vieja y tenía ánimo para caminar leguas y leguás detrás de las llamas cargadas con costalitos de mineral; iba hilando con mi puisca, hilaba sin cansarme. Ahora, apenas puedo estar sentada; si no hiciera chicha para vender, me moriría de hambre. Ya no puedo hilar, me duele el brazo y tengo casi duros los dedos. Lo esperarás un año y otro más, pero éste no volverá...

—¿Será el tren, señoray?

—Sí... ya viene sonando...

—Tomás — dice — y le entrega el poncho listado. ¡Oh... le han dicho que todo lo que lleve puesto irá a parar a la basura... Le darán otro traje, un kepis, unas *rusas*, una polainas, un espadín. Si pudiera ir en cabeza y descalzo, dejaría también sus ojotas, su sombrero ovejón...

El tren se aproxima.

¡Cómo tiemblan sus labios verdosos anunciando el llanto! ¿La besará? ¿La abrazará? La contempla amoroso antes de partir.

Se va, se va... Ni un abrazo, ni un beso, ni un apretón de manos... Ella sonríe con sonrisa pálida.

—Te quiere mucho, hijita, pero no volverá; mi Quilpidor también así se fué...

La moza se pone a hilar, hila, en tanto Sarapura va a tomar el tren.

Una muchedumbre de jóvenes sube en un vagón desteñido y polvoroso. Sarapurà se bambolea al poner el pie en el estribo. El guarda le grita:

—Suba pronto...

Y le da un empujón. En cuanto penetra en el coche de segunda clase, empieza a llorar.

—Se está creyendo que puede ir aquí estando machao?... ¡Bájese!

En el andén un milico lo toma por el brazo:

—Caminá, vamos...

El Jefe interviene:

—Déjelo subir, es de los conscriptos...

Gavota del año cuarenta

La pálida niña evoca en el clave
una vieja música de cadencia grave
entre las penumbra del viejo salón.
La amable abuelita que aun vive soñando
un grato suceso, quizá recordando,
sonriente escucha la antigua canción.

Un rayo de luna se quiebra en la reja;
turba el sueño grave de la calle vieja
el distante y loco rumor de un festín,
Envuelta en las sombras, cruza vacilante
la triste silueta de un músico errante
que rima sus penas en su violín.

La lenta sonata muere en el teclado
de marfil antiguo del clave pausado;
el postrer acorde se aleja veloz.
Un perfume viejo vaga en el ambiente;
parece un instante flotar gravemente
de lejanas vidas la apagada voz.

Es alegre noche, noche de verbena;
en el perfumado aire tibio suena
de cantos y risas lejano rumor.
La niña sonríe, la anciana medita,
la niña suspira: "Cuéntame, abuelita,
cuéntame una dulce leyenda de amor".

La abuela solloza. "Los dulces amores
pasados se truecan en vivos dolores
que al alma añorante place recordar.
Ay, dulces memorias de pasados días!
¿Por qué al evocaros, viejas alegrías,
mi pobre alma siente ganas de llorar?

"¡Noches de verbena! ¡Noches deslumbrantes!
Lindos madrigales, sonrisas galantes,
dulces discreteos de ingenio sutil.
Los enamorados cubrían de rosas
sus capas tendidas porque las hermosas
al pasar bordasen su planta gentil.

"¿Adónde habéis ido? Rejas entornadas,
cubiertas de flores; novias desveladas,
al cándido halago de alguna ilusión.
¡Luz de una mirada que nunca se olvida!
¡Juventud! Lejana quimera florida
Ya todo ha pasado. ¡Pobre corazón!...

Se apagó el nostálgico acento doliente;
con dulce tristeza flota en el ambiente
el vago fantasma de la evocación.
La breve caricia de pálida mano
arranca del alma sonora del piano
los lentos acordes de antigua canción.

Emilio CARRERE

Pone nuevamente el pie en el estribo.

—¿Subís o no? ¿O querís que te haga subir yo?

Apenas ve a sus compañeros rompe a llorar.

—¡Bajate!... Yo no puedo permitir que aquí vaya un machao...

—Dejeló, guarda...

—Yo le voy a quitar la macha... ¡Coya inservible!...

—Los que están adentro le hacen un lugar. Siéntase en uno de los duros y largos bancos de madera y asoma la enmarañada cabeza por la ventanilla.

Ahora mira con ojos empañados la vega cubierta de tola, los montes rojizos, los cerros azules. La Collankani lo sigue, lo sigue con larga mirada. Se ha quedado quieta, con el huso en la mano.

II

Amanece. El aromoso airecillo del cerro entra por las ventanillas del coche de segunda. Los conscriptos puneños apeáronse en Güemes, para subir en otro vagón viejo y desteñido. El guarda les dijo que se los llevaban a Salta. ¿A dónde quedará Salta? — se preguntaron.

Ahora van silenciosos, adormilados. Mientras evocan el recuerdo de sus montes bermejos, de la tropa de llamas, de la casita de piedras, sienten en la cara un grato frescor.

Amanece. En cuanto el tren se detiene, oyen el canto de un gallo y el alegre trino de los chalchaleros y de las reinamoras. El guarda les pregunta:

—¿Qué tal, eh? ¿De dónde los traen? ¿De Santa Victoria? ¿De Iruya? ¿De Cochinoca? A ver, alguno, el más corajudo, conteste.

Koskay oprime su acuvico y responde:

—De arriba, señor.

—¿De Cochinoca? ¿De la Rinconada? ¿De Santa Victoria?

—De allí, pú señor.

—¡Vean cómo me han puesto el piso del coche! ¿Qué les costó tirar los acuyicos por las ventanillas? ¡Coqueros!: a ustedes los tendríamos que llevar en vagones de hacienda...

El guarda camina, mirándoles de alto a bajo.

—Ya verán lo que les va a pasar en Salta... Pongan los pelos en remojo: los trasquilarán, los harán poner en cueros y lavarse a cepillo... y después, les quemarán la ropa para matar los torunos... Ya los estoy viendo por las calles de Salta, de uno en fondo, haciendo sonar las rusas...

—Así será, señor.

Y voltean nuevamente las hojas del mañanero acuyico.

Sarapura se ha puesto a contemplar los cerros. Jamás vió otros parecidos. Los de su terruño sólo tienen en las abras tristes, algún queñoal sombrío.

El tren corre entre cerros cubiertos de hermosos cebiles, laureles corpulentos, altas tipas, espinudos yachanes. Cerca, en las quebradas magníficas, por donde corren ríos turbulentos y bravíos, alborózanse chuñas, charatas y cantan los chalchaleros.

Se pone alegre Sarapura al contemplar la montaña verde. Se imaginaba que todos los cerros eran pelados, rojizos; un blancuzco arenal aquí, un coillpayoc allá; por donde echara a vagar la mirada, cardones solitarios y peñas aforradas de grísea y dura yareta.

—¡Mojotoro!—exclama el guarda desde la puerta. — A ver si tiran por la ventana el acuyico, coqueros!...

Sarapura lo mira y baja los ojos.

III

Le gustaría calzar sus viejas ojotas monteses. ¡Si lo viera la donosa Collankani! Las rusas patrias le oprimen los pies, la chaqueta que usa no le va bien; el kepis le afea y no le ataja el sol. Esto de llevar las canillas aforradas le parece una locura. ¡Oh si pudiera vestirse su saco de picote, sus anchos pantalones de barracán! Vestido a lo pastor, solía andar leguas y leguas sin otra vianda que su taleguilla de coca y su chata de alcohol.

Lo trasquilaron... A la hora de recogerse, se pone triste. ¡Como se alegraría si le dieran permiso para tenderse al raso!: coquearía a sus anchas, contemplaría el cielo a su placer.

Ya conoce las chicherías de Salta. En un puesto del mercado principal, le sirvieron jarritas de chicha preparada a la usanza puneña. Mirando a la chichera, se decía: ¿Será hermana de la Candelaria o de la Mercedes, de Abra-Pampa? Con vasos de chicha asentó el picante de panza servido en plato de palo.

¡Si lo viera la donosa Collankani! De ella no tiene noticias. ¡Quien la ayudará a tejer picote y barracán? ¿Quién tocará la turuma para su regalo?

Le gusta trepar las boscosas cuestas del San Bernardo. Le place mirar desde lo alto del monte, las calles de la ciudad y la cadena de cerros azules, de cuyas cumbres se alzan los nublados.

IV

El cabo Jiménez le tiene ojeriza. De continuo le grita al oído:—¡Coya estúpido! ¡Bestia de carga! El tal Jiménez es un mozo porteño, rubio, todo nervios, un mozo que adivina el pensamiento de los soldados, que cuando "ellos van, él vuelve"... Habla ligero el tal abajeño, camina de prisa, parpadea mucho cuando mira y a menudo, se levanta como leche hervida...

Es la hora de la siesta. Maestro y discípulo están en un rincón sombroso de uno de los patios del cuartel.

—¿Vos te llamás, Sarapura, inservible?

—Así es, mi cabo.

—¡Tu cabo! Siquiera fuera cabo de rebenque para rajarte la cabeza... ¿Estás coqueando?

—No tengo nadita, mi cabo.

—Ahora me vas a hacer reir, como hiciste reir a medio mundo, el día de la fiesta... Yo te voy a enseñar a ejecutar los ejercicios a tiempo.

—Bueno, mi cabo.

—¡Firme!

Sarapura pone el cuerpo tieso. Sus ojos de mirar modesto, miran ahora con rara energía. ¿Cuántas veces tendrá que hacer el ejercicio cuarto de la gimnasia sueca?

—¡Uno!... ¡dos!... ¡tres!...

Pero... ¿para qué todo esto? ¿Acaso no son ágiles sus piernas? ¿Acaso no suele trepar cerros con doble carga a cuestas?

Sarapura se eleva sobre la punta de los pies, dobla y desdobla las piernas enérgicamente.

El maestro sigue contando...

—Ahora... ¡a la carrera!

¿A la carrera ahora cuando no puede tenerse en pie?

Así como corren por los descampados las tímidas vicuñas, corre él también. Ya está a un centenar de metros del maestro...

—¡Firme!

Se queda tieso. ¿Un huelgo?

—¡A la carrera!

—Ahora... ¡paso de pato! ¡Uno! ¡Dos!...

El cabo cuenta con voz vibrante.

¡Paso de pato! Y camina y camina, en cuclillas.

—¡Firme! ¡Salto de rana! ¡Uno! Salta, salta; después ya no escucha la vibrante voz del maestro. ¿Qué le acontece? Tiene el rostro como pegado a la tierra bermeja...

V

Es por los caniculares. El regimiento de artillería ha salido a hacer maniobras de combate. Anochecido llegaron a las primeras cuestas del cerro Inca-Tuasí; durmieron y no durmieron. El viento de la Puna arrancaba las carpas.

Trepan, trepan, sin saber dónde han de parar. Las taleguillas de coca andan de mano en mano. De



EL MEDICO. — Lechuga sin aceite y un vaso de jugo de naranja... Esa será su dieta diaria...

LA QUE QUIERE ADELGAZAR. — ¿Y eso lo tomo antes o después de las comidas?

La Muerte, el Olvido, la Gloria

Hay una enfermedad crónica, necesariamente mortal, que todos debiéramos evitar y que, sin embargo, todos deseamos: la ancianidad.

—La gloria no es otra cosa que un olvido aplazado.

—El fin práctico de la civilización consiste en obligar a la muerte a hacer cada día más larga antesala delante de nuestra alcoba.

—Considero antihigiénico meditar de continuo sobre la muerte. Haciéndola blanco perpetuo de nuestro cariño, acaba, como la mujer amada, por enamorarse de nosotros, y nos lleva temprano con sus alas de murciélago hacia la gruta tenebrosa e insondable.

—Sólo merecen la gloria los hombres que mediante la acción inteligente y altruísta, embellecieron, mejoraron y esclarecieron al mundo que habitamos.

—La gloria es como la mujer para el hombre: la perseguimos si nos desdeña, la despreciamos si nos prefiere.

—Poco vales si tu muerte no es deseada por muchas personas.

—Loor a los maestros que, como el admirable Sócrates, han hecho de su muerte la más admirable lección.

—Nada distrae más a los viejos que ocuparse de historia; es decir, de la vida y hazañas de hombres más viejos que ellos.

S. RAMON Y CAJAL

vez en vez, una mula dobla las patas y cae sacando la lengua.

Los soldados que forman el regimiento son mozos de Cachi, de Molinos, del Escoipe, de la Puna. Cuando se presentaron vestían terno de barracán, sombrero ovejón; ojotas pastoriles calzaban entonces.

Soruco, Koskay y Sarapura vuelven la cabeza y miran al cabo Jiménez.

Koskay. — Ahora lo veremos al churo...

Soruco. — Tempranito ya aflojaba. Quispe le cargó la mochila y le dió un trago de alcohol.

Sarapura. — ¡Macho flojo!...

Koskay. — El cabo es más flojo que el macho; el macho aguanta su carga y camina.

Soruco. — Se nos vienen los nublados...

Koskay. — ¿Se estará por enojar el cerro?

Soruco. — Calladitos se nos vienen, oscuritos...

Sarapura. — ¡Macho flojo!

Y los densos nublados bajan perezosos y se extienden. Al improviso desaparece la muchedumbre de cardones rumorosos

Koskay. — El cerro se enoja... ¿Sentís tiembla? Y tiene puna brava...

Sarapura. — Los de la batería "azul", nos están haciendo fuego...

Soruco. — ¡Eje!

Sarapura. — ¡Macho flojo!...

Soruco. — Más flojo es el cabo; el macho llevá su carguita. Véanlo al churo... ¿estará echando sangre por boca y nariz?

Vuelven la cabeza. El viento bravío les quiere arrastrar cuesta abajo...

—¡Cabo Jiménez! — exclama Quispe. — Le desprende la chaqueta, la camisa. Jiménez está demudado. Y poco a poco, sus párpados se bajan, se juntan.

Soruco. — ¿Estará echando sangre por boca y nariz?

Vuelven de nuevo la cabeza y dando cara al viento, miran cuesta abajo.

Koskay. — Cayó para no levantarse...

Soruco. — Andá vos, Sarapura...

Sarapura. — ¡Macho flojo!...

Y trepan, trepan, agachados, en tanto el viento bravío, arremolina la llovizna.

VI

Domingo de carnestolendas. Sarapura y Koskay van por una de las calles de Abra-Pampa. En un coche de segunda clase; viejo y polvoriento, viajaron los conscriptos puneños. El tren se quedó plantado en Volcán. ¡Lo de todos los años!... Sarapura y Koskay sentaron plaza de terrapleneros y trabajaron metidos hasta las rodillas en el barro pegajoso y rojizo. En cuanto se limpió el cielo, echáronse a pie, camino de sus pagos.

Al doblar una esquina se dan con Mercedes, la chichera.

Mercedes. — ¿Ya están volviendo?

Koskay. — Ya.

Mercedes. — ¡Cómo están de gordos! ¿Ciertito que el Volcán no daba paso?

Koskay. — No daba.

Mercedes. — ¿Quieren una jarrita?

—Koskay. — Bueno.

Mercedes. — Y yo dije que ustedes no iban a volver... Los que se van a las provincias abajeñas, pocas veces vuelven... A mi Quipildor le tocó por dos años; otros volvieron, pero él no volvió.

Sarapura. — Estuvimos en Salta...

Mercedes. — Salta es allí cerquita; bajando, bajando, se llega. En el mercado de Salta vende chicha mi comadre María Cachisumpi... ¿No la vieron a mi comadre?

Koskay. — No la vimos.

Mercedes. — ¿No?

Koskay. — No.

Los mozos beben sendos vasos de chicha. Mercedes, que está en cuclillas junto a la tinaja, se dice: "¡Qué suerte tienen los que se van!... ¡Si éste supiera con quién anda amartelada la Collankani!"

Mercedes. — Lindito está el carnaval.

Pasan á toda carrera mozos y mozas, jinetes en briosas jacas vallistas.

Mercedes. — Esos llegaron esta mañana; son peones de don Rodolfo. El Serapio Kalisaya anda loco por la viuda... ¡Vaya, pues!: una viuda joven y con plata!... ¡Qué importa que sea tutada de peste, no?

Koskay. — Igual da...

Kalisaya pasó cantando huayñitos quebradeños al son de su caja.

Mercedes. — En lo de mi comadre están bailando desde el jueves. Oscurito, oscurito, ya sonaba la caja. Yo estuve ayer un ratito: Guaycama tocaba el erquencho.

Koskay. — ¿Guaycama?

Mercedes. — Sí, pues, sí, ya volvió de Tarija... Son puros cerreros.

Koskay. — Nosotros también somos cerreros; no sólo a los campeños les gusta el baile.

Mercedes. — Vaya pues... sírvanse en mi nombre.

Koskay. — ¿Y son muchos?

Mercedes. — Como quince. Bajaron la noche del miércoles. Cuando yo fuí a mosquetear, estaba bailando el sobrino de don Gonzalo. ¡Vieran qué lindo es!: bien blanco y rubio... ¡Y qué buen bailarín había sido! El también tocaba la caja y cantaba. Le gusta la chicha como a nosotros...

Koskay. — No será abajeño.

Mercedes. — Abajeñito es pues, don Benjamín...

Koskay. — Así será, pero ¡quién sabe!...

Mercedes. — Y coquea. Bailando, bailando, hacía sonar las espuelas.

Koskay. — Lo veremos bailar.

Mercedes. — Abajeñito es pues; se lo trajo de su tierra don Gonzalo. Y es mozo hecho y derecho. ¡Si lo oyeran tocar el charango!...

Koskay. — ¿Y cuál es la que le llena el ojo?

Mercedes. — La Collankani, pues ...la misma que lo despidió a éste...

Koskay. — ¡Sarapura!: te están haciendo fuego...

Mercedes. — Sólo a la Collankani la obliga, sólo con ella baila y canta...

Edición Extraordinaria

FRAY MOCHO

EN SU PROPOSITO DE ADHERIRSE AL

DIA DE LA RAZA

dando a dicha efemérides toda la preferencia que merece su glorioso significado; y, al mismo tiempo, queriendo ofrecer, a sus lectores, una amplia información gráfica relativa a la

Transmisión del mando presidencial

y al nuevo gobierno de la República, editará, en la próxima semana, un

NUMERO ESPECIAL

Con doble cantidad de páginas, de las ediciones corrientes, que contendrá un nutrido e interesante material gráfico y literario sobre dichos importantes asuntos de actualidad.

El precio del ejemplar no sufrirá alteración alguna

Koskay. — ¡Te hacen fuego... Sarapura!

Mercedes. — La pobre no tiene la culpa...

La chichera se ha puesto a mirar a Sarapura.

Mercedes. — Vaya, pues... Yo misma los estuve viendo. Ella no tiene la culpa, usté se fué... ¿Se acuerda del último día, cuando me compraron varias jarritas de chicha? Muchas veces los ví desde entonces: bajaba con su tropita de llamas; venía hilando, siempre hilando, la pobre. ¿Y qué iba hacer?.. A usté se lo llevaron...

Koskay. — Sarapura, ¿oís lo que te dice?

Mercedes. — ¡Qué mozo tan amartelado!: quería que la Collankani se le sentara en las piernas...

Koskay. — Abajeño...

Mercedes. — Cuando yo estuve, cantaba con el charango el bailecito ese...

Koskay. — ¿Cuál?...

Mercedes. — Ese pues, que dice:

¿Por qué me distes el sí
traidora, teniendo dueño?
¿No sabís que no se goza
con gusto lo que es ajeno?

Koskay. — Iremos a oírlo...

Sarapura bebe con avidez.

Mercedes. — ¿Otra jarrita?... La pobre no tiene la culpa. Usté se fué... ella bajaba de tiempo en tiempo; venía hilando, hilando, la pobre...

VII

Es ya noche cerrada. De rato en rato pasan por las calles de Abra-Pampa, mozos y mozas, jinetes en briosas jacas vallistas.

Se oye el son bárbaro y quejumbroso del erquencho. En una u otra esquina, acurrucados, con el acuyico en la boca, duermen los que bebieron de la chicha ahogada.

Sarapura y Koskay distinguen ya el camino que va a Cochinoca: antes de seguir adelante, se detienen cerca de una chichería.

Koskay. — ¿Oís? Están cantando.

Se oye un coro melancólico, bárbaro.

Koskay. — ¿Entremos?

Sarapura. — No.

Koskay. — ¿Y se la vais a dejar a la Collankani?

¿Qué no somos artilleros? Yo se la voy a quitar...

Koskay revolea su honda pastoril y bamboleándose, va dar un empellón a la puerta de calle.

Don Benjamín. — ¿Quién es el atrevido?... A ver...

La Collankani. — No... no...

Koskay. — Yo soy, señor...

Sarapura se interpone.

Don Benjamín. — ¡Dios! Dos coyas juntos no valen lo que vale un porteño!...

Y los derriba en el suelo.

Aún se oye el coro melancólico y bárbaro.

VIII

La media noche. Camino de Cochinoca, repechando va Sarapura. La quebrada es angosta, desolada. En los barrancos retumban los alaridos del viento.

Se para tembloroso. ¿Cogerá una piedra? ¿La arrojará con su honda pastoril?

Sí, sí, son ellos — se dice — y se agacha y coge un guijarro no pulido por el fresco roce del agua.

Ahora corre, cuesta arriba; por un instante se agazapa detrás de un cardón. Torna a mirar. ¿Y si le pegara a ella?... ¿Si la viera en el suelo, los cabellos sueltos, el rostro ensangrentado, las manos inmóviles, la mirada quieta, los labios apretados, tendría valor para acercarse y llamarla?

Arroja la piedra y corre, corre, corre cuesta arriba... ¿Qué ve?... ¡Ah!... El caballo que montaban ellos se ha encabritado. ¿Y si le hubiera pegado a la Collankani? No tendrá valor para acercarse a llamarla...

El eco prolonga los gritos del jinete...

Sarapura se ha quedado inmóvil al borde de un despeñadero. Mira hacia abajo. Sí, sí... es ella... la de los labios finos y morenos; es ella, la infiel, quien lo llama con apagada voz... Y cae; la mira... La moza ansía levantar la cabeza ensangrentada al musitar su nombre...

La lucha contra la fiebre amarilla

A la gran lista de hombres abnegados que por la Humanidad y la Ciencias han sacrificado sus vidas hay que añadir la de dos héroes, la del doctor japonés Hideyo Noguchi y la de su compañero Dr. W. A. Young. Sus recientes fallecimientos de fiebre amarilla en la pulífera costa de Oro británica del Africa Occidental han señalado un triunfo en los últimos baluartes de tan terrible enfermedad.

Desde que el doctor Lozear y algunos otros valientes, después de treinta años de estudios sacrificaron sus vidas para probar que los mosquitos eran los vehículos portadores de los gérmenes de la fiebre amarilla, no se habían registrado hechos tan emocionantes de abnegación y sacrificio como los de los dos sabios citados.

En noviembre último, el doctor Hideyo Noguchi, deliberadamente, voluntariamente, se jugó la vida en su excursión al Africa Occidental para estudiar las bacterias que son causantes de la terrible enfermedad fiebre amarilla africana.

En aquel mismo territorio acababa de ser víctima de la misma epidemia el joven médico Adrián Stokes.

Era la misión del doctor japonés aislar el germen africano y descubrir si era el mismo organismo que producía la fiebre amarilla en la América tropical, para la cual la Comisión Walter Reed había encontrado una antitoxina.

Lo primero lo consiguió después de un estudio incesante de noche y día, en medio del peligro; lo segundo, lo realizó durante la agonía de la enfermedad que le llevó al sepulcro.

El doctor Noguchi fué inoculado con el suero mencionado, y en una solitaria costa africana, lejos de toda civilización, sin amigos, empezó a hacer sus experimentos en monos con los mosquitos portadores de la fiebre.

El único civilizado que le acompañaba en sus pesquisas era el doctor Young, del Instituto Médico de la Costa de Oro.

A los dos meses de llegar el doctor japonés, sintió que la fiebre se había apoderado de él y se convenció de que era una víctima más de los mosquitos que manejaba, pero no dijo una palabra; sufrió en silencio sin abandonar sus estudios.

Después, escribía a uno de sus amigos:

"A pesar de toda clase de precauciones la fiebre hizo presa en mí y me he salvado de milagro. Nadie se ha dado cuenta de mi enfermedad, aunque yo desde el primer momento sabía lo que me ocurría".

Siguió luchando y disimulando; pero el 28 de diciembre último no pudo más y fué llevado a un hospital.

Allí, en la cama, seguía estudiando y llevó a cabo un interesante experimento, haciendo que extrayesen de su cuerpo debilitado, sangre infectada que inyectó en un mono, el cual murió al poco tiempo.

Al salir del hospital ya había enfocado el problema.

La rápida muerte del simio indicaba que el suero americano tenía alguna eficacia contra la fiebre africana, porque el mono había muerto muy pronto y él no. Pero por otra parte, el que él, vacunado contrayese la enfermedad, probaba que la antitoxina americana había contenido algo la enfermedad, pero no había destruído por completo los gérmenes africanos.

Lo que ahora tenía que hacer era aislar el microbio enemigo.

Al cabo de varias semanas de un trabajo incesante escribió otra vez a su amigo diciendo:

"Ya tengo el organismo que produce la fiebre amarilla en Africa. Este germen tropical es evidentemente un miembro más mortífero de la misma familia de bacterias que producen la misma enfermedad en la América tropical".

A todo esto, el enemigo que le ocupaba seguía minando su débil cuerpo.

En marzo último volvía a escribir:

"Creo que he descubierto la causa de esta enfermedad mortal. Lo irónico es que probablemente la tengo conmigo".

Tenía razón: el 21 de mayo, cuando sus estudios acababan de ser coronados con el éxito, y dos días después de la fiebre que había fijado para regresar a su país, murió víctima de la fiebre amarilla.

Había probado, hasta con su muerte, que las formas americana y africana de la enfermedad no son las mismas y que había que combatirlas con distintas armas.

Dos meses después moría de lo mismo el doctor Young, que seguramente, se contagió con la compañía del doctor japonés.

LA BENEFICENCIA

Serás sabio si buscas el ideal; éste queda mientras la forma se extingue.

Protege el sueño de tus semejantes y tu sueño será apacible sobre la tierra.

Da tu oro mientras puedas, porque la muerte te lo impedirá pronto.

Cubre la desnudez de los pobres, si quieres que Dios eche un velo sobre tus miserias.

Si ves a un huérfano bajar tristemente la cabeza, no te pongas a besar a tu hijo, pues nadie puede secar las lágrimas del huérfano y ellas son las que hacen temblar el trono de Dios.

Un hombre que había arrancado una espina del pie de un niño huérfano, decía más tarde: ¡Cuántas rosas han brotado para mí esta espina!

La beneficencia no es solamente la virtud de los reyes, es también el alma de los profetas.

SAADY

Los divorcios en Inglaterra

La oficina de estadísticas de Londres anuncia que durante el corriente año la cifra de divorcios en la Gran Bretaña será el doble que el año 1922. Se calcula que el número de divorcios llegará á 5000 contra 2509 en 1922.

Comentando este aumento el conocido jurisconsulto londinense señor Holford Knight ha manifestado que es debido a la prohibición de publicar en los periódicos detalles de los casos de divorcio que se solicitan. Anteriormente muchas personas, temerosas del escándalo, no se atrevían a hacer las demandas ante los Tribunales.

TITIRITAINA

Por Sebastián Gomila

Contrahecho, giboso, con un carrillo que parecía hinchado al golpe de un bofetón, el labio superior partido, los dientes al descubierto, la frente pequeña, con unas cejas parecidas a dos cepillos y el cuero cabelludo como de piel de oso... Lo que se dice todo él una facha. Sí, aquello no era un hombre, sino una mueca, una burla de la creación.

Preguntáranle por sus padres, y la irrisión subía de punto; aquella extravagancia, aquel desecho, se sonreía de un modo indefinible. Causaba risa, dolor y repugnancia a un tiempo. A las chirigotas de los machuchos y a las impertinencias de los chicuelos, solía responder con un gruñido más que lamentación. No se hubiera podido precisar si agradecía o si amenazaba con aquel gesto de bestia errante, con aquella expresión selvática de animal manido...

El pueblo sentía náuseas por la vecindad de aquel estúpido; pero algunos toleraban su presencia un si es no es regocijados, porque un motivo de chunga no se tiene a mano siempre. Sobre todo, ¿por qué habían de echarle, ni como hacerlo? Inofensivo, lo era; sacudírselo a patadas, como quien dice, hubiera sido una crueldad con honores de mal gusto, y además una tontería. En todas partes se necesita un bufón; la humanidad no pasa fácilmente sin la nota cómica, sin su saco de penas. No tener con quien o con qué solazarse, es un vacío. La necedad humana no puede prescindir de los cascabeles.

"Titiritaina", como dieron en llamarle, era el hazmerreír obligado, costal de risa, que se propagaba con creces. Aquella bocaza no podía abrirse para otra cosa que para el despropósito o la carcajada. Habían asomado una vez las lágrimas a sus ojos pitarrosos, aquellas dos cabezas de alfiler de un gris obscuro, ¡y no fué poca la tremolina que se armó en viéndole llorar!... ¿Llorar "Titiritaina"? El colmo, de tal género fueron las bromas y de jáez tal el asombro, que no le quedaron ganas de permitir el más leve desborde al sentimiento... Se las había arrancado la tristeza, una melancolía tenaz aquellas lágrimas, recordando una infamia que fué un dolor no se hizo para los ilotas, el sentimiento no les está permitido a los parias. De entonces acá reía siempre, cuando le embromaban y cuando no... Se avino al escarnio, como otros al espolio: como acatando una fatalidad. El gusano no acierta a respirar fuera del cieno. ¿Qué importaba al mundo aquel "detritus" social; su odisea triste; el concebirlo, acaso, el crimen; el darlo a luz, tal vez, la condenación: el abandonarlo, si a mano viene, la vergüenza o la mala ánima; el vagar luego sin rumbo; el arrastrarse como sierpe maldita; las horas de hambre, los momentos de congoja, los instantes de inconsciente odio?... Nada, absolutamente nada. Hay criatura humana que nace sin derecho siquiera a la compasión; mucho menos, pues, al respeto. Si alguien hubiera tenido para él una palabra de piedad, hubiera pasado a buen seguro por necio. Alguno le decía: "¿Para qué sirven en el mundo seres así?"...

Una noche, la campana de la iglesia despertó a los vecinos tocando a fuego. Una casa ardía. Las llamas eran imponentes... Arriba, los gritos de auxilio lastimeros partiendo el alma. Abajo, la indecisión y el espanto... Corrían muchos azorados, en completo desorden; algunos ni se atrevían a acercarse. Los más valientes formaron cordón y empezaron a echar agua pasando de mano en mano cubos y valdes, con tanta prontitud como ineficacia. No era posible intentar el salvamento..., dos niños quedaban en la habitación alta, indefensos, a punto de perecer... Los trabajos de extinción, pasados los primeros momentos, se hacían con relativa regularidad y en medio de una aparente calma que tenía mucho de fúnebre... "Titiritaina" asomó la jeta por el plazolón donde el siniestro se presentaba con toda su magnitud. Una voz díjole:

—¡Quítate, imbécil, no vengas a estorbar!...

Aquella máscara viviente se quedó quieta, mirando hacia arriba con fijeza. La expresión de aquel rostro era extraña a más no poder. Reflejada por el resplandor del incendio, aquella cara tenía algo de diabólica.

—¡Qítate, quítate!, — repitieron varias voces. — ¡Largo de ahí!...

Cuarteadas las paredes, iba a hundirse un techo. Hubo un instante de estupor... ¡Pobres criaturas!... A aquellos dos niños les conocía "Titiritaina" muy bien...; casi eran los únicos del pueblo que no le repudiaban, los únicos que le mostraron aprecio...; hasta su pan compartieron a veces con él, a solas, como ocultándose de los demás.

Avanzó unos pasos más el idiota... ¡Dios sabe lo que bullía en su cerebro!... Uno le apartó bruscamente dándole un empujón. ¡A buena hora iba con sus muecas!... La bestia aquella se sintió herida en algo muy hondo; miró de alto abajo al que le golpeaba, y de sus ojos salieron como chispas. Era otro incendio.

Trepar por un muro, subir rápido por una escalera y pasar entre llamas desafiando aquel infierno, fué cosa de un santiamén. La gente se quedó atónita. Pocos segundos, y aquel diablo asomábase a un balcón trayendo en brazos a una criatura. Pocos segundos más, y quedaba en salvo la otra también.

Mientras rodeaban al héroe, un estrépito colosal arrancaba un grito de espanto, y una columna de fuego hendía la atmósfera.

"Titiritaina" tenía quemaduras de importancia en cara y manos, cabellos, cejas y pestañas casi habían desaparecido... Al resollar fuerte, con la fatiga, el dolor agudo de los quemazos y la satisfacción a un tiempo, parecía un monstruo... Ni una queja, ni una exclamación..., sólo un movimiento de ojos hacia arriba primero, después fijándolos en la multitud, por último en quien la había dado antes el golpe...

Fué una mirada portentosa, una hermosura en una repulsión... El "detritus" social pasaba a ser hombre, la inutilidad crecía hasta lo inmenso, lo despreciable se convertía en admirable.

No quedaba más feo, quedaba sublime.

LA VOZ QUE DICE

Ven, pobre peregrino que caminas en vano
del Amor y la Muerte por el duro camino,
amante sin amores, vivir no es tu destino.
Yo sé el solo rincón de paz. Dame la mano.

Vendrás conmigo al templo de la triste alegría,
Conocerás tu sombra. En el jardín las gracias
de la paz hallarás. Y descanso y acacias.
Verás la blanca senda de la melancolía.

Yo calmaré esa ansia de vida de que mueres,
y, a la divina hora de la tarde violada,
te diré lentamente cómo todo se olvida.

Te infundiré el beato miedo de los placeres...
Yo te daré el gran libro que no trata de nada,
y aprenderás a estar solo toda la vida.

Manuel MACHADO

Facilita la vida de los otros

Bella tarea es aquella que facilita la vida de los otros.
Gentil acto es aquel que facilita la vida de los otros.
Noble y gracioso movimiento el del pie o de la mano que remueven el obstáculo, puesto por la naturaleza o por los hombres en medio del camino: desde la corteza de fruta en que se resbala, hasta la rama de espino que desgarra las carnes; desde el guijarro puntiagudo, hasta las lianas que cierran los senderos y que a través de ellos parecen serpientes.

¡Qué alegre, qué agil marcha el que va apartando de los caminos y las veredas todo lo que es impedimento y obstáculo para la marcha de los otros!

Cantando va el peregrino.

Sin sentir, recorre las rutas, y, al atardecer, se da cuenta, con jubilosa sorpresa, de que al apartar y remover los obstáculos que entorpecían los caminos de los otros, él despejó maravillosamente su propio camino.

Amado NERVO

Con esa brusca sacudida psíquica que nos denuncia, quién sabe por qué milagro, que la atención de alguien está fija en nosotros, sentí que me miraban.

Al volverme, ví a Irene Galas que sonreía con absoluta naturalidad, como si fuera muy lógico aquel encuentro, para mí inesperado; y sonreía con aquella sonrisa suya que se adueñaba, poco a poco, de todo su ser, como una tinta impregna una tela, y hacía que al cabo se envolviesen en el brillo de su sonrisa sus cabellos casi azules por sombríos, sus manos de las cuales yo recordaba una cicatriz en un índice, su cintura ágil, todo su porte firme y ceñido.

El sol del balneario le había obscurecido la piel; y si los ojos negrísimos habían perdido prestigio, la dentadura, en cambio, albeaba magníficamente, merced al favorable contraste con la tostada tez.

Me acerqué a saludarla. Estaba ella con dos amigas discretas que nos dejaron hablar a solas.

—Ayer estuve a punto de escribirte — le dije. — Y no mentía: a menudo me asaltaban deseos de comunicarme con aquella novia de los quince años. No una sino muchas veces yo había pensado en la posibilidad de iniciar una correspondencia; pero un secreto reparo me había inhibido hasta entonces.

—¿Dirás que me quieres aún?— me contestó ella sonriendo.

—¿Que te quiero? No podría afirmártelo; pero te necesito — declaré. Y luego le hablé de los diez años de mi vida que ella no había presidido.

—He buscado una mujer; he hallado muchas, y tu recuerdo las ha vencido a todas. Si alguna, entre tantas, me interesaba más era, yo lo descubría pronto, porque su sonrisa evocaba la tuya, o en sus ojos, o en sus manos había un remedo de algo tuyo que yo no cesaba de amar...

Ví que Irene palidecía y temí que fuese por culpa de alguna alusión a mi pasado.

—Perdóname — aclaré; — si me refiero a algunos hechos que tú ignoras es porque desde hace mucho tiempo espero esta hora de sinceridad con una ansia que tú no puedes suponer...

—No, Julio, no — me explicó ella.—Me turba el pensar que ambos hemos vivido "episodios semejantes. Entre los hombres que se me acercaban, sólo los que tenían tu voz, o tus gestos, o tu mirada, lograban preocuparme; pero ninguno te alcanzaba... ¡Ah! ¡Cuántas equivocaciones!

Y me relató en seguida varios fracasos sentimentales. Yo la escuchaba con inusitada atención. Un malestar inexplicable me invadía lentamente y me tentaba los labios con palabras mordaces.

—¡No has perdido el tiempo! — exclamé, con una risa falsa, como nota de piano de "cine".

—¡Aún hay más! — repuso ella; —pero, no, tú no puedes saber "eso"...

—Cuéntamelo — rogué una, dos, tres veces...

—No, no; no se puede — me negaba ella, como una abuela que regatea un dulce al nietecito.

Yo callé, disimulando con esfuerzo mi desasosiego.

—Nos veremos a menudo, lo supongo — insinuó ella, al despedirse.

—¡Claro!

Episodio de la desilusión

Por Leonardo Tusso

Convinimos otro encuentro y nos separamos. Yo me volví para verla alejarse; y por un momento, mientras contemplaba su silueta de perpetuada juventud, tuve en el pecho el corazón de los quince años.



—¿Quién era ese pavote que estaba bailando con usted?
—Mi hermano.
—¡Oh! Mil perdones, señorita, no había notado al pronto el parecido...

Nos encontramos muchas veces: tantas, que al vernos juntos las gentes se hablaban en voz baja para decirse que nosotros habíamos vuelto". En nuestras entrevistas no solíamos conversar del lejano noviazgo que nos había unido. En cambio, solíamos platicar de nuestras aventuras posteriores con peligrosa frecuencia, como impulsados por un ansia malsana. Era un goce perverso el resucitar, exagerándolas, emociones cuya descripción laceraba al anheloso auditor, produciéndole una torva angustia de decepción al par que le encendía una lacerante delicia de conocimiento. Nos escuchábamos mutuamente con rabia sorda, a ratos mal disimulada. Irene me decía un nombre y yo me quedaba repitiéndolo a solas en tanto que construía como un limo, con los rastros que cien rostros antipáticos habían dejado en mi conciencia, una imagen odiosa que era, según mi hipótesis, la de "él". Para desquite de este padecer yo no hallaba mejor recurso que una torpe y premeditada frialdad. ¿Mortificaba a Irene el mismo mal? Era muy posible, porque pronto adoptó el mismo remedio.

Una tarde paseábamos por la rambla. Comenzaba el Otoño; había anochecido temprano y eran contados los transeúntes. Irene llevaba puesto un saco de lana, y hundía las manos en los bolsillos con una fruición de gata que se amodorra en un regazo tibio. Taconeaba con energía y marchaba como si lo hiciese a solas. Yo descubrí que me agradaba novedosamente con su atavío de abrigo.

Un silencio ininterrumpido alzaba entre nosotros una muralla de callados pensamientos.

—El frío te hace egoísta — arriesgué, ya molesto; — llevas el alma en el bolsillo, apretadita, y no me das ni una migaja.

—Por temor a dártela toda — contestó ella con su característica rapidez.

—¿Por qué ese miedo? — pregunté con desgano.

—Porque si te diera mi alma completa y verdadera, no sé qué ocurriría entre tú y yo...

Comencé a intrigarme, y me alegré súbitamente por el nacimiento de un tema.

—Dámela... Ahora, con riesgo, la codicio más...

—Prométeme que tú, luego, me dirás "tu verdad".

Asentí, curioso.

—Hace quince días — comenzó ella, calmosamente, — cuando nos encontramos por primera vez al cabo de tanto tiempo, yo creí que iba a cumplirse en mi vida un milagro; creí que iba a realizarse una vieja esperanza. Hacía diez años que yo te aguardaba; cuando ví que te acercabas a mi lado, sonreí con la manera tranquila de quien recoge una recompensa bien ganada. Tú entrabas, ¡al fin!, otra vez en mi existencia. Y tú estuviste conmigo día a día... ¿Se realizaba mi sueño? — se preguntó como si hablara sin testigos.

Comenzaba a invadirme, al oírle la turbación que suele seguir a una plenitud frustrada.

—No — continuó, como si recitase un monólogo, — porque tú no eras tú. ¿Me entiendes? Tú no eras Julio, el Julio que yo había amado a los quince años; el Julio cuyo recuerdo triunfaba de todo posible amor. No tenían ya tus sentimientos aquella frescura, aquella limpieza... Tu risa era ahora opaca; parecía turbia de sarcasmos, de incredulidades, de petulancia. En tus ojos ya no brillaba aquel destello de júbilo, la llamita del optimismo, según tú decías; era otra cosa la que les encendía: un chispazo de ironía escéptica. Te hallé burlón, impío, desgastado por dentro; a cada instante, para mostrarte enérgico, te tornabas agresivo... ¿Qué has hecho de tu generosidad?, sentía ganas de preguntarte... ¿Para qué? ¿Habrías sabido responderme? — concluyó Irene, después de una pausa.

Yo callaba.

—Discúlpame si he sido excesivamente sincera — insinuó ella; — a veces cuando empiezo a entregarme a la verdad, no puedo contenerme y concedo más de lo debido.

Nada dije aún.

—¿No tienes tú algo que confesarme? Es preferible que hablemos claro...

—Bien, sí; tengo también "mi verdad". Se parece demasiado a la tuya, para que tú no la sospeches. Tu ya intuyes todo lo que vas a oir... concluí, mirándola.

—Tal vez... — asintió ella, mordiéndose los labios, sin volverse.

—Sí — insistí; — tú lo imaginas. Pero escúchame. Acaso esta

ARANDO

Por el surco moreno donde el arado muerde
ya las pepitas de oro cayeron de mi mano;
el resplandor rojizo tras los Andes se pierde,
con los ecos del agua, de un arroyo lejano.

La yunta sudorosa, que atalajé a la aurora,
aún avanza despacio por la besana abierta:
los pájaros castigan con ala vibradora
las sombras de la tarde por la extensión desierta

Ya todos los obreros dejaron sus labores
y platican, alegres, bajo el parral vecino.
Laboriosas abejas son los vendimiadores
que llenan con sus voces, el familiar camino.

Yo sigo arando; quiero
que la noche se enrede por mis fornidos hombros.
¡Estan bueno sentirse sembrador, misionero
de los campos que duermen bajo un cielo de asombros!

Antonio de la TORRE

charla de hoy, que es, perdóname el símil, como el discurso necrológico de nuestra ilusión...

Irene me acalló con sus ojos quietos y serenos...

—No te morfes...

—No, Irene; no chanceo. Querámoslo o no, nuestra ilusión ha agonizado entre nosotros, y nosotros, hasta hoy, cuando ella está irremisiblemente muerta, no nos hemos atrevido a mirarnos cara a cara... Eramos como los padres de un pequeñuelo, y sabíamos que este se moría, hora por hora, y no osábamos, sin embargo, animarnos con una palabra, con un gesto de comprensión, con algo que hiciese menos penosa la pérdida...

—Tienes razón, Julio; escuchándote, me da miedo "volver a encontrarte..."

—No lo temas; tú no puedes reencontrarme, porque ya tampoco tú eres tú. Lo he descubierto lentamente, de mala gana, sin buscarlo... Desde "aquello" que tú me ocultaste en la primera entrevista hasta la última intriga de ayer, tú has sembrado en mi recuerdo muchas cosas amargas, sórdidas... Ahora mientes a menudo; y yo, que te conocí mucho cuando no sabías simular tan bien, advierto de inmediato tu engaño.

—¿Lo descubres siempre? — ella sonrió dudando.

—Ves — continué yo; — hasta tu sonrisa, esa sonrisa que yo admiraba tanto, me lastima hoy. Si continuamos frecuentándonos, concluiremos por quemar ese resto de simpatía que aún nos acerca...

—Ese pensamiento cierra la serie de los míos en este asunto — dijo Irene con gravedad.

Y al mismo tiempo en que los dos llegábamos a un pleno acuerdo sobre la idea final de nuestra charla y nos proponíamos la separación, nos asaltó súbita desconfianza: "¿No la moverá un nuevo amor?", pensé yo. "¿Estará bajo la influencia de otra mujer?", se preguntó, sin duda, Irene. No nos atrevimos a desenmascararnos. Yo por vergüenza de varón. Ella, por su dignidad inflexible.

—¿Entonces?

—¿Entonces?

La interrogación había sido simultánea.

—Nos separamos — afirmó ella, con un gesto de voluntaria resignación.

—Es una lástima — murmuré.

—Acabamos de justificarnos...

Recomenzamos a tratar el tema. Lo hicimos especulativamente, como si estudiáramos un problema ajeno.

—¿Eramos mejores antes? No; sin duda nuestros ojos no sabían ver tan claro como ahora — respondí, sin aguardar la opinión de Irene.

—Acaso es ahora cuando, cansados de visiones torpes, ellos no logran ver bien — arguyó ella, con tono de protesta.

Caminamos en silencio un largo trecho.

—La más verosímil entre todas las suposiciones es la de que ya no nos amemos — balbuceó Irene.

—Sí; nos separamos con lamentable tranquilidad.

Noté que mi voz era débil, apretada.

—¿Seremos, al menos, amigos?

—Podemos serlo; pero es mejor que no nos veamos más... No olvides que tú eres el cadáver de mi ilusión — dijo ella con gustada crueldad.

—Yo necesitaré creer que Irene existe, "mi Irene, aquella Irene..."

—No hallándome nunca, podrás volver a creerlo. Y yo llegaré a reanimar a "aquel Julio..."

—Eres optimista — musité.

Yo padecía en ese momento una angustia indefinible.

—Mañana me marcho para Buenos Aires — agregué con otro tono, seco, decidido.

—¿Te vas? — recogió ella con exasperante dulzura. ¿No te atraen estos lugares? Aquí

—¿Para qué he de quedarme?

—Para ver el cielo, el mar... conociste, sin embargo, a "aquella Irene"...

—Y tú a "aquel Julio..."

Entre mis palabras corría un silbo de indignación...

—Yo amor, aún, esta costa... Mira: hoy habrá luna llena...

Señaló el horizonte. En verdad, sobre el mar asomaba un disco rojizo, inmenso. Yo lo miré involuntariamente.

—¿Recuerdas?

—¿Qué?

—Aquella noche...

—No; no recuerdo — contesté con un gesto de asombro, aunque había evocado de inmediato la lejana ternura que Irene pretendía, acaso, resucitar.

Ella se turbó. Creí, en cierto momento, que lloraba, porque levantó la cabeza y entornó los párpados como para retener una lágrima. Quizá se abstraía para fijar algún detalle de un antiguo episodio.

Alguien, un hombre de chambergo gris, pasó a nuestro lado.

—¡Buenas noches, Ernesto! — correspondió ella, mientras yo saludaba.

—¿Quién es?

—Es Ernesto Lamarque, aquel muchacho del cual te hablé ayer.

El relato del día anterior revivió en mi memoria. La naricilla respingada de Irene me resultó de pronto antipática, provocativa, vulgar, idéntica a la de una muchacha que yo había conocido dos meses antes en un restaurante nocturno.

—Entonces, ¿te vas mañana?

—Sí.

Mi aspereza acalló a mi compañera. En tanto caminábamos hacia su casa, un mutismo rudo nos aisló.

Cuando Irene puso su mano en la mía para despedirse, yo me sentí menos fuerte.

—¿Amigos? — interrogué, con subrayada blandura.

—¿Por qué no? — dijo ella con indiferencia, soltando mis dedos.

—Es cierto — murmuré, sin entender el sentido de mi respuesta. Mi pena estaba a punto de llanto.

Eché a andar, calle abajo, hacia la playa. Varias veces estuve tentado de volver al lado de Irene, que permanecía en la puerta jugando con el sombrerillo de paja, para decirle "algo"; pero no atinaba a pensar qué le diría si volviese. Llegué a la esquina deshecho de emoción; miré hacia atrás por última vez. Ella ya había desaparecido.

Una súbita sensación de despojo, la amenaza de una atroz e indefinida soledad, me desgarró entonces. La luna, que lucía ya alta y pálida, recompuso la remota escena que Irene me había sugerido un rato antes.

Y, a ese conjuro, el corazón se hinchó, liviano, en el pecho, como un saco que colmara súbitamente el viento con un remedo de carga.

Medité con singular incoherencia acerca de cuanto acababa de ocurrirme. Progresiva serenidad me poseyó. Me sentí aislado, pero libre. Imaginé que todos los caminos y todas las rutas del mundo se abrían en ese momento ante mis anhelos codiciosos.

La música fácil de un hotel cercano, gritaba una alegría sin titubeos, de viajeros que llevan el destino en la maleta. Irene fué perdiéndose entre mis nuevos pensamientos, como un viandante se confunde en una multitud. Con el alma desligada, con un confiado corazón de primavera, me encaminé hacia los lugares de la muchedumbre, ávido de luz y de estrépito. Iba a la reconquista de Irene; pero de aquella Irene quinceañera, de esa adolescente que tantos hombres llevan erguida, deliciosa, de gracia, "robadora de amor", entre la ansiedad de lo actual y las esperanzas que los dejan creer y los hacen soñar...

Mientras andaba, mirando las aguas quietas y brillantes, parpadee varias veces, porque los ojos me ardían un poco.

ANECDOTA

En sus días colegiales, Mister Coolidge, el actual presidente de los Estados Unidos, estando de visita en su casa, puso una trampa para coger un animal que se estaba robando las gallinas.

Calvin preparó una trampa simple, como todo muchacho de campo sabe hacerlo, con una caja y una cuerda, y a la mañana siguiente encontró al culpable en la trampa.

Esperaba el joven hallar un zorro o algún otro animal de tendencias rapiñescas. Lo que halló fué un mapurite.

—¿Cómo lo sacaremos?" — preguntó el abuelo.

—"Sáquelo por la cola", — Contestó Calvin.

Y, sin esperar el resultado, se escondió en la casa, asomándose por una ventana para solazarse viendo al abuelo correr desesperadamente de un lado para otro tratando de escapar del tufo insoportable esparcido por el bicho

La semana de cinco días de trabajo en los Estados Unidos

Como consecuencia de un acuerdo establecido entre el Sindicato de Obreros del Vestido y los patrones de dicha industria, ha comenzado a regir la semana de cinco días de trabajo, con una labor global de cuarenta horas semanales.

La nueva jornada de trabajo afecta a 20.000 obreros de la industria del vestido, de la ciudad de Nueva York, que estaban dispuestos a ir a la huelga si no se atendían sus peticiones de mejora de las condiciones de trabajo.

A pesar de la reducción de horas de trabajo semanal significa un duro golpe para los agitadores comunistas del Sindicato, porque con ello los obreros renuncian a la lucha abierta contra los patrones.

Con la nueva jornada de cinco días de trabajo, esperán los patrones poder estabilizar la industria del vestido.

EL TIO GARRAMAR

Por Teodoro Baró

No se podía calcular el dinero que había aumentado; ¡tanto era! Vivía en un caserón, y contaban malas lenguas que Cabrinona, el tío Garramar, como le llamaban en todas partes, pues su fama se extendía muchas leguas a la redonda, como se extiende todo lo malo, por poco dinero se había quedado con aquel edificio, prestando unos miles de pesos a un menor y exigiéndole que falsificase la cédula de identidad para que apareciese mayor de edad. El interés era el sesenta por ciento anual, y acumulando intereses al capital, el joven se encontró amenazado de ser condenado por falsificador cuando el usurero reclamó el pago. Perdida la cabeza, acabó por dejar los restos de su patrimonio en las garras del tío Garramar.

De él se narraban mil infamias. Cierto día dijo a un desdichado que le pedía un préstamo para salir de un grande apuro:

—Te daré el dinero, pero quiero que me lo hipoteques en la casa tal.

—¡Si esa casa no es mía!

—No importa, puesto que yo me doy por satisfecho con tal hipoteca.

—¡Vaya una ocurrencia y vaya una hipoteca!, pensó el otro.

Y se avino a firmar la escritura, creyendo que era tonto el tío Garramar. Cuando venció el plazo se amontonaron los intereses, y al llegar el momento que el usurero creyó oportuno para sacar los redaños a su víctima, le exigió el pago. Suplicó otra prórroga, pero Garramar se mostró inflexible y le denunció.

—Parece imposible, se dijo el deudor, que Cabrinona esté loco; pues ¿cómo va a ser efectiva la hipoteca, si la casa no es mía?

Pero, por si acaso, consultó a un abogado, quien se tomó con ambas manos la cabeza exclamando:

—¿Qué hizo usted, desgraciado? Eso es una estafa, pues ha dado usted una hipoteca a sabiendas de que no le pertenecía.

—¡El me lo pidió!

—¿Cómo lo probará usted?

—¿De modo qué?...

—Será usted condenado por estafa.

El pobre deudor cayó sin sentido y estuvo gravemente enfermo. Enteró el abogado a la familia, y para librarse de la vergüenza que la amenazaba, aprontó al tío Garramar hasta el último céntimo, y además los gastos de la demanda.

No acababa la gente cuando comenzada a contar canalladas del usurero, porque no había quien no llevase en su piel las cicatrices de sus garras, con las cuales comparadas resultaban de algodones las de los buitres. Vivía aislado, porque nadie gustaba de su compañía; pero la verdad es que él no gustaba de tenerla; cuando se le encontraba, se volvía la cabeza para evitar la repugnancia que su vista inspiraba, o se le miraba con desprecio, en el que había estallidos de ira y deseos de venganza. No había quien no tuviese que pedirle cuentas de muchas lágrimas, pero nadie debía agradecer una sonrisa a su corazón metalizado y conciencia dormida. Casi todos los campos y casas del pueblo le pertenecían; pero cuanto más señor era de todo, más aislado se hallaba. A viejo llegó sin que se supiese que había hecho una obra buena aquel hombre para quien todo consistía en su dinero, siendo su único goce amontonar números que le decían que podía disponer de grandes cantidades; pero como de ellas jamás disponía, era odiado, sin utilizar aquéllo que atraía la maldición sobre su cabeza, sin disfrutarlo ni gozarlo.

Todo en él era ruín: el vestido, la comida, el mobiliario del único cuarto que ocupaba del inmenso caserón; pero ¿qué le importaban tantas privaciones si aumentaba su caudal?

Un día le detuvo un hombre ya anciano, de luenga barba, sombrero sin color ni forma y roto, envuelto el cuerpo en harapos, en cuya mirada había el brillo de la fiebre y en las manos el temblor de la debilidad, y con voz desfallecida dijo:

—Señor, estoy rendido y enfermo; déme, por Dios, una limosna.

—¡Déjeme en paz! — contestó bruscamente el tío Garramar.

—Señor, que quien da a los pobres, da a Dios, — gimió el infeliz.

—No lo gano para darlo a cualquier gandul. De fijo que te ves así por no haber ahorrado. Recuerda cuando malgastaste y pena ahora.

—Señor, — replicó el pobre, - puedo recordar tranquilo, porque de nada me acusa la conciencia.

Y luego con voz débil, pero que resonó como estampido de trueno en la conciencia del tío Garramar, añadió:

—¡Recuerde, usted si como yo puede recordar!

El usurero se metió en su casa anonadado, perseguido, empujado por aquel "¡recuerde!" Su conciencia había despertado, y su conciencia comenzó a recordar. Cerraba los ojos, y cuando más los cerraba, con más claridad veía mejillas escaldadas por el llanto, ojos enrojecidos de tanto llorar; hogares sin lumbre, seres escuálidos que vagaban alrededor de campos y majuelos que ya no eran suyos, mirando cosechas debidas a sus sudores que el usurero recogía; se tapaba los oídos por no oír, pero cuanto más los tapaba, más oía: lamentos, sollozos, voces de maldición; y si los hombres le maldecían los perros le ladraban.

Aquella noche no cenó, pero se reservó las dos terceras partes del miserable contenido de la cazuela para que la criada no se hartase y él pudiese ahorrar la cena del

siguiente día. Se metió en cama con calentura; buscó el olvido en el sueño; pero pasó la noche sin dormir, retorciéndose y recordando. Y todos los recuerdos eran de lágrimas, de infamias.

Se levantó al amanecer y salió a la calle para no recordar. El primero a quien vió fué a Melquíades, a quien había arruinado con la usura, y como se había apoderado de todo lo suyo, no había podido atender a su pobre mujer, enferma del pecho, que murió al poco tiempo. Y Melquíades le miró, y aquella mirada evocó el cadáver de la tísica, que se levantó ante el tío Garramar, y con sus huesosas manos se abrió el pecho para mostrarle sus pulmones roídos. El miserable apresuró el paso. Aquel perro que le ladraba era el de Perico, el buen Perico, que le había pedido dinero sobre la cosecha, y el usurero se había quedado con la cosecha y el campo, y Perico había emigrado y de él no se había vuelto a saber. El perro había quedado sin dueño, y siempre que veía al tío Garramar le perseguía ladrando. Salió del pueblo, pero como en las afueras cada terruño le recordaba una infamia, huyó del campo para volver al poblado, y se encontró delante de la iglesia. Hacía muchos años, muchos, que no había puesto los pies en ella, porque mientras creyó que la religión podía tolerar sus latrocinios, fué religioso a su manera; pero cuando el confesor le dijo que debía restituir lo mal adquirido, no quiso saber nada. ¡Restituir él! Pero aquel día se sintió empujado a la iglesia, y entró sin darse cuenta de lo que hacía; a la izquierda vió una lámpara que iluminaba la imagen del Crucificado. Y el tío Garramar se arrodilló como atraído por una voz celeste que le llamaba, y le pareció que Cristo le miraba; y al mismo tiempo oyó que el sacerdote, que estaba predicando, decía: "Recordad, hermanos míos, las palabras de Jesucristo: "No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orín y la polilla los consume, y donde los ladrones los desentierran y roban. Atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo, dónde no hay ni orín ni polilla que los consuman, ni tampoco ladrones que los desentierren y roben... Sed caritativos, hermanos, porque quien da al pobre, da a Dios. Jesucristo nos ha dicho que el día de la suprema justicia, los que estén a su derecha oirán de sus divinos labios estas palabras: "Venid, benditos de mi padre, a tomar posesión del reino celestial, que os están preparado desde el principio del mundo. Porque yo tuve hambre y me distéis de comer, tuve sed y me distéis de beber, era peregrino y me hospedásteis. Estando desnudo, me cubrísteis, enfermo me visitásteis, encarcelado vinísteis a verme y consolarme". ¿Sabéis, hermanos míos, lo que contestó a los justos que le preguntaron cuando en tales necesidades le habían visto? Pues les dijo: "En verdad os digo: siempre, siempre que lo hicísteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicísteis." Y a los duros de corazón les dirá: "Apartaos de mí, malditos: id al fuego eterno, que fué destinado para el diablo y sus ángeles o ministros. Porque tuve hambre y no me dísteis de comer; sed y no me dísteis de beber. Era peregrino y no me recogísteis; desnudo y no me vestisteis; enfermo y encarcelado y no me visitásteis". Hermanos míos, recordar estas palabras de Jesucristo, y no olvidéis que quien da a los pobres, da a Dios".

Calló el predicador y al usurero le pareció que Jesucristo seguía mirándole como diciéndole: "Ven, que por ti morí en la cruz y están abiertos mis brazos para recibirte en ellos y perdonarte." El tío Garramar siguió la dirección de la mirada de Jesucristo y vió un confesionario. Allí se detenía la mirada del Redentor, porque allí estaba el sacerdote para absolver en nombre de Dios al pecador. Garramar dió un paso hacia el confesionario; pero se detuvo, porque el confesor, para absolverle, exigiría el arrepentimiento, y arrepentirse era la reparación, en lo posible, del pecado, esto, es, la devolución de lo mal adquirido. ¡Devolver, él! ¡Desprenderse de parte de su dinero!

Salió de la iglesia apresuradamente. Dios le llamaba y no quiso oirle.

Entró en su casa, corriendo se metió en su cuarto, se echó en la cama, que estaba sin hacer, y comenzó a revolverse en ella rugiendo, hasta que acabó por quedar amodorrado. Cuando abrió los ojos ya era de noche y sintió el aguijón del hambre, pues desde el día anterior no había comido. Encendió un cabo de vela de sebo y con él en la mano fué a la cocina.

—Dame de cenar, — ordenó a la criada.

—¿De donde saco la cena, si no me ha dejado dinero?

—Lo que ayer sobró y me reservé.

—¿Había de ayunar? Me he comido aquella bazofia y unos mendrugos, sin que bastaran a poner un reparo al estómago.

—¡Ladrona! Aquello me lo había reservado. ¡Glotona! ¡Ladrona!

La criada cogió las tenazas, y echando chispas por los ojos, resoplidos por las narices y espumarajos por la boca, gritó:

—¡Oye, tío Garramar! Aquí no hay más ladrón que tú. Me pagas y me voy. Venga el dinero, y no temas, pues te quedará bastante para hundirte en el infierno cuando mueras. El peso de lo que has robado, atado a tus pezuñas, te arrastrará a Satanás.

La irritada fámula avanzaba y el usurero retrocedía espantado.

—¡Toma, aulló, y vete, mala mujer! Ahí tienes el mes: treinta pesos.

La criada cogió el dinero y se dirigió a la escalera; más tras ella echó a correr el tío Garramar gritando:

—¡Falta un día para acabar el mes! Te he dado un peso de más. ¡Devuélvemelo!

La criada se detuvo y tiró un peso al rostro del usurero, voceando:

—¡Ahí va el peso! Guárdalo y cuida de que no te lo roben con todo lo demás.

—¡Robarme!, — sollozó el tío Garramar. ¡Si me robasen! ¡Si ya no me ha robado la bribona!

Le temblaron las carnes, le crujieron los dientes, se le erizaron los cabellos, y tambaleándose, apoyándose en las paredes, llegó al sitio donde tenía escondido su tesoro. Retiró cuanto tapaba el escondrijo, desollándose las manos sin sentir dolor, a la luz del apestado cabo de vela de sebo, que dejó sobre una silla desvencijada. Al fin vió el oro, vió los grandes fajos de billetes de banco. Aquello representaba mucho, ¡mucho! El tío Garramar soltó un resuello de fiera satisfecha al convencerse de que todo estaba intacto, y al resollar se movió, y al moverse tocó la desvencijada silla y cayó la vela sobre los billetes de banco, que empezaron a arder. El usurero quiso gritar y no pudo, extender los brazos y no pudo; y el fuego se propagaba y la llama crecía. Cuando recobró el movimiento se echó sobre el fuego, y el fuego prendió a sus ropas; y el dolor le hizo levantarse, y se agitó sin lograr extinguirlo; y volvió a la hoguera para salvar los billetes, y se quemó las manos y acabó por echar a correr, rabioso por el escozar de las quemaduras; y cuando más corría, más crecían las llamas que le envolvían. Y se echó a la calle pidiendo socorro, pero todos dormían en el pueblo. Despertó a un perro que le ladró, y luego otro, y después todos, y atravesó el pueblo envuelto en llamas, y salió al campo envuelto en llamas, siempre perseguido por los ladridos de los perros. Una vieja se asomó a una ventana, y al ver a aquel hombre ardiendo, la cerró e hizo la señal de la cruz.

Al día siguiente dijo que había visto el alma del usurero envuelta en llamas. Nada más se supo de él; pero cuando en las noches obscuras ladran los perros, dicen los del lugar que vaga por allí el alma en pena del tío Garramar, envuelta en las llamas de aquel tesoro amasado con lágrimas e infamias.

MARINA

Para "FRAY MOCHO"

La línea de las aguas se confunde indecisa
en el confín lejano con el añil del cielo
y, movible y sinuosa, tan sólo se divisa
como si la cubriera un tenuísimo velo.

La mirada se posa, como suave caricia,
sobre el verde irisado que se extiende a lo lejos
y la brisa los rostros besa, cual la delicia
de una mano agitada por amorosos dejos.

Se nos extraña el alma. Irremisiblemente
se pierde en un ensueño que nunca podrá ser
y los ojos se fijan y vaga por la frente

un tenaz pensamiento. Nos hace estremecer
el misterio infinito de la vida y del mar
y nos gana un tiránico deseo de llorar.

Justo G. DESSEIN MERLO

LA TOLERANCIA

Bajo un árbol encuéntrase tendido lleno de cardenales en la frente un hombre exangüe de dolor rendido. Quema el sol como una ascua incandescente. Tiembla a lo lejos al perfil del monte y se pierde la vista en el hirviente mar de lava que finge el horizonte.

Van pasando los hombres en camellos a la ciudad distante, pero ninguno de ellos ve el dolor que se asoma a los cabellos llenos de sangre y de terror de ese hombre a quien hirió tal vez aviesa mano.

Dijo Thur: — "Continuemos, un pagano no merece ni el agua". Y Oris el sabio: — "Tienes razón, sigamos, los gentiles son hijos de Luzbel".

La caravana siguió tranquila bajo el sol de fuego sin mirar al enfermo que tenía en sus pupilas y en su boca un ruego, y que lejos de todos se moría...

Pero después pasó un samaritano. Alzó al caído entre sus brazos; luego curó sus llagas y le dijo: "Hermano, no me importa tu nombre ni tu rito; ven conmigo, reclina tu cabeza sobre mi hombro, e irás donde yo habito a curarte tu mal y tu tristeza"...

Y Dios deja hacer. Pero veía, a través de la diáfana techumbre. Y del ardiente sol bajo la lumbre, el grupo de los hombres se perdía en el hondo confín...

Ricardo NIETO

AMOR TRANQUILO

Por J. Pardo de Latorre

Mientras esperaba en el salón la llegada de Elisa, Pablo se dedicó a soñar en los acontecimientos que se habían desarrollado durante los dos años transcurridos desde el día en que por última vez vió a la joven.

Siempre la había amado, pero este amor lo había tenido cuidadosamente oculto, creyéndose él, pobre pintor sin nombre, indigno de aquella hermosa, noble y rica heredera.

Durante un verano pasado en el campo, en casa de la abuela de Elisa, Pablo había visto nacer el amor entre la joven y uno de sus antiguos condiscípulos y amigos, llamado por su posición y su carrera a desempeñar un brillante papel en la sociedad. Cruelmente herido, Pablo habíase retirado, envidiando dulcemente tanta felicidad.

Luego, para olvidar, había emprendido un largo viaje; había trabajado con ahinco; sus lienzos habían sido notados; habían obtenido una primera medalla; era el artista de moda; y ante sus ojos se desplegaba la perspectiva de la riqueza y de la gloria.

Al regresar a la capital siempre dolorido, siempre soñando en aquel amor imposible, al que inútilmente había tratado de renunciar, Pablo supo la gran catástrofe, la súbita muerte de la abuela de Elisa, la desaparición de la inmensa fortuna, fundida entre las manos de la pródiga e inexperta anciana, el abandono y la pobreza de la joven, recogida por caridad en casa de unos lejanos y desconocidos parientes...

Pablo — él mismo no supo por qué — sintió una dulce y extrema alegría; una lágrima mojó sus ojos.

Elisa entró en el salón.

Pablo, aturdido, deslumbrado, la veía avanzar... Parecíale que había crecido; su admirable busto se había ensanchado. No era ya la niña de suaves y delicadas formas que él había conocido. Era la mujer hecha, espléndidamente desarrollada, mucho más hermosa que antes, y en cuyos ojos, serenos y profundos, el dolor había tendido, templando su luz, una nube de melancolía.

Elisa avanzó hacia Pablo, le tomó la mano y estrechándosela afectuosamente le dijo:

—¡Por fin ha regresado usted!

Fijándose luego en el examen de que era objeto añadió:

—No me reconoce usted, ¿verdad?

—Déjeme usted que la mire, dijo Pablo dominando apenas su emoción. ¡Hace tanto tiempo!...

Elisa le preguntó:

—¿Cuándo ha llegado Vd.? ¿Qué ha sabido de mí?

—Estoy en la capital desde hace dos días... Allá en Roma, en París, en Londres, donde he vivido y he trabajado sin descanso, soñaba con volver a la patria a esta capital que me llamaba y me atraía no sé por qué... Ayer solamente supe de usted; pero noticias vagas sin detalles.

Los ojos de Elisa se llenaron de lágrimas, y con voz breve y entrecortada exclamó:

—¡Mi pobre abuelita, muerta repentinamente, pocos días después de marcharse usted! Me he encontrado sola, ¡Dios mío!..., y en qué momentos.

—Debió usted escribirme inmediatamente.

—Ni siquiera pensé en ello... ¿Y adónde? Yo no lo sabía... Se escribió a mis tíos, los de Mallorca, unos parientes que yo no conocía, que no había visto nunca. Afortunadamente son muy buenos, y como por aquella época pensaban establecerse aquí, apresuraron su viaje, se vinieron y con ellos estoy. "Serás nuestra tercera hija", me dijeron, y efectivamente, su hija soy y mis primas son mis hermanas. Pero comprendo que constituyo para ellos una carga; mis pobres tíos no tienen fortuna...

—¿Pero el caudal de la abuelita?... Interrumpió Pablo.

—Completamente disipado. Pagadas las deudas, no ha quedado un centavo.

—¿Y Rafael?, preguntó tímidamente Pablo después de un instante de vacilación.

Elisa se estremeció.

—¿Rafael?

—Sí, Rafael, dijo Pablo. ¿No ha tenido noticias de la desgracia ocurrida? ¿Na ha acudido a su lado a consolarla, a ayudarla?...

Elisa se levantó, dirigiéndose hacia uno de los balcones, fingiendo mirar a la calle a través de la vidriera, para ocultar su turbación.

—No he visto, ni he sabido de Rafael, dijo con voz sorda, desde la muerte de la abuelita.

Un profundo silencio siguió a estas palabras. En los ojos de la joven, fijos en el cristal, principiaron a brotar gruesas y ardientes lágrimas que bañaban su rostro... ¡Oh, qué momentos de angustia y desolación aquellos en que confiada en su prometido, le había escrito participándole su abandono, su pobreza!... ¡Llamándole ingenuamente, inocentemente a su lado! ¡Pobre carta escrita con lágrimas y sangre brotada del corazón! Nunca había tenido respuesta.

¡Qué triste recuerdo el de esta cobardía, que había arrebatado la fe de su pecho, haciéndole desconfiar de la humanidad!

La voz de Pablo, que dulce y trémula sonaba a su oído, la sensación de sus labios acariciando la mano que ella le había abandonado, la sacaron de aquella horrible pesadilla.

—¡Amada mía..., hija mía!..., balbuceaba Pablo lleno de compasión.

Elisa lo miró, sorprendida. Nunca había pensado que aquel hombre pudiera amarla.

El le tomó las manos, y oprimiéndolas dulcemente, exclamó:

—Déjeme usted decirla que la adoro. Me desterré de la patria porque la creía a usted demasiado dichosa para aspirar a su mano. Ahora, Elisa, perdóneme usted que me atreva a decirle que yo calmaré sus dolores, yo la haré feliz a fuerza de cariño.

Elisa escuchaba conmovida.

—¡Querido Pablo!, murmuró.

Ella no le amaba, es cierto, pero había sido el compañero, el amigo, el protector de su infancia.

Pablo insistió:

—Acepta usted, ¿verdad? Si usted quiere, dentro de ocho días, dentro de quince, lo más, estaremos casados... ¡Si supiera usted! Espero ser rico, casi lo soy. Mis lienzos se venden... Han llamado algo la atención... Además, he heredado una pequeña propiedad en la costa cantábrica, a orillas del mar. Allí haremos nuestro nido, si usted quiere.

Algo aturdida por aquella súbita revelación, Elisa callaba.

—Pablo, exclamó al fin, debo decirle...

—¡No, nada!...

—Sí; es necesario. Debo decirle que algunos meses antes de la muerte de la abuelita, Rafael me confesó su amor y yo lo acepté. Habíase convenido en que pediría mi mano; pero de pronto—entonces no me dí cuenta de la causa,—cesó de visitarnos y no se volvió a hablar más del asunto.

—¡El miserable!, murmuró Pablo.

—No lo amo, prosiguió diciendo Elisa, pero lo he amado. Ahora me parece imposible que el cariño vuelva a penetrar en mi corazón.

Una palidez mortal cubrió el semblante de Pablo; pero pronto, alzando la cabeza y mirando francamente a la joven, dijo con tierna resignación:

—Usted me amará como usted pueda.

Elisa ocultó el rostro entre las manos y se estremeció sacudida por los sollozos.

—No llores, Elisa mía, mi sueño de niño, díjola él con pasión inclinándose hacia su oído. Dime que tienes confianza en mí... Dime que si no mi mujer, serás mi hija, m hermana...

—No, mi buen Pablo, exclamó ella llorosa y sonriendo tendiendo sus dos manos hacia él. Seré tu mujer, tu compañera, y podré reclinar mi cabeza en ese leal y honrado corazón. Creo que te amaré...

Y luego añadió más abajo:

—Creo que te amo.

Y mientras Pablo, loco de alegría, le daba cuenta de sus proyectos para el porvenir, Elisa, tranquila, confiada, experimentaba como una dulce sensación de alivio; una hermosa paz invadía todo su ser.

Pablo se inclinó, besándola con ternura en la frente.

—Estos amores tranquilos, la dijo, que nacen sin sobresaltos ni sacudidas, suelen ser los más profundos y duraderos.

Elisa sonrió radiante de felicidad.

—Nuestros amores serán eternos, murmuró inclinando la cabeza sobre el hombre de Pablo.

LA MUJER MODERNA

Sonríes, sonríes con indiferencia.
Tu gesto es de hastío, tu pecho glacial,
si alguna vez miras es con displicencia;
me suena tu risa cual roto cristal.

¿Tus ansias? Ningunas. La delicadeza,
adorno del sexo huyó ya de tí.
Tu aire es de chico, rara es tu belleza,
Eres una rosa de pitiminí.

El siglo glorioso, ciclópeo, gigante
plasmó tu figura todo novedad.
El instinto ahogas por ser elegante.
Eres el reinado de FRIVOLIDAD.

Carlos MARTEL

CARA CONOCIDA

Por Claude Gevel

Yo he visto esa cara en alguna parte, díjose el señor Landril. Estaba sentado en el parque del establecimiento termal, a la sombra de un macizo florido.

Apenas el desconocido hubo desaparecido en un recodo de la alameda, el señor Landril dejó de pensar en él. Sin embargo, cuando la señora Landril, terminada su siesta, vino a reunirse a él, le habló de "aquel paseante que debían haber encontrado ya en alguna otra parte.., no sabía dónde..."

—Te mostraré quién es. Su cara quizá te recuerde algo...

—Puede ser — dijo la señora Landril, indiferente.

Dos o tres veces durante su paseo obligatorio el señor Landril, ese día, se paró en seco, como solemos hacer cuando queremos atrapar al vuelo un recuerdo fugitivo, sin lograrlo. Y, por la noche, se durmió repitiendo:

—Sin embargo, apostaría que esa cara la he visto antes de ahora en alguna parte...

Al día siguiente, cuando después del almuerzo, instalado a la sombra del mismo macizo, volvió a ver pasar al desconocido, repitió la misma frase del día anterior.

El hombre no tenía nada de atrayente. Era delgado, cargado de hombros, encorvado; su traje demasiado amplio brillaba al sol; su apariencia de pobreza resultaba desconcertante en aquel parque lujoso. Llevaba en la mano una amplia cartera descolorida, y, bajo el brazo, un adminículo largo, en forma de flauta, cubierto de una funda de sarga negra. El señor Landril se preguntó si no había simplemente percibido a ese músico en alguna orquesta y su imagen habíale quedado grabada en la memoria. Pero esta solución no le satisfizo... El hombre volvía, arrastrando el paso, la espalda más encorvada. Dejóse caer sobre un banco, y quedó inmóvil, los ojos fijos en el vacío. Su aspecto era digno de compasión.

Aguijoneado por la curiosidad, la lástima terminó de decidir al señor Landril. Se aproximó, se sentó, tosió, sonrió y empezó:

—Dispénseme que le dirija la palabra, señor, pero creo haber tenido ya el placer...

El desconocido posó en Landril su mirada vaga.

—Me presento — dijo éste. — Mi nombre es Jorge Landril.

El otro se irguió, repitiendo:

—¡Jorge Landril!

—Bien sabía yo — prosiguió el señor Landril con acento cordial —que mi nombre...

—Yo soy Bernardo Leterme.

Tocóle el turno al señor Landril de levantarse de un salto y de repetir el nombre de su interlocutor.

Los dos hombres miráronse de hito en hito. No llegaban a reconocerse. Menester es decir que habíanse visto una sola vez veinticinco años atrás, y rápidamente: el tiempo indispensable de sacar un revólver de un bolsillo y de hacer fuego. Sí. En el año 1903, Jorge Landril había disparado tres tiros contra Bernardo Leterme, hombre de mundo con quien la mujer de aquél le engañaba.

Fué el escándalo del año. Los protagonistas podían alardear de su prestigio. El señor Landril poseía, no lejos de la Magdalena, una lujosa tienda de artículos de punto. El señor Leterme se hallaba muy vinculado con el mundo de las finanzas. La señora Landril era bella. La malignidad pública tuvo con qué satisfacerse: artículos de diarios con fotografías y descripciones, proceso sensacional plagado de incidentes. Bernardo Leterme oscilaba aún entre la vida y la muerte, cuando Jorge Landril conoció la gloria de una existencia colmada de venturas y de alegrías, con la conciencia tanto más tranquila cuanto que supo que su víctima habíase restablecido de las heridas que él le infiriera...

Veinticinco años habían pasado, y la casualidad volvía a poner cara a cara a aquellos dos hombres. Se miraban, no sabiendo qué decirse, aunque ambos dominados por la clara sensación de que debían hablarse. Se miraban y no se reconocían. Debemos decir que aquel pobre diablo, mal afeitado, de uñas dudosas, enflaquecido y encorvado por la vida, no tenía ya gran cosa de Don Juan, y que aquel viejo señor de esférico vientre, daba mal la idea del justiciero... Se miraban como dos actores de su juventud lejana, en papeles que no corresponden ya a su edad. Y, en el silencio que los envolvía, que acrecentaba el mutuo embarazo, nacía entre ellos un sentimiento complejo en el que la piedad, la añoranza del pasado y su rencor disipado, creaban, en resumen, una especie de simpatía...

—Sentémonos — dijo por fin el señor Landril.

Sentáronse, el uno al lado del otro, en el banco, los ojos bajos y fijos en la arena de la alameda.

Bernardo Leterme, dándose vuelta hacia Landril, se encogió de hombros.

—¡Míreme!

En el tono de la respuesta comprendió Landril que no debía temer el ser indiscreto.

—¿Qué es lo que le aflige?

—Todo..., desde hace veinticinco años... ¡Ah, sus balas sirvieron más que si hubieran sido mortales!... Tuve que permanecer más de un año en el sanatorio...

—Pero salió usted de allí curado...

—Y arruinado... Mi fortuna estaba invertida totalmente en especulaciones bursátiles... No pude vigilar mis intereses durante todo ese tiempo... Al salir, ¡liquidación! Después de pagar los gastos de mi enfermedad, no me quedó nada...

—Siempre lo he ignorado...

—¡Oh, naturalmente! Desaparecí..., me oculté... En ese momento, la lástima me avergonzaba... Nadie supo nada... Pero en veinticinco años de miseria, no hay hombre que no se transforme.

—¿Miseria?

—Miseria negra... Para no morir de hambre, tuve que cambiar de nombre... El mío era demasiado conocido... En todas partes donde me presentaba me miraban despectivamente... ¡Claro! Bernardo Leterme, un joven que había provocado un escándalo judicial en París. ¿Quién iba a tener confianza en mí?... Por otra parte, yo no sabía hacer muchas cosas... Vino la pendiente implacable... Y en tanto que yo arrastraba mi desventura a través de Francia, veía por todas partes instalarse sucursales de la casa Landril... Tragicómico, ¿verdad?...

Se interrumpió para reir con una débil risa, seca como una tos. Jorge Landril buscaba en vano una palabra oportuna. Sentíase emocionado, lleno de compasión y hasta culpable; pero, en verdad, no podía decirlo.

El otro prosiguió:

—Los años de la guerra han sido mis únicos años buenos... En ellos alimenté un poco de esperanza... Pero no logré que me mataran... ¡Mala suerte hasta en eso!... Fué en esa época cuando un camarada de regimiento me enseñó a servirme de esto...

Golpeó con la mano sobre el adminículo enfundado que había dejado sobre el banco.

—Yo tenía ciertas disposiciones para la música... En mi infancia habíanme enseñado solfeo... No me fué difícil aprender a tocar la flauta... Ahora, encuentro con ella algunas ocupaciones..., en teatros de provincia, en circos ambulantes o en una orquesta de ciudad termal, como aquí.

El señor Landril tuvo un sobresalto.

—¿Aquí? ¿Va usted a tocar aquí?

—Acaban de contratarme... Un sueldo miserable... Pero no tengo mucho donde elegir...

—¡Señor Leterme, no debe usted quedarse aquí!

Su tono era imperioso y suplicante al mismo tiempo.

Bernardo Leterme volvióse hacia él, estupefacto.

—¿Como? ¿No debo?...

Landril no le dejó terminar.

—Compréndame... Hablemos con el corazón en la mano... Es un favor que me permito pedirle... No se niegue... Yo no estoy solo aquí... Tengo conmigo a mi esposa... mi esposa... Somos viejos... felices... El pasado ha muerto, está olvidado..., ya no existe... Ella es asidua a los conciertos... Le reconocería a usted... Estoy seguro de que le reconocería... Y... como no se puede saber... con las mujeres... En fin, no quiero... Compréndame... Tengo miedo...

El señor Leterme se levantó.

—He comprendido... Partiré esta misma tarde.

El señor Landril, muy rojo, sacó torpemente su cartera.

—Sería injusto que por mí...

Bernardo Leterme, con una sonrisa un poco triste, detuvo su gesto y su frase.

—¡Ah, no!... ¡En absoluto! Eso no...

Jorge Landril le vió alejarse. Parecióle que Bernardo Leterme, yéndose, tenía el cuerpo más erguido, el paso más firme y la cabeza más alta, como circuída por una aureola.

"Ser amada así..."

Por Frederic Boutet

Bien! El tren va a partir. ¡Hasta la vuelta, querida Lidia! Que tengas buen viaje... ¿Piensas volver dentro de una semana, ¿verdad?...

—Sí; ocho o diez días. El tiempo indispensable para dejarlo todo arreglado... Por lo demás, te escribiré...

—Yo también. Mañana mismo...

Jorge Dernier besó la mano de su mujer y agregó cortésmente:—Siento no acompañarte, pero los negocios... — y bajó del vagón donde acababa de instalar a Lidia.

Se alejó rápidamente a lo largo del andén de la estación de Orsay. Lidia, como esposa, le importunaba bien poco; ambos, tácitamente, se dejaban una libertad, limitada únicamente por las conveniencias mundanas. Sin embargo, Jorge Dernier tenía una joven amiga, estrella incipiente del arte mudo, a la que pensaba consagrar la mayoría de sus horas durante esos ocho días, gracias a la ausencia de Lidia. Esta perspectiva encantaba a Jorge...

Lidia se arrellanó en un ángulo del compartimiento. Era la única persona que ocupaba el coche... Empolvóse la linda carita, retocó sus labios con un poco de carmín, arreglóse artísticamente sus rubios bucles y encendió un cigarrillo.

No desplegó en seguida las revistas ilustradas que llevaba. Pensó en aquel marido nada fastidioso, cortés y cordial que acababa de alejarse y cuyas infidelidades no eran un misterio para ella. Pensó, acto seguido, en Pablo Varés, de quien se había despedido esa misma mañana. Era su amado desde hacía dos años: relación amable, llana, sin choques, casi exenta de celos. Lidia se dijo que su ausencia de una semana daría a ese amor un sabor nuevo, a su regreso...

Pensó, por fin, en el objeto de su viaje, es decir: la muerte reciente de su tía Aurelia, de quien Lidia era única heredera. No había podido asistir a sus exequias. Lo había sentido mucho, pero en esa fecha sufría una gripe demasiado fuerte como para no pensar en viajar.

Ahora el tren la llevaba hacia esa ciudad del Oeste, donde su tía había pasado toda su existencia. Lidia evocaba la imagen de la anciana señora tal como era cinco años antes — la última vez que la había visto: — delgadísima, un poco encorvada, tez amarillenta, cabellos blancos; pero sus rasgos aparecían regulares a pesar de las arrugas, y sus ojos pálidos, como desteñidos, debían otrora haber sido bellos.

Su tía Aurelia había estado casada durante largos años con un personaje grave e importante. Ya viuda, continuó en su morada provinciana, llevando una existencia tranquila, borrosa, ocupándose de buenas obras, en compañía de viejas amigas, respetables como ella.

"¡Qué vida!", se dijo Lidia, pensando en la suya.

Encendió otro cigarrillo y desdobló sus revistas. Cenaría en el coche-comedor, lo que la ocuparía casi hasta el final de su viaje. Por la noche dormiría en el hotel, y sólo a la mañana siguiente tomaría posesión de la casa que le pertenecía.

* * *

Enfrente de la casa había una vieja iglesia. La plazoleta estaba solitaria; entre los adoquines crecía la hierba.

El coche de Lidia se detuvo delante de una puerta verde en medio de viejos muros. Vino a abrir una sirvienta con cofia blanca. La casa, situada en el centro de un gran jardín inculto, era gris. Lidia la recorrió, saboreando la paz silenciosa de las grandes habitaciones amuebladas a la usanza antigua. Escogió en el primer piso la más confortable de las estancias, ordenó que fuera encendida la chimenea, dió disposiciones respecto a las comidas, se instaló sumariamente...

Poco era el fastidio que sentía de verse desterrada así, lejos de su vida habitual. Algunos días le servirían de reposo, y los asuntos por resolver la distraerían completamente. Se dió este placer, como también el de suscitar las galanterías almibaradas del viejo escribano a cuyo cuidado estaba la fortuna de la tía difunta.

Al día siguiente de su llegada Lidia abrió el secreter de palo de rosa que ocupaba uno de los ángulos de la alcoba de doña Aurelia. En aquel mueble era donde la vieja señora guardaba sus papeles importantes. Lidia hizo el inventario de ellos en una tarde lluviosa. Como un cajoncito se negaba a ser abierto, pasó por debajo su mano, para ayudarse. El cajincito dejó de resistir: se abrió; pero, al mismo tiempo. Lidia sintió bajo su mano ceder un ligero saliente. Percibió un pequeño "clic", y se abrió un pequeño compartimiento, cuya existencia nadie, a no ser la difunta, habría podido sospechar.

Lidia vió un paquete de cartas grises, cubiertas de una escritura masculina. Las tomó, desató la cinta que las unía. Escapóse un papel, en el que Lidia leyó esta inscripción: "Sus cartas", escrita, evidentemente, por la tía Aurelia.

La primera carta empezaba así:

"Mi bien amada: Lejos de tí, lejos de tus ojos, lejos del radiante encanto de tu belleza, yo no existo. Sólo soy un cuerpo sin alma... Mi alma permanece al lado de la tuya, Aurelia, mi Aurelia, mi adorada..."

Seguían ocho páginas de ternuras apasionados, de declaraciones románticas, de protestas ardientes... Cada carta era análoga a la primera, tan larga o más larga, tan apasionada, igualmente plena de un amor inmarcesible. Aquellas cartas eran de épocas diferentes. Desprendíase de ellas que los amantes se encontraban distantes a menudo durante largos meses; que les eran necesarias las más grandes precauciones; que les amenazaba un peligro constante y que las horas que podían consagrar a su amor eran siempre breves y precarias. El signatario residía, habitualmente, en París. Nombrada a veces a escritores y pintores cuyos nombres eran desconocidos para Lidia. Recordaba a su bien amada una visita que habían hecho juntos "a la Exposición". ¿Cuál? La fecha de la carta informó a Lidia: 1878. Las cartas proseguían durante otros diez años. De tiempo en tiempo, ostentaban, de puño y letra de doña Aurelia, alguna inscripción breve en respuesta al texto. Sobre aquella que mencionaba la visita a la Exposición, su tía había escrito, cruzado: "Yo llevaba un vestido verde mar que a él le agradaba muchísimo..." En otra carta que expresaba un poco de despecho celoso: "No bailaré más para evitarle penas". Por fin, sobre la última carta, doña Aurelia había escrito estas palabras: "El ha muerto. Mi vida ha terminado... ¿Qué será de mí?"

Lidia, asustada al principio, estaba ahora profundamente emocionada. Se había sentado. Releía las cartas. El más hermoso de los romances de amor se desarrollaba ante ella. Miraba una fotografía borrosa agregada a las cartas y que presentaba a un hombre hermoso.

Lidia volvió los ojos hacia la pared de donde pendía el retrato de su tía joven, con sus pesados cabellos trenzados en forma de corona... Sí; había sido bella... era bien digna de ser amada así... fielmente, apasionadamente, pese a todos los obstáculos.

"¿Quién amaría así en la vida actual, agitada, febril, práctica?— se decía Lidia. — ¿Quién me amaría así a mí? Pensó en una carta de su Pablo, recibida esa misma mañana, y concebida así:

"Muñequita: Cuatro palabras a escape. Estoy bien. ¿Y tú? Ayer probé mi nuevo "auto". Resultado perfecto. ¿Cuándo vuelves, bombón? Pronto, ¿verdad? Te amo. Muchos besos.—P..."

Lidia se encogió de hombros con desprecio.. Sin embargo, esta carta le había parecido muy bien cuando la recibió, dos horas antes.

Volvió a tomar las misivas apasionadas, pasionantes: las releyó, volvió a leerlas, siguió leyéndolas cada día, hasta su regreso. Un alma nueva, romántica, nacía en ella. Rompió bruscamente con Pablo Varés, y éste nunca supo que tal ruptura se debía a las patéticas y poéticas cartas que cierto Felipe, muerto muchos años atrás, escribiera a una mujer muy amada, muerta ahora también; y que esas cartas habían enseñado a Lidia una forma de amor que ahora quería encontrar.

ETERNIDAD

Fugitivo pensamiento
que traduce la inquietud:
amor que así lleva el viento
de una a otra latitud.

En el minuto que pasa
En risa o llanto te das,
Y en la inspiración que abrasa,
Eres un símbolo más.

Lo pequeño y lo infinito
se aunan en tu belleza
que ora es suspiro, ora grito...

¡Oh, verso! Verso errabundo
donde termina o empieza
Dios a reinar en el mundo!

Santos AGUILERA

LOS AMATI

Por Carola Prosperi

Era la hora del ensayo y estaban repitiendo un ejercicio en el trapecio. De pronto Franz murmuró una maldición y se dejó deslizar por la cuerda con la rapidez del rayo. Le había parecido ver en la semiobscuridad del circo al individuo que miraba y sonreía a Fanny. Pero cuando tocó el suelo de la pista vió solamente a uno de los peones que estaba fumando sentado en la baranda. — ¿Había alguien aquí? — preguntó. —¿Alguien que no fuera del circo? El otro se encogió de hombros, como diciendo: — ¡Qué se oye! Mientras tanto Fanny seguía balanceándose en un trapecio y agitando los rizos rubios que rodeaban su cara, sonriente. — Todas las sombras que ves te parecen él ¿eh? — dijo con ironía cuando Franz estuvo sobre el trapecio, frente a ella.— Dile que venga a la hora del ensayo — contestó el acróbata de mala manera — y verás cómo lo arreglo.

—¡Bum! — contestó la muchacha poniéndose de pie.

—No te digo más... Y ahora a trabajar.

Empezaron el ejercicio; ella con la facilidad inconsciente de la juventud; él apretando los dientes, fatigado, con esfuerzo.

Sentía dolores en las rodillas, le pesaban los brazos... ¡Ah!... Ya no era el mismo de antes. Y luego aquella maldita obsesión, aquella necesidad de vigilar a Fanny continuamente, lo dejaban exhausto. Aun en aquellos momentos, la muchacha había logrado escapársele para ir a pasearse frente a la entrada del teatro. Todos se volvían a mirarla y Franz temblaba de ira.

El único medio de evitar aquello era no separarse un momento de ella, pero esto no impedía que aquel hombre maldito siguiese asistiendo a todas las representaciones, no perdiendo de vista a Fanny. Y ella, la loquilla, al saludar, enviaba siempre un beso y una sonrisa hacia aquel lado. Se entendían, no cabía duda, y sólo de pensarlo Franz sentía una cólera sorda hervirle en el pecho, cólera que se desahogaba en amenazas cuando regresaban a la casa, después de terminar la representación.

Una vez llegados, Franz encendía la luz y se sentaba a la mesa donde estaba ya preparada la comida.

—¿Vienes? — preguntaba.

Fanny se hacía esperar un poco y cuando aparecía, sin abrigo y sombrero miraba la carne, fiambre, las sardinas, el queso, y decía desdeñosamente:

—No tengo ganas de comer eso.

—Siéntate, al menos — suplicaba Franz.

Pero la muchacha se encogía de hombros y contestaba secamente:

—Tengo sueño... Voy a acostarme.

—En el "restaurante" no tenías sueño — replicaba él iracundo.

Antes iban allí todas las noches, cuando Fanny no era aún la hermosa muchacha que celaba Franz.

La gente cuchicheaba:

—Son los Amati, los acróbatas... ¡Extraordinarios!

—¿Son hermanos?

—En el programa, solamente.

—Lindos tipos ¿eh?

—Muy interesantes.

Fanny, delgada, muy joven aún, no interesaba mayormente; todo el éxito era para Franz. Los hombres admiraban su distinción y decían que debían ser de origen sajón. Las mujeres no decían nada, pero no cesaban de mirarle perfecta de su perfil griego que tantos triunfos amorosos le había valido y le valía aún.

Pero casi de golpe, Fanny se había convertido en una mujer bellísima. Todas las angulosidades de su cuerpecillo flaco se habían redondeado, en una maravillosa armonía de curvas.



ÉL, (que acaba de leer un libro.) — La Naturaleza es una cosa maravillosa. Después de leer un libro como este comprende uno lo insignificante que es el hombre.
ELLA. — Ninguna mujer necesitaría leer un libro de 400 páginas para convencerse de eso.

con ardiente curiosidad.

Aún conservaba el trapecista la elegancia de su persona y la línea

Alarmado, Franz, le decía:

—Engrosas demasiado... Si continúas así, no vas a poder trabajar.

Pero ella se había detenido en el punto justo, y su cuerpo no tenía rival.

Como antes, la gente se detenía a mirarlos, pero ahora las alabanzas se las llevaba Fanny.

—¡Qué hermosa muchacha!... ¡Qué cuerpo admirable!

Y entonces la amarga envidia del artista en su ocaso, había atormentado a Fanny, hasta transformarse en los celos feroces del amante, y el temor irritado del amo. Fuera del teatro, el público le daba miedo y empezó a decir:

—El "restaurante" es muy caro... Allí se pierde mucho tiempo; mejor será que cenemos en casa.

Y cuando Fanny mostraba repugnancia por la modesta comida, Franz le echaba en cara su origen:

—Se conoce que ya no te acuerdas cómo y dónde te encontré.

Le había recogido cuatro años antes en una feria de aldea donde trabajaba con saltimbanquis hambrientos que le daban más palos que pan, flacucha, huraña, fea, como un gato salvaje... El acróbata se había quedado asombrado al ver la flexibilidad de su cuerpo, largo y sutil, y la seguridad y aplomo con que trabajaba. Tenía ya diez y seis años de vida vagabunda, sin que recordase a padres o parientes y con gran acopio de experiencia.

Bien mantenida y educada, podía resultar un buen "número". Franz, que entonces se había quedado sin compañera de trabajo, pagó una modesta indemnización a los saltimbanquis y se había llevado a Fanny, que, en realidad, no se llamaba así, pero como los acróbatas siempre habían figurado en los programas como "Los hermanos Amati; el señor Franz y la señorita Fanny", la muchacha fué bautizada así.

Las otras "Fannys" siempre se habían enamorado de él y cada vez que terminaba el contrato, era una tragedia la separación: llantos, celos, amenazas...

¡Y ahora el celoso era él!...

Nunca había odiado a nadie como odiaba al perseguidor de Fanny, aquel hijo de un rico industrial.

Durante el día, Franz callaba, observaba; pero al llegar la noche ya acostados, todo su furor estallaba en burlas e ironías.

Fanny oponía un silencio desdeñoso, fingiendo dormir, pero al fin acababa por incorporarse, diciendo con voz estridente:

—¡Pero tiene dinero!

—Sí, y las orejas como pantallas — replicaba el acróbata: ¡Ja, ja!... Parece un conejo.

—¡Pero tiene mucho dinero!

Repetía estas palabras como un insulto, y se advertía en su voz el odio hacia la miseria y su admiración por la fortuna. Aquella era siempre la hora peor. Celoso y airado, él la maltrataba, para rogar y humillarse luego, pero ella le rechaza airada y simulaba dormir.

Cuando notaba que Franz estaba vencido por el sueño, abría los ojos y lo miraba con aversión, con odio. Era viejo, era feo... Y luego no era rico, sino un saltimbanqui algo mejor vestido que los demás.

LA COMPASION

Ormuz, el dios todo bondad, dispuso que dos hermanos que vivían en Raijapuri fueran los hombres más felices de la tierra porque habían sido, desde niños, buenos entre los mejores. Mozos y colmados de riquezas, inteligentes y bravos, queridos por los ancianos, respetados por sus iguales, nada faltaba para su bienestar. Pero he ahí que un día Ahrimán, el ángel malo, el que tienta a los hombres para perderlos, se apareció a los dos hermanos en figura de una mujer bellísima. Nahem supo dominar el impulso que le llevaba a aquella mujer, pero Yohau quedó prendado de ella, y por seguirla olvidó patria, familia, todo.

Los vecinos compadecieron a Nahem y éste repetía a menudo:

—Tal horror me inspira Yohauk por su conducta, que aun cuando se arrepintiera no volvería a recibirle jamás en mi presencia.

Pasaron años, y un día Yohauk, pobre, desesperado, abandonado por la mujer que le había trastornado el seso, llamó a la puerta de la casa de su hermano. Y la puerta de la que fué su casa no se abrió para él y murió de fatiga y de dolor en mitad de la calle.

El mismo día, en el mismo instante, murió Nahem, de suerte que sus almas llegaron juntas a presencia de Ormuz, el misericordioso.

Y Ormuz preguntó a Yohauk:

—¿Por qué abandonaste la senda del bien?

—Una fuerza que no pude vencer me compelió a ello.

—¿Por qué moriste en la calle?

—Porque era pobre y mi hermano me cerró la puerta de la casa en que naciera.

Entonces Ormuz preguntó a Nahem:

—¿Por qué rechazaste a tu hermano?

—Porque temí que me contaminara sus culpas. Yo siempre viví adorándote, Señor, y no quise que un mal ejemplo pudiese apartarme del buen camino.

Ormuz dijo entonces:

—Ven a mi lado, Yohauk. Has amado y padecido; estás perdonado. En cuanto a ti, Nahem, no puedo perdonarte; el que no siente la compasión no la inspira jamás.

Y Nahem fué precipitado en el abismo, y comprendió harto tarde que la compasión y la bondad son las que salvan a los hombres y que el egoismo les condena.

¿Qué le importaban a ella los triunfos y aventuras del pasado? Ahora no era más que un pobre diablo del que quería apartarse, costase lo que costase, para irse con el otro que la había prometido una existencia de reina.

La idea de escaparse mientras Franz dormía, le daba miedo, el mismo miedo que cuando le decían sus antiguos amos: "¡Escápate: ya te encontraremos!"... Y siempre la encontraban. Aquello le había dejado en el fondo del alma un terror servil de mujer apaleada. Y tenía la seguridad de que, si se escapase, Franz la encontraría.

Finalizaba ya la temporada y dentro de poco dejarían la ciudad. ¿Qué hacer?... ¡Ah!... ¡Si las miradas matasen!

De pronto Franz despertó sobresaltado.

—¿Por qué me miras así? preguntó.

—Por nada — contestó Fanny con fingida sumisión. — Me despertaron tus quejidos.

—Es que soñaba que me hacías daño.

La muchacha sonrió amorosamente y Franz palideció de alegría. Echóle hacia atrás la cabeza y murmuró:

—¡Ah!... Si me sonrieses siempre así, si me mirases cariñosamente, harías de mí lo que quisieras.

—¿De veras?

—¡Todo!... Sería tu esclavo.

La besó apasionadamente, y como notase que Fanny contestase a sus besos, se echó a llorar como un niño. Ella sonreía satisfecha, como aquel que ha encontrado al fin lo que buscaba.

. . . .

Aquella noche, la última de la temporada, Franz dijo:

—Me alegro de que esto se acabe. Ahora nos tomaremos una buena temporada de descanso... ¿Eh, Fanny?...

No quería confesárselo ni aún a sí mismo, pero cada noche trabajaba con tensión más desesperada, con un temblor de miembros vencidos por la fatiga, con un vago y creciente temor en el alma al ver que le faltaban las fuerzas y que podían caer de un momento a otro. Frente al público, en los momentos de peligro, cuando callaba la música, sentía el presagio de la muerte y un sudor frío inundaba sus sienes.

—¡Valor! — gritaba.

—¡Valor! — contestaba Fanny.

Y se arrojaban uno después de otro a los trapecios volantes, mientras el público seguía anhelante la arriesgada prueba.

Aquella noche, al entrar a la pista, Fanny exclamó:

—¡Cuánta gente!

Pero no miró hacia donde se hallaba su adorador: tan segura estaba de encontrarlo allí.

Pálida y resuelta empezó los ejercicios con perfecta seguridad. Parecía que volase.

Al descansar ella empezó Franz y lugo los dos se prepararon para la gran prueba. Por un segundo, Fanny vaciló, atemorizada, pero luego pensó en el otro, en su dinero, en la vida de lujo y holganza que la aguardaba.

—¡Valor! — gritó Franz.

—¡Valor! — gritó ella.

Y cuando calló la música, en ese momento de angustia, le sonrió a aquél que la hacía temblar y la enceguecía...

Franz extendió los brazos y se dejó caer sin exhalar un grito.

Fanny cerró los ojos, mientras los alaridos del público hacían estremecer el teatro.

Se deslizó por la cuerda y acercóse a mirar...

Vió algo informe, blanco, negro, rojo...

Y mientras la gente llenaba la pista, y muchos espectadores se retiraban horrorizados, Fanny desapareció, rápida como una sombra.

Una perla

En la agencia de colocaciones de la señora Anita siete señoras elegantemente vestidas sentadas en sillas de paja charlaban mientras aguardaban que se presentase una criada. Y la vieja Anita, detrás de su pupitre, hacía labor de media incesantemente.

Nunca había sucedido así. Hubo un tiempo en que eran las doncellas y las cocineras las que, sentadas en las mismas sillas, aguardaban a que se presentase alguna señora ofreciendo una colocación.

Pero pasaron los años, y las señoras que se presentaban en la agencia eran cada vez más numerosas, mientras iba disminuyendo el número de criadas...

Aquella mañana, pues, eran siete las señoras que aguardaban. Y como eran señoras de mundo, la salita se había transformado en un salón, y ellas estaban unidas por el relato de sus infortunios domésticos.

—En mi casa — decía una de ellas, ya no entra vino más que para la criada. ¿Y querrán ustedes creer que la última se ha despedido porque decía que mi marido se levantaba por las noches para beberle su sauterne?

—¡En qué tiempos vivimos! — suspiró otra. — Gilberta Cabuche, la que me recomendó ayer la señora Anita, no ha querido entrar a mi servicio porque, después de haber visto las rayas de mi mano, dice que tengo mal carácter y una avaricia sórdida. Y bien sabe Dios...

—Pues yo — dijo la tercera señora — he despedido a mi cocinera.

—¡Despedido! — exclamaron las otras con asombro. — ¿Se ha atrevido usted?...

—¿Qué iba a hacer? Su cama le parecía muy dura y quería dormir en la mía.

La señora Anita interrumpió la charla. Cerró con precaución la puerta de la salita y muy quedamente dijo:

—No entiendo una palabra. Acaba de presentarse una joven correctamente vestida. Trae unos informes excelentes, se amolda a toda clase de trabajo y sólo pide cincuenta francos por mes. Y no exige postre, ni vino, ni permiso para ir por las noches al "cine".

Las siete señoras se levantaron. Estaban pálidas. Se miraban recelosas.

—Es imposible — dijeron en voz baja.

—Pues así es — repuso la señora Anita.

Las siete señoras permanecieron indecisas. Una de ellas se decidió.

—Voy a ver.

En la habitación inmediata, la perla, una joven bien portada, limpia, aguardaba en pie.

La señora se acercó, y con mucha amabilidad saludó.

—Buenos días, señorita.

—Buenos días, señora — respondió afablemente la perla.

—¿Está usted bien, señorita?

—Muy bien, señora. Muchas gracias.

—Y... ¿y sólo pide usted cincuenta francos de salario?

—Cincuenta, señora.

—¿Sirviendo para todo?

—Para todo, señora.

—¿Trae usted informes?

—Aquí están mis certificados. Véalos la señora.

—Son excelentes. Queda usted admitida a mi servicio. Tendrá usted noventa francos, en vez de cincuenta. Tomará vino en las comidas.

—No lo necesito, señora.

—Sí; a su edad conviene tomar vino. Y, dígame..., si no es indiscreta la pregunta. ¿Por qué se ha salido usted la última casa?

—No hay indiscreción, señora. Es muy sencillo: nadie quería creer que yo soy María de Médicis.

La señora retrocedió unos pasos, reflexionó y repuso:

—Naturalmente que usted es María de Médicis. Pero si le parece, y para comodidad del servicio, la llamaremos a usted Majestad.

Gilbert BLAISE.

INVITACION A LA DANZA

Alteza!
Alteza de la hermosura,
toda blanca, toda pura,
toda llena de ilusión;
Alteza que tienes una
mirada triste de luna
que llega hasta el corazón...

Alteza, la más hermosa,
la de los gestos de diosa,
la del profundo mirar;
la más buena entre las buenas,
de virtudes nazarenas,
de rítmico y suave andar;

Alteza, os estoy mirando
desde lejos y notando
vuestra tristeza sin fin...
¿Cuál es la causa, cuitada,
que os tiene desalentada
y presa del hondo esplín?

Algo me dice al oído
que nos hemos comprendido
con mirarnos, nada más...
Hay en la sala una fiesta,
y en esa fiesta una orquesta
de un armonioso compás;

y hay en la sala un poeta
y una princesa discreta
ocultando su pesar;
para sentir los encantos
de ahogar un rato los llantos,
alteza: ¿queréis danzar?

Sea. Mas la danza que danzo
es la danza sin descanso
toda ardiente, toda luz;
es la danza de los goces
supremos; danza de dioses
que va derecha a la cruz...

La de la extrema fatiga,
la que jadea e instiga
a seguir jadeando más...
la que sólo cesa cuando
las nuestras vidas, llorando,
digan: que no pueden más...

Esa es la danza que danzo,
tan lúbrica y sin descanso,
tan macabra, tan sin par,
que no me sé, alteza hermosa,
si en vuestro cuerpo de diosa
hay vigor para danzar...

M. Cires IRIGOYEN.

El porvenir de la leche en polvo

La leche en polvo o leche seca está llamada a tener un gran porvenir. Su manufacturación va tomando aumento rápido en las colonias inglesas, principalmente en Nueva Zelandia y en el Canadá. Mediante el empleo de emulsionadoras adquiere todas las propiedades de la leche fresca, con la que se confunde.



Lealtad hace la Fuerza

Lo prometido es Debido

Honestidad Comercial

Seguridad y Confianza

Vender mucho, Ganar poco

Probidad Profesional

Hace 37 Años

que, en la Calle Cuyo 581 (hoy Sarmiento) inauguramos nuestra farmacia. Al establecerla, pensamos que había un lugar — mejor, una necesidad—para una farmacia que vendiera productos legítimos, puros, frescos y sobre todo baratos. Nos pusimos a luchar en la ardua tarea y la satisfacción de haber llegado a lo que somos, dentro de nuestra profesión, compensa la enorme labor que realizamos y es, nuestro mejor premio

Nuestras primeras ventas fueron insignificantes, pero, llevando nuestro negocio de acuerdo a principios rectos y nobles, hemos conseguido reunir a nuestro alrededor, año tras año, un número siempre creciente de clientes satisfechos, a pesar de que hoy realizamos la cifra mayor de negocios, conocida en la historia de nuestra casa.

En el año 1914 y subsiguientes, años de guerra, se produjo un gran desconcierto en nuestro ramo por las dificultades de proveerse en el viejo mundo. Nosotros, bien organizados con nuestra oficina de compras en París, afrontamos la situación y salimos airosos de esta dificultad. Nuestra conducta leal al no aprovecharnos de esta situación para aumentar los precios, nos ha valido la confianza del público y ha sido una de las causs de nuestra gran popularidad. En nuestro camino hemos progresado continuamente (los que se estacionan retroceden) y hoy, estamos seguros, que no hay en la República pueblo o aldea en los que, no se conozca nuestra casa. En el curso de estos 37 años nuestras principales preocupaciones fueron: la mejor calidad, el mejor servicio y los precios más baratos posibles Cuidando nuestro prestigio de casa seria y honesta, así como en 1891 prestábamos una atención personal a nuestros negocios, así también hoy, aun cuando ha crecido en 30 veces nuestra casa, continuamos ejerciendo una vigilancia personal en todas las secciones, por aquello de ''el ojo del amo lo ve todo'
Muchos se preguntan: ¿cómo hace la FRANCO-INGLESA para tener tantos clientes? Y contestamos: 37 años de trabajo honesto y serio son suficientes para despertar confianza en el público y tener, no clientes sino muchos amigos.

Pasado mañana 17

inauguramos nuestro nuevo edificio sobre Florida, el que nos permitirá agrandar todas las secciones de la misma: mostrador, ventas al interior y envíos a domicilio.

Podremos atender, más rápidamente y ya no se dirá: ''No se puede ir a la Franco Inglesa porque siempre está llena de gente''

Queremos que ese acontecimiento, no pase desapercibido para nuestros clientes, por lo que hemos resuelto hacer un obsequio que haga recordar este día feliz en los anales de la vida de nuestra casa. Recordarán muchos de nuestros clientes, el éxito que obtuvimos en 1920 al regalar las lamparitas, para esta inaguración tenemos un obsequio que también es muy lindo: un precioso cuadro, reproducción de un óleo célebre con un marco de terciopelo color granate.

Regalaríamos el cuadro a todos nuestros clientes, pero deseamos, para bien de todos, evitar las aglomeraciones y el tener que cerrar la casa como sucedió en el año 1920. Es por esto, que hemos decidido dar el regalo a todo el que nos haga una compra de $ 5.—, lo que no es un gran esfuerzo, pues los artículos de farmacia son siempre necesarios.

A nuestros Buenos Clientes del Interior

Para Uds. también es nuestro Regalo. Todos los pedidos que nos lleguen hasta el 27 de Octubre serán despachados con el obsequio.

MUY IMPORTANTE

Las horas en que daremos nuestro Regalo son de 8 a 12 unicamente los días 17, 18 y 19 de este mes.

Aprovechamos esta oportunidad para expresar nuestro reconocimiento a todos aquellos que nos brindan su confianza.

Hoy más que nunca, nuestra farmacia es la

LA MAS GRANDE DEL MUNDO

FARMACIA FRANCO-INGLESA

Sarmiento y Florida — Buenos Aires

Las embajadas extranjeras venidas á la transmisión del mando presidencial



El ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, doctor Abel Iturralde embajador extraordinario del citado país hermano, acompañado de los señores Roberto Landiva, Arturo Pinto Escalier, coroneles Ferrofino y Carlos Núñez del Prado, mayor David Toro, D. J. Vargas Guzmán D. Manuel B. Sagarna y D. Gabriel Gosálvez, que integran la misión.





El conde Von Spee, ministro de Alemania en Santiago de Chile, nombrado embajador de su país, en la transmición del mando. Le acompañan los demás miembros de la embajada.



Don Enrique Oyarzun, presidente del senado chileno, designado embajador de Chile, al llegar a la estación Retiro, en compañía de los demás componentes de la misión.

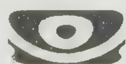


El ex.presidente de la República del Paraguay, doctor Eligio Ayala, embajador extraordinario de dicho país hermano, con los doctores Saguier, Isasi, Sosa, Bibolini, Benítez, Prieto, Montanaro, Peña, Cari mo, teniente coronel Estigarribia, teniente primero Aponte, mayor Irrazábal, capitán Vera y señor Marín Iglesias, que completan la misión, momentos después de desembarcar en la dársena Sud.



Doctor Ricardo Sánchez Ramírez, embajador extraordinario de Colombia, y los demás miembros de la embajada, al descender del tren en la estación Retiro

En honor de los marinos españoles





Vista parcial de la concurrencia que asistió a la recepción dada en honor de los marinos del buque-escuela español Juan Sebastián de Elcano, por la señora María L. R. de Mendivil, en su residencia particular de la calle Larrea 941

Cumpleaños de Hindenburg



En ocasión del cumpleaños del presidente de Alemania, mariscal Hindemburg, realizóse un acto conmemorativo en los salones del Club Germania. — Un aspecto de la concurrencia.

Bibliografía



Señor Alejandro Castiñeiras, autor del libro "Soñadores y realistas.— De Platón a Marx" recientemente aparecido.



Señor Arturo Marasso, autor del volumen "Poemas y coloquios", segunda edición corregida y aumentada, que acaba de publicarse.

Escultura de Leguía



Con motivo de cumplirse su vigésimoquinto aniversario de vida pública, el presidente del Perú, don Augusto B. Leguía, fué obsequiado con la notable escultura que reproducimos, ejecutada en cera por los artistas señores Julio Martínez (uruguayo), Benjamín Vilar (argentino) y José Iglesias (español), quienes también son autores de varias figuras del pasado y del presente, admirablemente interpretadas que se exhiben en el Museo de Luján

Baile de trajes de la Sociedad Coral Alemana





Dos vistas obtenidas mientras se realizaba en los salones de la Confitería de la Sociedad Rural Argentina, el baile de trajes organizado por la Sociedad Coral Alemana.

Festival a bordo del vapor "Giulio Cesare"







En honor de los diputados nacionales señores Nicolás Selén, Joaquín Costa, Pedro Bidegain, Martín Irigoyen y Pedro Podestá, realizóse, a bordo del vapor "Giulio Cesare", la fiesta organizada por la Universidad Popular "Bartolomé Mitre" y su anexo "Tristán Achaval Rodríguez", como homenaje a dichos señores por los servicios prestados a la mencionada institución. — El juez, doctor Ortega y el diputado señor Selén con algunos miembros de la comisión organizadora.



Vista parcial de la concurrencia que asistió al festival llevado a efecto en el vapor "Giulio Cesare".

COMIDA CRIOLLA EN EL CÍRCULO ITALIANO





Organizada por un núcleo de socios argentinos del Círculo Italiano, sirvióse en los salones de dicha institución una comida criolla en la que participaron gran número de comensales. — A la izquierda: la cabecera de la mesa. — A la derecha: una vista parcial de los asistentes al acto.

Darling Tennis Club





Con motivo de festejarse el día del Tennis, tuvo efecto, en el campo de deportes del Darling Tennis Club, una lucida reunión a la que asistieron numerosos asociados. — Algunos de los concurrentes



MADRE AJENA

Por J. Sánchez Gerona

Hacía rato que callábamos.

Hacía rato que los dos mirábamos distraídamente la llama azul que bailoteaba en el fondo obscuro de la chimenea, sobre los troncos hechos ascua.

El gabinete estaba a obscuras; en el techo daba la luz cinérea de un lejano farol de la calle

El silencio era tan absoluto, que molestaba.

Elena se movió nerviosamente en su butaca y dijo, con extenuada voz:

—Oye: ¿Por qué no me cuentas alguna historia bonita?..., ¿Un cuento de niños? Me gustaría oir esta noche un cuento de niños.

—No sé cuentos de esos..., no recuerdo ninguno...

Removía en los rincones de mi memoria para complacerla.

Entretanto habíase levantado a echar leña sobre las brasas; después se arrebujó a mis pies con actitud infantil, y poniendo la cara más inocente del mundo, me miró, esperando el cuento como una niña curiosa.

—El caso es que, por más que hago, no me acuerdo de nada que se parezca a lo que me pides. Pero, si quieres, puedo repetirte una historia muy interesante que he sabido hoy.

—¿Es triste, por lo menos?

—De una tristeza dulce.

—¡Oh! Es lo que prefiero...

Surgió, en aquel punto, la llama alegre de la leña recién echada iluminando el reducido gabinete y esparciendo un calor suave. Elena se estremeció con un repeluzno de satisfacción, complaciéndose con la anunciada historia, bañándose en el bienestar y en la paz que nos rodeaba.

Dí comienzo a mi narración.

—¿Tú recuerdas a Teodoro, aquel muchacho arquitecto que almorzó con nosotros una mañana? Bien; pues hoy me lo he tropezado en la calle después de algunos meses transcurridos sin vernos. Le invité a dar un paseo, pero se negó, mostrándome su traje. No había reparado en que vestía de luto. Le pregunté quién se le había muerto.

—Mi madre. — dijo tristemente.

El me había dicho, en cierta ocasión, que su madre había muerto al darle a luz.

—Esta era otra madre. Una madre de hace cinco años.

Naturalmente, no le entendía, y entonces me contó lo que vas a oír.

Hace bastante tiempo vino a la capital un joven de veintidós años, llamado Dionisio, hijo de una viuda que cobraba una exigua pensión con la que apenas podía mantenerse una persona. Hasta esa fecha habían vivido madre e hijo con mil apuros en su pueblo natal.

Dionisio ganaba algo, allá, como escribiente en casa de un notario que estaba medio ciego y tenía necesidad de alguien que le ayudase. Con lo poco que este trabajo le producía y la pensión de la madre fueron tirando medianamente de la vida; pero se murió el notario, y el que vino a substituirle no necesitaba de los servicios del joven. Entonces comenzó para éste y para la viuda una era de privaciones y sufrimientos insoportables.

El muchacho padecía la desgracia de tener imaginación, cosa imperdonable, y un corazón honrado, defecto más imperdonable aún. Y se figuró que con eso debería bastar para vivir en una capital, donde pudieran desenvolverse sus condiciones,

En los muchos ratos que le dejaban libres los quehaceres de la notaría, habíase dedicado a estudiar en la no despreciable biblioteca de su jefe. Cuando no tuvo más libros de que enterarse, púsose a hacerlos, y Teodoro, que ha leído las dos novelas que escribió en el pueblo, asegura no conocer nada más humano, ni que revele mayor sentimiento que esas dos primeras obras de Dionisio.

Este, sabiendo que la pensión no alcanzaba para dos personas, y que, si él se eliminaba, su madre podría vivir holgadamente con ella decidió utilizar la instrucción que poseía y sus aficiones literarias, para procurarse una posición, siquiera fuera modesta.

Para esto era preciso trasladarse a la capital foco deslumbrador de las mariposas del talento, en donde perecen tantas alegrías juveniles, tantas ilusiones acariciadas en los floridos rincones de provincias

A los pocos días de llegar conocióle Teodoro, y desde entonces siguió paso a paso todas sus vicisitudes, asistiendo a la representación del drama de aquella existencia. El arquitecto, estudiante por esa época era muy poco lo que podía auxiliarle; sin embargo, Dionisio se salvó de morir de hambre en muchas ocasiones, gracias a su amigo.

Tres años, poco más o menos, el hijo de la pensionista luchó con todas sus fuerzas contra la muralla casi siempre infranqueable que, en los caminos que se separan de la gran carretera de la rutina, levantan en el mundo, la Indiferencia, la Envidia, la Ignorancia y la Jocosidad

Hay un medio cómodo de romper estas murallas, la adulación; pero Dionisio, en la inflexibilidad de su honradez, en la rectitud de su conciencia sentíase incapaz de afirmar lo contrario de lo que sentía. Era, además, hombre a quien no se le apostemaba verdad alguna en el cuerpo, y esto le acarreó muchos enemigos, porque no se desenmascaraba impunemente a los falsos ídolos.

En tres años vivió una existencia entera, y se encontró a los veinticinco, con toda la carga de hastío, desiluciones y desprecio hacia el mundo de un viejo decrépito.

En los viejos, a esos desencantos y a ese hastío corresponde el cansancio y la debilidad física, y este acuerdo entre el espíritu y la materia, cuando es perfecto, engendra una tranquilidad resignada, admirable: la gran tranquilidad de los ancianos.

Pero en Dionisio, dotado de una naturaleza poderosa, con todos los ardores y las rebeliones de la juventud, el desequilibrio entre lo moral y lo físico no podía menos de producir una catástrofe, y ésta no se hizo esperar.

Una mañana recibió Teodoro un aviso del juzgado para que se presentase en donde se le indicaba.

Dionisio se había suicidado, y en la carta que se le encontró para el juez, suplicaba que se llamase a Teodoro, el cual, después de abrir un abultado paquete colocado sobre la mesa de su habitación, enteraría al juzgado de cuanto pudiera necesitar.

Allí encontró el arquitecto una carta de Dionisio en la que exponía las razones de su resolución: Estaba convencido de que la vida era un asco y de que no valía la pena de ser visto lo que ella nos pudiera reservar. Encargábale rogara al juez que ocultase a todo el mundo su nombre, para que no pudiera llegar la noticia a oídos de su madre. Y, por último, le decía que leyera en su casa y detenidamente los demás papeles que el paquete contenía.

Así lo hizo Teodoro, y encontró una porción de cuartillas en las que Dionisio hacía una detallada relación de los asuntos de su casa, de la historia de su familia y de los parentescos y amistades que tenían en el pueblo.

"Te cuento estas cosas, — decía el manuscrito, — para que puedas cumplir sin entorpecimiento el más grande favor que me pudieras hacer, y que, estoy seguro, ejecutarás religiosamente. Mi madre está muy delicada de salud; la noticia de mi suicidio le acarrearía la muerte o, cuando menos, habría de amargarla horriblemente los tristes años de la vejez. Es preciso que ignore lo sucedido. Para esto la preparé diciéndola, en el correo último, que mi suerte había comenzado a mejorar, que me mudaba de domicilio (le ponía las señas del tuyo) y que, sabiendo el trabajo que para su poca vista suponía el descifrar mis garabatos, pensaba comprar una máquina de escribir, que utilizaría para la primera carta que le dirigiera.

"Lo que espero de tí es que recibas la correspondencia de mi madre y la contestes en mi lugar, de modo que crea soy yo el que lo hago. Para esto dejo firmados muchos pliegos del papel en que acostumbraba a escribirla y varios modelos que te servirán para conocer el estilo de mis espístolas y los apelativos que más empleaba. Todo va en este paquete.

"Procura mostrarte muy cariñoso con ella, y sobre todo, muy puntual en responder... Será un trabajo que ejecutarás con gusto, porque sabes que ha de hacer feliz a una pobre anciana, que no tenía en el mundo más que a su hijo. Por otra parte, creo que no se prolongará mucho esa obligación que la amistad te impone. ¡Hallábase tan acabada cuando me separé de ella!"

Teodoro cumplió escrupulosamente cuanto se le encargaba, y estando en los ápices de los asuntos y costumbres de Dionisio y de su madre, no cometió indiscreción alguna.

Cinco años ha durado esta correspondencia.

—Al principio, me decía esta tarde el arquitecto, me costaba cierta violencia el fingimiento de esas cartas; encontrándome, más que nada, premioso en las frases de afecto que había de prodigar a una persona desconocida. Pero poco a poco, fué haciéndose más fácil mi tarea, según iba recibiendo sus escritos, en los que se ponía de manifiesto un alma sencilla y bondadosa y en los que rebosaba un cariño inmenso, el cariño sin igual de una madre, para mí nuevo, ya que no conocí a la mía. Al cabo de algunos meses, llegué a esperar con verdadero interés las cartas de la pobre viuda. En todas aconsejaba a Dionisio que se mantuviese honrado, que huyera de las malas compañías, que rezara a la Virgen del Puente, la patrona de su pueblo. Compadeciendo la soledad del hijo y los disgustos a que se vería expuesto en la lucha por conquistarse un lugar distinguido en la sociedad, le consolaba constantemente. En mis horas de aislamiento y de amargura llegaban estas cartas, que parecían escritas para mí, como un bálsamo suavísimo que me fortalecía y me daba fe en lo venidero. Llegué a figurarme que era a mí a quien aconsejaba, que eran para mí aquellas sus palabras amorosas y que, cuando yo contestaba, era a mi madre a quien lo hacía. Sus consuelos llegaron a serme indispensables. En una palabra: a fuerza de ponerme en el lugar de su hijo, llegué a quererla como se debe querer a una madr.e Un día se quejó de su salud: estaba mal. No me lo decía para que fuera, que ya se le alcanzaba lo difícil de esto, dadas las muchas ocupaciones que me impedirían hacerlo...

¿Puedes creer que me hubiese puesto en camino inmediatamente, a no haberme contenido el temor de que todo se descubriría en este caso? Me hube de reducir a animarla; afirmando que, efectivamente, no podía abandonar ni un momento la capital porque todo lo adelantado, que era mucho, podría perderse. Desde entonces no volvió aquella santa a manifestar sus dolencias, y creí que esto podría deberse a que realmente hubiese mejorado, según me decía. Pero hace un mes recibí una carta de luto; en ella, un pariente de Dionisio, creyendo desde luego dirigirse a él, me daba cuenta de la muerte de la anciana. Había expirado dichosa, suponiendo a su hijo próximo a llegar a la cúspide de la gloria y de la fortuna.

Estoy seguro de que sufrí la pena mayor que sentirse pueda. Tú, que has perdido a tu madre, ¿verdad que se experimenta un dolor horrible? Por eso visto de luto.

Notas de Arte





El escritor W. Jaime Molins y la cantante brasileña Julieta Telles de Menezes, dos notables bustos del escultor Luis Perlotti expuestos en el Salón Nacional.

Ascenso



Señor Nemesio Muntaabski, meritorio funcionario de los Ferrocarriles del Estado, justamente ascendido a contador general de dicha repartición. El señor Muntaabski ingresó en 1922 a la contabilidad del Ministerio de Obras Públicas. Al año siguiente fué ascendido a contador principal, y últimamente fué designado contador interventor en los Ferrocarriles del Estado. También desempeñó el cargo de contador general de la provincia de Córdoba.

De Alta Gracia



Señorita Lía Salomé Cabred



Doctor Jacinto Cabred y señor Antonio Lahitte, con sus respectivas esposas.



Señora Mercedes Piñero Pacheco de Gondra.



Señora Angela Lastra de Del Piano y su nena Angelita



Inesita Sarmiento Laspiur Ledesma.



Doctor Alfredo Echagüe

Teatros



Ada Cornaro, prestigiosa característica de la compañía Muiño, que actúa en el teatro Buenos Aires.

Necrología



Señora Carolina F. de Denovi, madre del ex-jefe de Policía Doctor Miguel L. Denovi, recientemente fallecida.

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS







Tres escenas de la curiosa y bellísima versión cinematográfica de "La dama de las [illegible] realizada por Artistas Unidos, y que interpretan Norma Talmadge y Gilbert Roland. La obra de Damas modernizada en su ambiente y trajes nada pierde de su aspecto y la célebre Norma fué elogiadísima por la crítica francesa en el estreno del film, que el domingo próximo conocerá nuestro público.



Cullen Landis, Edna Murphy y Jack Richardson, en "Aventuras de medianoche", que la General exhibe desde el viernes último.



Glenn Tryon y Mirian Nixon en "Líos reales", película Jewel que la Universal estrenará hoy.



Sally Phipps y Nick Stuart en "Héroe y caballero a la moderna", que la Fox estrenará pasado mañana.



Livio Ganavelli y Carmen Boni, protagonistas de "Retazo" adaptación alemana de la obra de Nicodemi que la empresa Puricelli estrenará en breve.

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



SAN LUIS. — Celebración del día del estudiante. — Alumnas de tercer año de la Escuela Normal en el local de la Escuela Rivadavia.



Alumnas de primer año de la Escuela Normal, durante el lunch servido en la casa de la señora de Carranza.



Alumnas de la academia de corte y confección que dirige la señora Filomena de Civelli.



Los señores J. B. Arzeno y A. Pimentel, miembros del directorio del Banco Hipotecario Nacional en su visita a la sucursal local.



LA PLATA. — Doctor Luis A. Rocca, secretario del Ministerio de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires.



Señor Horacio J. Arauz, director general de rentas de la provincia de Buenos Aires, que acaba de renunciar el cargo.



VILLA CAFFERATA. — (Santa Fe). — Comisión de señoritas a cuyo cargo estuvo el funcionamiento del bazar rifa organizado con motivo de las fiestas patronales



RIO CUARTO. — El diputado nacional doctor Carlos S. Rodríguez, el doctor Teófilo Bermúdez, jefe del partido Radical, el señor Froilán Cabral, jefe político, y demás personas que asistieron al homenaje tributado a la memoria del señor Benjamín Baigorria.



SAN MIGUEL. — (Corrientes). — El matrimonio Esquivel Ríos, acompañado de sus siete hijos varones, el último de los cuales, de nombre Marcelo Vicente, fué apadrinado por el doctor Joel R. Portillo, en representación del presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear.

EL BANDIDO QUE RECHAZO EL INDULTO

El órgano más absurdo es el corazón. Y esta es una historia absurda, porque desde la primera hasta la última línea fué escrita por el corazón. ¿Se figuran ustedes que un asesino, salteador de caminos y de trenes, ladrón, corredor clandestino de licores, falsificador, forzador de cajas de Bancos, incendiario, escapado de la horca dos veces y una de la silla eléctrica, pueda ser protagonista del drama amoroso más romántico, pletórico de abnegación, heroísmo y sacrificio?

¿Cabe en la imaginación de ustedes, que una muchacha bondadosa, de envidiable educación, inteligente y bella, haya dejado plantado en la puerta de la iglesia a un hombre aristocrático y honrado por fugarse al lado del bandido que acabamos de describir, convirtiéndose como lógica consecuencia en una delincuente, legítima carne de presidio?

¡Y sin embargo! Tal es la realidad desnuda de la dolorosa historia que vamos a escuchar.

Millonario, joven y arrogante; inteligente y bueno; aristocrático y culto. Parecía que la naturaleza se había esmerado en favorecerlo. Se llamaba Juan Windor Norris. Y el niño ciego del amor prendió un buen día en su alma, el incendio más desenfrenado. Pero la suerte que lo acompañaba desde la cuna, siguió favoreciéndolo. La mujer que había despertado aquel fuego voraz, no fué esquiva y un himno de felicidad y de alegría fué cantado a coro por los dos.

Hasta 700 concurrentes había el día de la ceremonia del compromiso nupcial.

Dada la calidad de los novios no es de asombrar, que una abigarrada multitud de hombres impecablemente trajeados, y de mujeres elegantemente vestidas, llenara los salones. Docenas y docenas de bellezas, cubiertas de joyas y pieles, se detenían con monótona curiosidad ante las mesas donde estaban los regalos; frente a las mesas donde fulgían las luces de piedras raras y costosas, al lado de maravillosos cincelados de un artífice, o exquisitos trazos de un poeta del pincel, que había volteado sobre el lienzo los caprichos de su artística retina.

Los perfumes de las damas, las luces multicolores de las arañas, la muda y límpida irisación de los espejos, la sollozante voluptuosidad de la música y la cadencia enervadora de la danza, tejían una atmósfera de ensueño, que aprisionaba dulcemente entre sus mallas a la juvenil y elegante concurrencia.

"¡Nadie se mueva si quiere vivir!" Tres hombres enmascarados con el revólver en la mano, irrumpieron en el salón Tras de ellos tres, otros tres más. Y como respaldo, un séptimo desenmascarado, pero con un revólver en cada mano. Su semblante era duro; sus ojos aceitunados, brillaban como los de un felino; y en la agresiva contracción de su cuerpo, se acusaba a la fiera lista para el asalto y el zarpazo.

Con el deleite de un orfebre que cincela un trabajo de preciosismo, con toda la sabiduría de un maestro consumado, con la seguridad y confianza del práctico que cumple una vez más su labor, los hombres aquellos desvalijaron integramente a los concurrentes. Hasta el último centavo les fué arrancado; hasta la última joya les fué quitada. Y a la hora de partir, el mejor de los lotes, el lote de los regalos, envuelto en una amplia manta, salió sobre los hombros de un musculoso foragido para ir a reposar la codicia que despertaba, sobre el duro entarimado del camión que esperaba a la puerta.

Pero no. No está bien lo que he dicho. El mejor de los lotes no era el de los regalos. El mejor lote estaba formado por ese ser agraciable y atrayente, modelado en carne palpitante y sonrosada; por esa mujer dulce y sonriente que era una antelada promesa de felicidad para el que fuera su amo: la novia.

El bandido de mirada felina la contempló.

"De todo lo que hay aquí, lo que más vale es usted, le dijo sonriendo. Podría llevármela, pero sería contra su voluntad. Yo le prometo que todo lo que me llevo ahora se lo devolveré humildemente, de rodillas, cuando logre convencerla de que usted es para mí".

Sus miradas se cruzaron como los aceros de dos enemigos rencorosos. Y a su choque, un observador hubiera notado, que una llama de asombro y de deseo, mezcla de admiración y de homenaje, brilló un segundo en las pupilas de la bella.

¿Fué una fascinación; fué veleidad o fué capricho? ¡Psch! ¡El corazón es un absurdo!

La policía intervino; los ultrajados prefirieron callar sus nombres para evitarse censuras por su cobardía; el ladrón se llevó una pequeña fortuna, y entre tanto, las semanas siguieron corriendo con las gris monotonía de los días invernales.

La iglesia de San Daniel era una ascua de oro. Norris millonario, hijo de millonario y aristócrata de cepa, no de improvisación, se casaba. Todo estaba listo. El novio con un gran ramo de flores; la orquesta esperando la señal de su director; en el púlpito un orador sagrado especialmente contratado para la brillante ceremonia; los padrinos en sus respectivos reclinatorios. Solo faltaba una persona; la principal, ciertamente: la novia.

La demora prolongada comenzó a despertar cierta nerviosidad. Pasaron 30 minutos; corrieron 10 más; y se completó la hora. Todos comenzaron a desfilar; en silencio; absurdo; encolerizados o burlescos; sombríos o entristecidos como quien regresa de un funeral.

Solo quedaron Norris, el cura y los padrinos. Gruesas lágrimas bailaban en sus ojos. En su inquietud perdió todo dominio de sí mismo, y olvidando el triste papel que cumplía fué asentarse en las gradas de la iglesia en espera de la mujer que no debía llegar jamás. La bondad evangélica del sacerdote, le anunció el hacer 60 minutos que estaba en aquel sitio: la realidad brutal del reloj, le hizo saber que ya llevaba dos horas meditando en los peldaños; el acento trémulo de su padrino, le recordó que acababa de cumplirse la hora tercera de su espera.

Cuando regresó a su casa todos estaban mudos; su mutismo y la tristeza de sus semblantes, simulaban personificaciones de la estatua del Dolor.

LA CLAVE

I

¡Cómo pían los pájaros sobre nuestras cabezas
en este lento atardecer de invierno!
Y es himno a la ternura que pasa por la senda:
mis ojos extasiados sobre el hijito tierno!

Yo comprendo a las aves cuando cantan dichosas.
Acaso, el alma entera no es pájaro en mi verso?
Yo comprendo a las aves; dejad que las escuche:
¡no hay música más dulce dentro del universo!

II

Cuando un pájaro canta, un niño balbucea.
Trinos y balbuceos hoy mesuran mi idea;
y con mucho de niño, y con mucho de ave

voy por este sendero del parque solitario
y acariciando a mi hijo, pienso en el millonario
que de la dicha, nunca pudo dar con la clave!

Ricardo M. LLANES

Sobre una mesa, una carta dirigida al que esperó. "Lo he pensado bien. He sido rigurosamente puntual, y me he casado a la hora exacta con Carroll, el bandido que nos ultrajó a ambos sin que tú fueras capaz de defenderme. Adiós. No necesito de tu perdón. Es preferible que me olvides".

No tiene importancia lo que se sigue. En el egoísmo humano, es tan baladí el dolor como la alegría de nuestro prójimo, siempre que él no nos entrape en sus engranajes. Norris sufrió mucho; Lannia fué feliz y el bandido conoció la verdadera dicha de existir.

Pero... En un asalto a un tren de pasajeros, como consecuencia del cual hubo cuatro muertos y dos heridos, una mujer cayó en manos de un escuadrón de policía de carreteras. Se perdió en la fuga, e involuntariamente fué a tocar la boca de las carabinas de los perseguidores.

La prisionera tenía inaudito valimento para la autoridad. La presa capturada era nada menos que la mujer del jefe, del tristemente célebre Carroll. ¡Cuántas cosas habría que hacerle cantar a la señora!

Sin embargo, el hombre pone y Dios dispone. Un mal violento y desconocido arruinó prontamente la salud de la cautiva. ¿La falta de libertad; la ausencia del compañero inolvidable?

En la enfermería, rigurosamente vigilada, la mujer jadea y gime bajo el azote de una fiebre devoradora. Pero inesperadamente en sus labios una sonrisa se dibuja largamente. Los barrotes que con tanto sigilo y tenacidad fueron aserrados noche tras noche, comienzan a ceder bajo los puños musculosos de alguien que afuera, colgado en el abismo, se está jugando la vida en una empresa de locura.

Algunas certeras, puñaladas, varios mazazos asesinos y tres cadáveres tendidos como cañas tronchadas por un temporal. Los vigilantes enmudecidos por la muerte, la complicidad de las sombras celestinas de la noche, y la valentía de un hombre decidido, son los factores que devuelven la libertad a la que estuvo sollozando entre las rejas de un presidio.

Nerviosamente tintinea el timbre del teléfono en la estación de policía.

"¿El comisario? pre[illegible] voz trémula. ¿Sí? ¿Está? ¡Bueno! Mande inmediatamente fuerza para capturar a un gran delincuente. Aquí está Carroll. No puede escapar. Capturado, los que lo tomen, tendrán derecho a las gratificaciones cuantiosas que han sido ofrecidas por la cabeza del bandido". Y Carroll en persona, que era el que así hablaba, al soltar el teléfono, cayó de rodillas estallando en sonoros sollozos.

¡Cuán grande fué el asombro de los detectives al penetrar a la habitación y encontrar al salteador abrazado al cadáver de una mujer!

"¡Me he entregado porque quiero morir!", dijo levantando el semblante horriblementes desfigurado por un dolor supremo. Mi única ansia, era que muriera libre y en paz, fuera del maldito presidio. Si ella se ha ido, si ha muerto como yo quería, si todo ha terminado, si me faltará para siempre, ¿a qué me quedo yo?"

Y en el estrado a la hora de la sentencia, ante el anonadamiento del defensor y los espectadores, Carroll lloró e imploró del juez la suprema dicha de la horca.

"¡No quiero perdón sino la muerte. Si fuí siempre cruel y despiadado para mis víctimas ¿por qué no se me ha de aplicar la ley del talión? Señor juez ¡por piedad! ¡Arránqueme al dolor que me destroza y apiádese de mí! Que se me sentencia a la última pena y se me ejecute sin más vacilación."

Y he aquí el caso más raro que registran los anales de la jurisprudencia del gran país; un delincuente terriblemente peligroso, a quien se conmuta la pena de muerte por la de prisión perpetua, y el cual, la rechaza airadamente calificándola de crueldad, mientras que de rodillas, con torrentes de lágrimas en los ojos, pide que se le conceda la suprema gracia de la horca, que es la única que puede ser lenitivo a su sufrir.

El corazón es un absurdo. No lo ponga a prueba. Quizás le muestre revelaciones inesperadas. Es el tirano caprichoso que no admite réplicas, lo mismo para usted que para mí, que para el que va pasando por el frente...



—Estoy comprando una máquina de lavar ropa para mi esposa. Quiero darle una sorpresa, por ser hoy su santo.
—¡Ya lo creo que le vas a dar una sorpresa... Ella esperaba un automóvil!

LA ZORRA Y LOS CANGREJOS

Una Zorra genial muy andariega
desde su juventud, siendo aún zorilla
se dedicó a las Musas con fe ciega,
y andando el tiempo, como todo llega,
llegó a ser el asombro de Castilla.
¡Qué leyendas, qué trovas, qué romances
de mérito notorio
siempre inspiradas en gallardos lances
a lo Don Juan Tenorio!
Cierto día, según cuenta un cronista,
fué a pedirle consejo
y a leerle un poema modernista
un mísero Cangrejo
nacido en el arroyo dadaísta.
Y fué tal la sorpresa
que sintió la zorrilla y tal su enojo
al ver aquella jerigonza impresa,
que hasta el semblante se le puso rojo.
—¿Pero esto qué es? — gritó con voz horrenda
y armando gran estruendo—.
—¡Ni esto yo lo entiendo
ni creo que haya nadie que lo entienda!
—¡Es que rompimos ya los moldes viejos
y nuestro metro es un tira y afloja!
¡Los vates de "vanguardia" hoy vamos lejos!
—¿De "vanguardia" vosotros los cangrejos,
que andás siempre hacia atrás? ¡Oh, paradoja!

Y ya sabéis por qué, entre los artistas,
a los nuevos poetas "dadaístas"
que no saben hacer dos ovillejos,
les llama todo el mundo "los cangrejos".

Fiacro YRAYZOZ

Pleito curioso

En el tribunal de justicia de Budapest se ha fallado un pleito curioso.

En el año 1858 se construyó la sinagoga grande y monumental; y como es costumbre en aquel país, muchos fieles judíos ricos adquirieron en propiedad los mejores sitios o localidades.

Con el tiempo los herederos de aquellos propietarios cambiaron de religión, particularmente en el año 1921, durante el terror blanco, y el Consejo Comunal Israelista, en asamblea general y solemne, acordó quedarse con la propiedad de las localidades de los renegados.

Varios de éstos acudieron a los tribunales reclamando la propiedad de los sitios, fundamentando su demanda en la razón de que el cambio de religión no puede influir para nada en el derecho a la herencia legítima.

El tribunal falló en favor de la comunidad, basando la sentencia sobre el siguiente punto de derecho:

"Es imposible suponer que los fundadores y constructores del templo, que fueron judíos fieles, admitiesen que los hijos que adjuran de la fe milenaria de sus antepasados hereden sus lugares en la santa casa que ellos construyeron para convertirlos en mercancía de compra-venta. Solamente pueden heredar estos sitios los que los dedican a la oración y al culto religioso".

El disfraz

Moisés, el más antiguo de los escritores bíblicos, fué el primero en anatematizar los disfraces. En el versículo quinto del capítulo XXVII del Deuteronomio, se leen ya las siguientes líneas:

"La mujer no se pondrá vestiduras de hombre, ni el hombre usará vestiduras de mujer, porque el que hace esto es abominable ante Dios".

A lo cual añade un comentarista: "Porque la mujer, así, pierde la vergüenza, y el hombre la dignidad".

ALMAS Y CUERPOS

Por M. Martínez Barrionuevo

¡Qué dúos aquéllos! La plaza era extensísima. Los balcones estaban juntos; podían hablar los novios sin que les interrumpiesen; entregarse a sus fantasías de muchachos. Regresaba él de la oficina con el pensamiento fijo en la ideal imagen; en la labor ruda de todo el día, no se apartaba de su imaginación tampoco aquella cabeza gentil, deliciosa, de ojos muy bellos, celestes, dulces como en la luna.

Era muy raro; siempre estaba ella en el balcón regando sus flores cuando él volvía. Yo os lo digo: pensaban los dos de buena fe que ella no salía al balcón todas las mañanas y todas las tardes para verle a él cuando marchaba y cuando volvía, sino a regar sus flores. ¡Oh amor, divino amor, que siempre has de ser ciego! Se amaban, sí. ¡Dulces niños!... No sabíais que el primer amor es la primera amargura; que la primer caricia de los ojos es la primer gota de veneno que la sangre bebe; que el primer beso es la primera decepción, el primer paso que a la muerte se da. ¡Se amaban, se amaban!

En aquellas tardes de primavera con el arrullo de las golondrinas, cuyos nidos colgaban próximos a sus cabezas, en la misma canal del tejado; sin preocuparse de aquel suelo que se perdía allá, en lo profundo, desde el balcón microscópico de un quinto piso; vigilados por la cigüeña, seriota e impasible, del torreón de enfrente; embriagándose el uno al otro con la mirada, con la frase; él, temblando, encendido de alegría; ella, temblando, encendida de rubor, y viéndose su cara solamente detrás de sus flores; separándose para seguir viéndose luego, viéndose, también, cuando no estaban juntos... Viéndose en el pensamiento, mutuamente, como dulces imágines misteriosas, rodeados de luz... De esta manera pasó el tiempo.

Allí se conocieron; en aquellos balcones altos, tan altos; allí, al despertar sus almas miránronse con recóndito, misterioso grito, a la vez que la primavera nacía, envolviéndolos amorosa, riente, en su ropaje vaporoso de colores. No se conocían: no se habían visto antes. Al cambiar desde sus balcones la primer mirada, quedó él aturdido, ella suspensa; y los dos inconscientemente dijeron a la vez, bajo, muy bajo, como un susurro, como esos de las noches de estío, que no se sabe de donde brotan, en las campiñas solitarias: "¡Sí, es ella!" "¡Sí, es él" Y así, en un segundo, se vieron, se comprendieron, se amaron, entregáronse, en fin, de una vez, por entero, sin vacilar, como las almas generosas van al peligro: como los héroes van a la muerte.

¡Cosa singular! Desde que él vivía en aquella casa; desde que conocía a la mujer que tan cumplidamente le pudo cautivar, no la vió salir nunca; no la encontró en la calle tampoco. Decíaselo él, y ella sonreía, hablando de su poca afición a exhibirse; le gustaban más el hogar, su cuarto como una jaulita de oro, donde el sol se metía muy alegre todas las mañanas, como un amigo bueno.

El la oía embelesado, y de su pecho escapábase todas las mañanas un profundo suspiro a la hora en que el sol, sin avisar, se metía con su risilla de oro en el cuarto de ella. Sí, suspiraba, envidiándole.

Quería verla; quería estar junto a la diosa de su ilusión, próximo... más próximo; quería que los viesen juntos; que se detuviesen los transeuntes para admirarla a ella, para envidiarle a él; porque él lo sabía, nadie se lo dijo, pero sabía que el cuerpo, en razón del rostro, sería soberano, de belleza y majestad. ¡Oh, lo sabía bien! Y ella, oyéndole, abstraíase, puestas las manos en el barandal, y sintiendo, sin darse cuenta exacta, a la golondrina; aquella que



bajaba todas las tardes de su hueco del canalón a pedirla de comer picoteando su ramo y mirándola siempre con sus ojillos brillantes de abalorios. La golondrina pedía... El amante pedía... Su corazón latía pidiendo algo también... ¡Oh, cómo pedían todos! Y ella, triste, ¿qué podía dar? Y miraba absorta, allá, en el torreón de enfrente, a la cigüeña, inmóvil, seriota, adusta. También pedía algo, mientras el amante hablaba. Pero gran Dios, ¿qué decía el amante?

Hablaba el amante, admirando su cabeza gentil, llena de bondad y ternura, de cabellos rubios, sedosos, como una mancha de aquel sol dorado y envidiado; de boca de correctísimo dibujo, fina, firme, imprimiendo en aquel rostro una dulce seriedad que hermanaba con su frente noble y pensadora. Veía su cabeza, su cuello blanco, mórbido, diáfano, y no veía más; el busto, la cintura, el cuerpo, en fin, ocultábanse detrás de las plantas y las macetas. Y siempre al entonar el hombre su himno a la gran figura lumínica de la dulce diosa, ella sonreíase, triste, sin ver al amante, sin sentir a la golondrina, fijos los ojos con atención de sonámbula, en la cigüeña, que permanecía allá, en lo alto, inmóvil, con su inmovilidad estúpida, llamándola..., llamándola sin cesar, para que emprendiesen juntos no sabía ella qué viaje misterioso y encantador, largo y eterno, allá por un país deslumbrante, lleno de estrellas, donde no había hombres y descontentadizos.

—¡Quiero verte! ¡Quiero verte!

Y ella reíase, pidiéndole calma. "¡Oh, no era cosa de tomarse prisa! ¡Era tan largo el tiempo! ¡Cómo que no habría ocasiones!..." Y reía, reía más.

Y luego, retirándose del balcón, la pobre avanzaba trabajosamente, con sus piernas tullidas, haciendo al andar horribles contorsiones de cintura; iba hasta un espejo y contemplaba allí su rostro de angel, y contemplaba después su cuerpo de espantosa deformidad, su espalda jibosa, sus brazos secos, raquíticos, todo su ser, en fin, como concebido por un monstruo en un segundo formidable de frenesí apocalíptico, y abortado y pisoteado al nacer por la pezuña macabra del monstruo mismo que la abortó. Veíase y caía sin fuerzas, febril, ahogándose su corazón de aquel amor que la consumía, llorando, sin protestar, su suerte infausta que a tal condición la quiso reducir. Lloraba, moribunda, de amor y espanto. Amor a todo..., a su amante, a sus golondrinas, a la cigüeña misteriosa del torreón, a la humanidad entera; y de espanto de sí misma, de espanto porque a nadie podía inspirar el sentimiento de ternura "por todo" en que su alma virgen consumíase. "El amor, el afán de aquel hombre adoradísimo, duraría lo que tardase en "verla"; en ver aquel triste cuerpo, en el cual soñaba como en la buena dicha. La decepción sería su muerte, como estaba su corazón muerto desde el instante en que el hombre "deseó más". ¡Oh, egoísmo brutal humano! ¿Por qué no la dejaban vivir, sin recordarle la espantosa deformidad de su cuerpo? ¿No estaba allí su cara? ¿No estaban en su cara sus ojos? ¿No estaban en sus ojos su alma, aquella alma santa, más peregrina y deslumbrante que los cuerpos de todas las reinas y de todas las diosas?"

Lloraba... lloraba, fingiéndose al hombre amado allá, lejos, muy lejos, en una nube azul de llamitas blancas, y detrás de la nube, lejos más lejos aún, a la cigüeña, como un imán fatídico, atrayéndola, con ímpetu violento, a los abismos del espacio, para volar allá, a lo último, donde nadie anhelara ver su cuerpo, aquel cuerpo que a ella misma hacíala morir de horror... Y salía risueña, dulce, a la otra mañana y a la otra tarde, a oír, temblando, los ardientes himnos de aquel alma joven, adorada de la belleza; de aquel hombre entusiasta, loco, que esperaba hallar en el horrible cuerpo de la sin ventura, mueca brutal de la naturaleza, las líneas mágicas, enervadoras, hechizantes, de los cuerpos de las hadas y de las musas.

Ella oíale con esa calma precursora del no ser. Ella oíale y al son del fogoso discurso, piaban los pájaros, sonaba, quejumbrosa, la campana de la torre... Y seguía, seguía el gran himno del hombre, no al alma, no a la divina diafanidad de aquel pobre rostro de virgen; al cuerpo: al cuerpo de majestades, de esplendentes, poderosas líneas, complemento a gusto de tan soberana mujer.

Y una vez, la campana sonó plañidera como nunca; la golondrina acarició sus manos, pidiéndola el alimento con más afán que nunca... La cigüeña, desde la torre, la miraba... ¡La miraba! Y el amante, haciéndola estremecer, palpitar, morirse, decía:

—¡Verte!... ¡Admirarte!... ¡Adorarte!...

—¿Quieres verme..., ver mi cuerpo?, preguntó temblando, dulce, con palidez horrorosa, sin mirarle, mirando allá, al campanario, donde la cigüeña permanecía esperándola, esperándola siempre, muda, inmóvil, fatídica, como un signo faraónico que dibujó en el cielo misterioso pincel.

—¡Verte! ¿Cómo? ¿Dónde?, preguntó él, fogoso.

—¡Ahora! ¡Aquí!

Los pájaros piaban, revolviéndose en sus nidos; la golondrina levantó también el vuelo; la campana lanzó su última nota, la naturaleza entera pareció enmudecer en aquel segundo solemne de la vida de dos almas... Y en el gran silencio, la cigüeña pareció decir sin hablar, con voz que hendía los aires, sin embargo, como una tocata inmensa, de espantosos acordes: "¡Ven! ¡Ven!" Y levantando, también, el vuelo, se perdió en los espacios.

¡Aquí!, repitió él, absorto. ¿Será posible?

—Toma mi mano.

Alargó él el brazo, cogió la mano maquinalmente con un secreto terror. "¡Terror! ¿Por qué?" El corazón se le hinchaba, como si su pecho fuese a estallar.

—¡Estréchala, estréchala mucho!, dijo ella.

La estrechó él... La mano fina y calenturienta se soltó de pronto de la mano del hombre; vió él, súbitamente, que la figura de la mujer erguíase, como una visión sobrenatural, omnipotente; se oyó un grito horrible; la mujer cogiose a la baranda, volteó, se lanzó al vacío y quedó despedazada en los pedruscos de la plazuela.

Al día siguiente no comió la golondrina. Al tocar la campana, volvió la cigüeña a la torre. ¿Adónde fué con la pobre almita de la jibosa? ¿La dejó quizá en aquel país misterioso, lleno de estrellas? El amante... ¡Ah, el amante! El tiempo es largo, muy largo; la pobre tullida lo dijo muchas veces. Además ¡hay tantas mujeres sin alma! ¡Hay tantos cuerpos deliciosos, seductores, como los de las hadas y los de las musas!

La señora Blanca C. de la Vega

Su encanto y su arte

No será difícil para el lector inteligente imaginarse la silueta exquisita y radiante de esta hermosa mujer oriunda de Bolivia, que lleva en sus venas la hidalga y bullente sangre hispana, dentro de su corazón las dulzuras inefagles del romanticismo y el amor y en su espíritu e inteligencia el ritmo de la Belleza y las armonías vibrantes del Arte.

El retrato que ilustra esta nota no destaca con todo vigor los detalles de su faz tan favorecida por Natura.

Hasta ahora solo su figura arrogante, de perfil gracioso, había sido dable contemplarla en su plasticidad y elegancia dentro del escenario teatral donde se anima y transfigura adquiriendo prestigios cumbres con el sentimiento y la emoción. Aparece en los tinglados, ante las candilejas, con sonrisa simpática, cordial, transparente, con su cuerpo esbelto y ondulante, la cabeza, cabeza de española hechicera, nimbada de luz y sus pupilas grandes, sugestivas, con la diafanidad del Ideal y la profunda sensación de la ciencia. Allí ella vivifica los versos con soplo fresco y perfumado, de juventud y gloria, y llena con oro las estrofas que se expanden al recibir la riqueza que brota de semejante sensibilidad y se exaltan al contacto de esa alma apasionada en lo estético.

Su persona observada fuera de las tablas escénicas adquiere tintes pristinos, tan subyugantes como cuando con su voz modulada y acariciante, blanda y suave como imperceptible soda penetra en el auditorio conmovido y lleno de admiración.

En su casita de Flores, un "home" confortable y pintoresco, grato y mimoso, un "bijou" artístico, la espiritual declamadora atiende el requerimiento curioso de los periodistas.

Visitar esa morada es realizar un viaje por el ensueño de su dueña, que se difunde en los objetos, adornos, detalles íntimos, y aletea dentro y fuera de las habitaciones, por las ventanas ingenuas que dejan paso al sol y las flores mimosas que en su jardín andaluz embalsaman el aire con aromas delicados fragantes y sutiles.

Con la impresión óptima de su última audición en el teatro Odeón, al oir su voz cristalina que encierra el encanto del trino del canario y la bondad serena y poética de alondra mañanera, donde el acento de Castilla pone su espíritu evocador y legendario, nos creemos llevados al lugar en que la joven e inteligente artista ha obtenido merecidos triunfos.

Destacan su yo, una amabilidad, una gentileza, tan espontánea y sencilla que fluye como agua reluciente y límpida de fontana insospechada.

Retiene la mirada del que observa su cabellera renegrida como azabache, encrespada en ondas que aumenta su belleza y corona su personalidad física, verdadero símil de su personalidad moral e intelectual. La felicitamos por su recital reciente.

—¡Oh! — exclama riendo cantarinamente mientras hace oir su voz sonora y arrullante. Les agradezco, pero ese día no estuve como hubieran sido mis mayores deseos. Figúrense que me hallaba bajo la acción de un resfriado muy fuerte y ello obliga, en muchas a ocasiones, a colocarse en un estado de ánimo diametralmente opuesto al anhelado, recitándose, a veces en frío, poesías que necesitan justamente que se les preste todo el abrigo que necesitan para suplir aquello que no pudo hacer el poeta.



La distinguida declamadora señora Blanca C. de la Vega

—¿Cómo considera a la declamación?

—Opino que es un arte puro al que no se debe acercar ningún artificialismo, so peligro de desvirtuarlo. Siempre he tratado de mantenerme dentro de esa escuela que establece que el arte de la declamación es el de la naturalidad. Declamar bien es ser natural y esto último es tan difícil... La emoción debe sentirla el intérprete y entonces surge entera y se trasmite a los oyentes. El dolor, la alegría, la dicha, el amor ¿pueden fingirse o suplirse con recursos huecos, con afectación? ¡No! El intérprete debe acercarse todo lo humanamente posible a lo que desea traducir y expresar con belleza los paisajes del alma que los vates han descripto.

A veces un poema obliga a gran esfuerzo por la capacidad que debe señalar el declamador; en otras ocasiones hay en el verso deficiencias que lo alejan del tema elegido y entonces el intérprete debe, con la palabra hablada, hacer llegar el escrito lírico hacia donde no pudo volar el autor por imposible ascensión.

—Nos han dicho que usted piensa dedicarse al teatro.

—Me agrada mucho, pero, en esta época de tanta decadencia para él, no creo que ingresaré en sus filas.

—¿Dicta Ud. clases?

—Sí, y es realmente una de las tareas más queridas para mí.

—Hay número grande de discípulos?

—Bastante. La declamación atrae poderosamente a la mujer.

—En su espíritu selecto se identifica con la expresión de la Belleza.

—Hoy que ya se le va haciendo justicia y reconociéndole los méritos que antes se le regaban con zafia pertinancia esta puede demostrar las superiores condiciones de su mentalidad y la destreza de aptitudes que ayer nadie imaginaba.

—La mujer con esa sutileza que guía sus pasos raudos llegará muy lejos — exaltándose al trono que le corresponde por sus virtudes y su nombre de Mujer, que debe ser sagrado para la humanidad.

—Asiento.

—¿Qué poetas le agradan?

—No particularizaré. Aquellos que cantan con valer y sinceridad denunciando su alma lírica.

—¿Y esa jira artística de la que se han ocupado los diarios?

—Se halla en proyecto y su realización depende de algunos factores que la decidirán.

Puedo adelantarles respecto a novedades que pienso realizar una audición de obras de poetisas, especialmente valores nuevos.

—¿Su ideal?...

—...

La respuesta se halla en sus ojos que registran las vastas proyecciones de su ensueño de bondadosa y artista mujer.

Roque CEPEDA VERON.

¡DAME, SEÑOR, MI VERSO...!

Yo quiero cada noche de cada nuevo día
expresar en un verso mi sentir:
como el pan cotidiano el "Padrenuestro" pide,
la gracia de un poema yo invoco para mí.
Y a cada día viejo
con una canción nueva daré fin...

Haré así un calendario-poético del alma,
que me dirá, más tarde, lo que mi vida fué;
y el pasado
no será tan pasado
cuando pueda en sus hojas destacarse otra vez.

Habrá días de fiesta que me dejaron luto,
y acaso en fechas tristes la dicha me llegó...
Habrá tardes de invierno con ardores de estío
y estíos que de nieve mi frente se cubrió...

Y otoños perfumados con esencias de Mayo,
que también los amores nos saben embriagar...
Mientras que Primavera, coronada de olvido,
fué un otoño desnudo de ilusiones y afán.

Días que fueron noches, ¡noches que fueron días
cara al sol!
Calendario formado con luz de fantasía,
que a cada instante cambia su color...

Y pensaré, nostálgica, repasando las fechas
en las horas amargas que asome la vejez:
"Hoy hace tantos años
que por no esquivar, pronta, el ardor de unos labios,
los labios me abrasé...

Pilar de VALDERRAMA.

Enigmas del corazón

Por María Teresa Marcos de Belendez

Las cortinillas malva daban a la luz suavidad de caricia en aquel gabinete coquetón lleno de muñecos raros, caídos sobre la profusión de almohadones caprichosos.

Alicia, convaleciente de grave enfermedad, recibía en la intimidad a sus amiguitas preferidas, que parecían otras tantas muñecas grandes con privilegio de sentarse en las enanas butaquitas próximas a la mesa, cubierta con lindo mantelillo anaranjado, donde esperaba el aromático té, servido en las finas tacitas de porcelana verde.

Alicia servía las sabrosas pastas y la dorada mermelada de albaricoque: las lindas boquitas, donde la barrita de carmín trazó el corazón de la coquetería, charlan mientras saborean los dulces.

Alicia es bella, esbelta y fina; sus ojos son dos gemas doradas magníficas de luz, donde la pasada enfermedad puso la sombra de suave pincelada violeta. Tiene cabellos castaños cortados según la moda exige y dos ondas brillantes besan sus mejillas de mate blancura.

—La verdad, Alicia, no tiene explicación que una muchacha como tú haya llegado a los veintisiete años sin novio — dice Lolita, la más joven de las muchachas, una morenilla de nariz respingona que pone en su cara de pilluelo un gesto de gracioso desenfado. — No se explica, no; una mujer bonita, tan moderna y sin que jamás hayas tenido un pequeño "flirt". ¡Vamos! Con lo que a mí me gusta flirtear; no lo comprendo, chica, no lo comprendo.

Alicia sonríe; pero las gemas de sus ojos se oscurecen para encerrar en su fondo la tristeza.

—Te equivocas, Lolín; he tenido mi "flirt". Os contaré su historia: Mi único "flirt", mejor dicho, mi único amor, ha sido una pequeña tragedia; pequeña, porque sólo cabe en el corazón; pero como una chispa prendió su fuego en mi vida.

La voz de Alicia es cálida y suave, un poco apagada; en ella se adivina un sollozo contenido.

—¡No! ¡No! — dice la rubia Margarita, sentimental como su nombre. — Si te ha de causar pena no nos cuentes nada.

Julia opina lo contrario y coge cariñosamente las finas manos de Alicia, diciéndole con voz mimosa de madrecita buena:

—Cuenta, querida; bien sabes lo verdadera que siempre fué nuestra amistad; cuenta. Las penas, al revés que las alegrías, repartidas tocan a menos, y nosotras, que tanto te queremos, exigimos nuestra parte en este dolor tuyo, si esto puede aliviarle.

—Ya sabéis — dice Alicia — mi fracasada boda con Arturo. Si he de seros franca fué solamente despecho lo que sentí, y creo que ni aún eso; mejor pudiera llamarle amor propio ofendido, pues nunca le amé. La costumbre de verle siempre y saber que nuestras familias acariciaban el proyecto de nuestra unión hizo que insensiblemente me habituase a la idea de que tenía que ser mi marido. Lo mismo debió de sucederle a él; nunca me quiso con amor; fuí su compañera de juegos infantiles, mas tarde su amiga-hermana. Para él mi cariño fué la "costumbre" solamente, como para mí el suyo. Cuando nuestra boda se iba a formalizar él vió claro; pero fué cobarde, prefiriendo el escándalo a la franqueza, y huyó con aquella bailarina de charlestones. También yo abrí los ojos, comprendiendo que no sentía ningún amor por él; pero me sentí infinitamente triste al descubrirlo.

—¡Y yo que te creía tan enamorada y tan feliz! — comentó la linda Margarita, abriendo, extrañados, sus ojos azules.

—No es extraño — continúa Alicia, — yo también lo creía; pero fué un sueño, del que desperté con el corazón vacío.

El tiempo pasó y fué borrando de mi pensamiento el recuerdo desagradable. Desde entonces mi sólo deseo era ser amada y amar encontrando el verdadero amor, ya que durante tanto tiempo viví engañada, equivocada quizá.

Tuve muchos pretendientes, ya lo sabéis; pero ninguna mirada supo encender en mi corazón la llama feliz tan deseada.

Muchas veces, al quedarme sola con mi alma, hacía minucioso examen de sentimientos para ver si encontraba escondido entre ellos un poco de amor en aquello que creí costumbre; pero jamás hallé respuesta afirmativa. Estaba segura de no conocer el amor y desconfianba de encontrarle.

Mi tía Celia cayó enferma y corrí a su lado, instalándome en su casa. Yo tenía la costumbre de asomarme al balcón todas las mañanas poco antes de la hora de comer, para ver la animación del mediodía, la salida de modistillas y escribientes, deseosos de ver el sol levantando sus ojos del trabajo.

Una mañana, al poco de abrir mi balcón, abrieron otro de una casa fronteriza y un arrogante muchacho se acodó en la barandilla; levantó la cabeza; era hermoso y tenía unos ojos inmensos y tristes, que clavó en mí con fijeza extraña. Me sentí conmovida sin saber por qué, y excuso deciros que con estudiado disimulo pude observar que ni por un instante dejaba de mirarme.

Al día siguiente el muchacho volvió a salir al balcón; pero se quedó apoyado en el quicio un poco en sombra y mirando hacia mí con la misma fijeza que el día anterior. Y así varios días, hasta que me atreví a corresponderle tímidamente, pues me interesaban cada vez más las miradas serenas de sus ojos tristes, que habían sabido encontrar el camino de mi alma.

Era extraño aquel adorador de mediodía: jamás lo veía después en parte ninguna: nunca lo encontré en la calle; pero no dejaba de acudir a la cita ni de sonreir cuando yo hablaba y reía con unos chiquillos de la casa contigua a la mía, y de quienes yo era gran amiguita merced a la "pedrea" que algunos días les sostenía con bombones.

¿Fueron sus ojos tristes, su constancia o aquella respetuosa sonrisa lo que hizo que me enamorase de mi desconocido vecino? ¡No sé! El amor no se explica y yo no lo intenté. Me dejé llevar en alas de la bella fantasía y su "hermana la Ilusión".

Jamás falté a la cita con mi extraño adorador. El "flirt" se prolongaba y su silencio empezó a desconcertarme. ¿Por qué no se decidía a escribirme, ya que, sin duda, su timidez le impedía hablar? ¿Qué sería? Quizá no tuviera libres nada más que aquellos momentos que me dedicaba por entero.

Fué llenándose mi pensamiento de su imagen y esperaba con doloroso placer el momento de reanudar nuestro incomprensible "flirt" de balcón a balcón.

Y fué amor, el amor tan esperado que me envolvía; extraño, absurdo, ¡como queráis! Pero amor, amor fuerte y único por el hombre que, silencioso, me contemplaba en extática adoración.

Una mañana, tía Celia, repuesta de su enfermedad, salió al balcón cuando yo iba a retirarme; esto me obligó a seguir allí unos mi-

CUCHUFLETAS FUNEBRES

I

Murió una pobre señora
muy virtuosa y muy buena
(que a todos llega su hora),
y a los suyos la traidora
Parca les llenó de pena.
Considerada y querida,
generalmente sentida
fué su falta irreparable
y una multitud nutrida
hizo su duelo palpable.
Le prestó la Religión
sus consoladoras preces,
y en aquella confusión
se repitió, en conclusión,
lo que pasa muchas veces.
Concurrencia numerosa
mitigando la amargura
de aquella escena luctuosa;
mucha actividad piadosa,
y el muerto en la sepultura.
Por fin, tregua hubo de dar
la familia a su pesar,
y cuando ya en sí volvió...
... ...
faltaban en su lugar
la difunta ¡y un reloj!

II

Un señor acomodado,
hombre honradote y formal,
se murió mal de su grado,
cosa que es muy natural.
Después de las alabanzas,
tan propias en esos casos,
recordando sus andanzas,
su actividad y sus pasos.
La familia se ocupaba
en los últimos honores,
y a su deudo preparaba
entierro de los mejores.
Con un ruido irrespetuoso
suena el timbre en este punto;
y un pliego voluminoso
traen a nombre del difunto.
Alto en los preparativos
se hace, para seguir luego,
y se congregan los vivos
para examinar el pliego.
[illegible] aquella cartera,
queda la gente aturdida...
¿Qué dirán ustedes que era?
Pues ¡el *seguro de vida!*

III

Gastado de trabajar
murió Pedro en la miseria,
y fácil es calcular
cómo vendría a quedar
su pobre viuda, Eleuteria.
Cuando al infeliz difunto
llevaban al Camposanto,
de la mujer era tanto
el agobio, que ni un punto
de tregua dejaba al llanto...
Pero pronto reaccionó...
De un pensamiento al reflejo
que por su mente cruzó,
súbitamente avanzó
a contemplarse al espejo.
Y al mirar su faz llorosa,
dijo con sinceridad,
entre afligida y gozosa:
—¡Gracias que me deja hermosa
y en lo mejor de mi edad!

X. X. X.

nutos más, algo inquieta por si ella se daba cuenta de nuestro raro idilio sin palabras. Mi adorado adorador, seguía mirando a nuestro balcón, hasta que al fin tía Celia, que contemplaba distraída el incesante ir y venir de la gente por la animada calle, se fijó en que mis ojos no se separaban del interesante vecino.

"Qué lástima, ¿verdad? — me dijo. — ¡Pobre Jorge! ¡Tan joven! ¡Tan guapo! Con esos ojos tan limpios que parecen que miran, y, sin embargo, es ciego. Ya te lo presentaré; somos amigos de hace mucho tiempo, no han venido porque su pobre madre está inconsolable y no sale nunca."

Apenas oí las últimas palabras de mi tía. Fué horrible mi asombro. Debí de palidecer intensamente, porque sentí que mis mejillas se helaban como mis manos, que llevé maquinalmente a mis ojos para ocultar el efecto de la terrible revelación. Después, sola, lloré con infinito desconsuelo, mis lágrimas entonces eran de amargura; en ellas se deshacía mi bello sueño de amor.

Imposible poder explicar la emoción sentida cuando frente a él contemplé sus ojos clarísimos, que me miraban sin ver.

"Querida amiga, su voz ha hecho el mayor de los milagros — me dijo su madre acariciando mis manos. — Mi Jorge no había sonreído nunca desde que sus ojos cegaron hasta el día que la oyó a usted reir. Me llamó para decirme mamá, esa muchacha que ríe debe de ser muy bonita, ¿verdad? Se la describí, y desde entonces sólo pensaba en usted y no estaba tan triste. ¡Pobre hijo mío!", decía, mientrás corrían sus lágrimas que yo intenté enjugar y sólo conseguí unirlas a las mías.

Hay misterios en el alma que sólo una madre puede comprender, y por eso aquella madre dolorosa comprendió...

Fuí la alegría, el rayo de sol de aquella vida rota. Todos los atardeceres visitaba aquella casa triste que mi presencia iluminaba; y me sentía muy feliz llevando un poco de felicidad para aquellos seres desdichados.

Tía Celia era mi cómplice en aquella heroica obra de abnegación, según ella decía, ignorando que el amor se ocultaba en la trama, tejiendo los hechos.

Y pasó el tiempo. Un día el pobre Jorge murió casi repentinamente, quizá de emoción. Pero yo sé que murió feliz porque sabía lo intensamente que era amado.

Los ojos de Alicia tienen brillo de lágrimas, que corren, al fin, por su bello rostro pálido.

—¿Comprendéis mi tragedia? Mi corazón fué a encenderse de amor en unos ojos sin luz...

Ya sabéis ahora por qué una muchacha como yo no tiene novio a los veintisiete años.

Palabras de despedida para la mujer que se ama

Emprendiendo el viaje que de tí me aleja
sufriré la pena de dejarte sola;
será la nostalgia compañera noble
cuando lejos me halle de tu fiel persona;
llorarán mis lágrimas por tenerte cerca.

No importa que tierras lejanas perturben,
los claros amores que ufanos cantamos;
la risa nos unja su limpio metal
y la despedida nos haga más fuertes
al ver distanciarse tu afecto y el mío...

El beso que nunca nos dimos, amada,
sirva de esperanza, de amor y de fe:
volveré a gustarte pregustando el beso
que nunca mis labios otrora te dieron
y, a pesar de todo, grabado en mí está.

Las horas que pasen, serán tristes, largas,
Veré tu presencia en horas de angustia,
bailar en el ritmo de mi vida lenta,
y creeré que nunca te veré cercana
para aislar las horas que me tengan loco.

Si vuelvo algún día del viaje que emprendo
volveré cual novio generoso y sano,
a estrechar la diestra de marfiles dedos
que, allá en la estación, como una bandera
fué el polo atractivo de mi despedida.

Tengan estos versos cándidas caricias
en la despedida de esta tarde triste;
palomitas blancas, que vuelen en torno
y djen la clara visión del regreso
aunque esto nunca se produzca acaso...

Odino A. TOMEI.

HAY UNA SENDA

Hay, peregrino, una senda, donde aquel que entra y avanza pierde temor al desengaño. Es ancha, lisa, recta y despejada, después de comienzos muy duros y tortuosos.

Pasa por medio de todos los campos de cultivo que granjean honra y provecho. Quien por ella llega a la escena del Mundo puede considerar que ha cosechado todas las plantas de mirífica virtud, de que hablan las leyendas: la bácura que preserva de la fascinación, la nepenta que devuelve la alegría y el hongo que infunde el ardor de las batallas.

Tener experiencia de esta senda vale tanto como llevar la piedra de parangón con que aquilatar la calidad de las cosas cuyas apariencias nos incitan. Por ella se sale a desquijarar leones, tanto como a ceñir la rama de olivo de paz.

Cuando por otros caminos se las busca, todas las tierras son al cabo páramos y yermos; pero si ella fué el camino, aun la más árida se trueca en fértil emporio: su sequedad se abre en veneros de aguas vivas; cúbrense las desnudas peñas de bosque, y el aire se anima con muchas y pintadas aves.

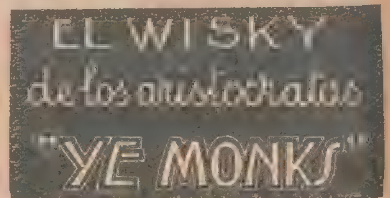
Toma, peregrino, esa senda, y el bien que soñaste será tuyo. ¿Alzas los ojos? ¿Consultas, en derredor, el horizonte?... No allí, no afuera, sino en lo hondo de ti mismo, en el seguro de tu alma, en el secreto de tu pensamiento, en lo recóndito de tu corazón: ¡en ti, en ti sólo, has de buscar arranque a la senda redentora!

José R. RODO

Hara Kiki

El mismo día fuí testigo de dos sucesos memorables ocurridos al noble Kosego, valeroso guerrero japonés.

Tuvo el honor de ser elegido presidente de la Sociedad de Esgri-



ma de su clan y el placer de contemplar — involuntariamente, hay que reconocerlo — a la princesa Acosaki, esposa del príncipe Acosako, su señor, en el momento de salir del baño.

La princesa, al verse sorprendida, intentó en vano ocultarse, y el príncipe, que era bueno y justo, al saber lo ocurrido llamó a su presencia a Kosego, conforme a la tradición japonesa, le presentó dos sables.

—Noble Kosego — le dijo, — estos son los dos sables que te regalo. Con el primero, que es grande y fuerte, irás puesto que acabas de ser elegido presidente de la Sociedad de Esgrima de nuestro clan, a defender mi castillo de Obondukó contra los pérfidos ataques del clan enemigo... Con el segundo, que es pequeño y afilado, te abrirás el vientre una vez que hayas vencido al enemigo, pues es preciso que el honor de la princesa saki, mi querida esposa, sea vengado... ¡Ve!

El noble Kosego no vaciló.

Orgulloso del honor que su señor le hacía, cogió uno de los sables, y libró el castillo de Obondukó de los ataques del adversario, después de partir en dos a varias docenas de guerreros enemigos.

Aquello no le preocupó lo más mínimo, porque no era la primera vez que llevaba a cabo una proeza de guerra.

Pero, por extraño que parezca a los que conocen a fondo las costumbres japonesas, era la primera vez que le habían dicho que se abriera el vientre, y aquella orden le producía alguna inquietud.

No porque fuese hombre capaz de ceder a un sentimiento de debilidad, sino porque, a causa de su legítima inexperiencia, no estaba seguro de cumplir su palabra en forma gallarda, como correspondía a un caballero como él.

Saldré del paso lo mejor que pueda — se dijo después de reflexionar un momento.

Se tendió sobre un rico tapiz japonés, sacó el arma de su vaina y se la introdujo en los intestinos, uniendo en un mismo recuerdo la memoria de su noble padre (muerto diez años antes de la misma manera) y la delicada figura de la princesa Acosaki, causa de todo el mal.

Siguió empujando el sable en la blandura de su vientre, y a la mitad del camino se detuvo bruscamente.

¡Qué torpe soy! — exclamó ¡Me he equivocado de sable!

Y era verdad. Debido a una de sus distracciones habituales, había defendido el castillo con el sable pequeño, y se había abierto el vientre con el grande. Y como no era aquello lo que ordenaran, y había que cumplir en lo posible la voluntad de su señor, sacó de sus entrañas el sable grande, y lentamente empezó a hundir el pequeño, con la sonrisa del hombre satisfecho por haber cumplido su deber.

Julies RIVET

QUEVEDO

Algo sobre su vida. — Su desafío en el átrio de San Martín

Es deplorable en extremo que aún subsista en el vulgo un concepto tan erróneo de D. Francisco Gómez de Quevedo y Villegas, al compararle como un bufón chocarrero atribuyéndole cuentos sin gracia, chistes groseros y procacidades que jamás pasaron por su mente, como también anécdotas de mal gusto, apócrifas, por supuesto, cuando su apacibilidad y gracia en el decir no han tenido rival en España. Quevado es quizá el más grande ingenio de las letras españolas, después de Cervantes y Lope de Vega, habiendo merecido el sobrenombre de "El Juvenal español", como también se le llamó "El Job de nuestros poetas", por la ejemplar resignación y paciencia con que soportó las infinitas penalidades que hubo de sufrir durante más de tres años y medio en su prisión de San Marcos, de León. en que le tuvo recluído sin consideración alguna, ni caridad siquiera, la soberbia del funesto privado de Felipe IV, el Conde Duque de Olivares.

Era Quevedo madrileño. bautizado en San Ginés, el 26 de septiembre de 1580. De linajuda estirpe, cuyo solar radicaba en el Valle de Toranzo (Burgos). Su padre. D. Pedro Gómez de Quevedo, fué Secretario de la Reina doña Ana de Austria, y su madre, doña María, era dama de ésta. Niño aún quedó huérfano de padre, siendo su mejor herencia su caro ingenio y gran disposición para aprender y expresarse con extraordinaria soltura. A los cuatro años leía correctamente. Su madre, que a la muerte de la Reina quedó sin empleo y en apurada situación, ingresó, por merced del Rey, al servicio de la Infanta doña Isabel Clara Eugenia, gracias a lo cual pudo atender a la educación de su hijo. Este, al lado de su madre, observaba de cerca las intrigas y maquinaciones de la política y se aficionó a ella. A los pocos años murió también su madre y quedó sin amparo y cariño de ésta que pudiera guiarle en su juventud, que falta de freno no es de extrañar fuera algo licenciosa pues su tutor, don Agustín de Villanueva, no fué muy cuidadoso en su tutela.

En cuanto tuvo Quevedo la edad precisa ingresó en la Universidad de Alcalá de Henares, donde estudió latín, griego y humanidades. Aprendió también, con notable aprovechamiento, árabe, hebreo, francés e italiano, llegando a dominar de tal modo estos idiomas que al hablarlos con insuperable corrección parecía realmente francés o italiano. Entre los hombres de su época era el que más idiomas poseía. El hablar correctamente el italiano le salvó la vida en un jornada sangrienta en Venecia, donde le perseguía la policía, de la que pudo escapar disfrazado de mendigo harapiento, hablando el idioma del país como un veneciano. Tanta era su fama de erudito que a los veintitrés años sostenía correspondencia con Justo Lipsio y otros grandes humanistas españoles y extranjeros. Discutía en lenguas muertas con los mejores gramáticos.

Fué también Quevedo muy versado en derecho civil y canónico, matemáticas, astronomía, medicina, y filosofía natural, y muy joven aún se graduó en Sagrada Teología. Sobresalió en la moral

Hallándose un día en casa del

y en la política, y especialmente en la literatura, en la que por su preclaro ingenio y prodigiosa fecundidad, puede decirse que fué, no sólo honra de España, sino del mundo entero. Como poeta satírico y burlesco no ha tenido rival. Entre sus obras de carácter político son notabilísimas "La vida de Marco Bruto", el "Sueño del juicio final", inspirada en el proceso de don Pedro Franqueza, Secretario de Estado que fué de Felipe II, que constituye un severo y exacto juicio de todas las clases del Estado en el que fustiga duramente la pervertida sociedad de su tiempo; y "La política de Dios", en la que desarrolla un acertado y excelente sistema de gobierno.

En 1610 se acentuó su carácter místico y se hizo esclavo del Santísimo Sacramento, en el oratorio de la calle del Olivar, en cuya lista de hermanos figuraban ya Cervantes, Salas Barbadillo y Espinel y más tarde Lope de Vega y el padre Hortensio Parivicino.

Sería interminable tarea el citar episodios interesantes de la vida de Quevedo; sólo apuntaremos algunos que demuestran su ingenio, su caballerosidad y su destreza en el manejo de las armas.

Cuando vió su casa solariega y el destrozo que en ella habían hecho los moros, en vez de lamentarlo, como otro cualquiera hubiera hecho, se limitó a decir, con su natural gracejo:

"Es mi casa solariega
más solariega que otras,
pues por no tener tejado
le da el sol a todas horas".

Conde de Miranda con otros varios señores, duchos en armas y letras, hablábase de la obra recientemente publicada por el fanfarrón maestro de armas D. Luis Pacheco de Narváez, titulada "Cien conclusiones para conocimiento de la verdadera destreza en el arte de la esgrima". Quevedo, que era un esgrimidor formidable, impugnaba una de las afirmaciones que el autor defendía con gran empeño, y harto ya de discutir punto que él hallaba tan claro, le dijo así: "Pruébeme vuesa merced con las armas eso que sustenta con la pluma. Aceptó el reto Pacheco; se batieron con las armas negras de salón, y al primer asalto quedó desautorizado el espadachín de oficio y vencido por la destreza de Quevedo. Aquello bastó para que el tal Pacheco se convirtiera en enemigo de D. Francisco, llegando a actuar injustamente contra éste en su célebre proceso, en el que fué fiscal el famoso enemigo y difamador de Quevedo, "Doctor don Juan Pérez de Montalbán", culterano extremado, de quien había dicho Quevedo con razón:

"El Doctor tú te lo pones,
el Montalbán no lo tienes,
con que en quitándote el don
vienes a quedar Juan Pérez".

Este quiso y procuró durante mucho tiempo levantar contra Quevedo a la Inquisición, acusándole con falsedad de vicios y maldades en que jamás había incurrido; le llamó el "diablo cojuelo", y con frase de peor gusto, para ridiculizar su cojera, "pata-coja" y "derrengado"; le motejó de glotón, borracho, miserable y avariento, con notoria injusticia, pues Quevedo era parco en comer y más en beber, y muy caritativo. De tal modo se ponderaron sus supuestos vicios y maldades que los "piadosos jueces", aparte de indisponer a Quevedo con los letrados y los poderosos, rogaban a la Suprema Inquisición que hiciera de él un terrible escarmiento, "decretando su desastrosa cuanto merecida muerte en un patíbulo", gracias a que la Inquisición se contentó con prohibir todas las obras que había publicado hasta 1631, si no las reformaba.

Un suceso inesperado hizo que aceptara Quevedo la protección que hacía tiempo le tenía ofrecida el Duque de Osuna, virrey de Nápoles y Sicilia, y fué el siguiente: Hallábase don Francisco, el día 31 de marzo de 1611, en la iglesia de San Martín, asistiendo a los oficios de tinieblas del Jueves Santo; cerca de él oraba, devota, una dama bella y de porte distinguido; y junto a ésta había un galán que la molestaba con sus liviandades, sin que ella, abstraída en sus meditaciones, le hiciera caso; más al apercibirse de ello dió muestras de gran enfado, y a tanto llegó la pertinaz osadía del grosero galanteador que hubo de repelerlo la dama con un fuerte empellón, que a poco le deja caer sobre Quevedo. Tan ofendido se sintió aquel bárbaro, que sin respeto al lugar sagrado ni a ser una señora la ofendida por él, le cruzó la cara con una tremenda bofetada. Quevedo, se indignó y no pudiendo tolerar sin castigo aquella villanía, se abalanzó al agresor y asiéndole por un brazo le sacó violentamente al átrio de la iglesia, y una vez allí le insultó reprochándole con la dureza que mere-

ANECDOTA

El hijo de Harun-al-Raschid fué a quejarse de que un hombre había calumniado á su madre y pidió venganza.
Hijo mío. — repuso Harun-al-Raschid — vas a hacer más daño a tu madre que el calumniador, demostrando que ella no te enseñó a perdonar.

cía su proceder rufianesco; blandieron las espadas, y a los pocos momentos cayó aquel sátiro grosero con el corazón atravesado por una formidable estocada de Quevedo. Este, visto el mal fin de aquel lance, atendió el prudente consejo de sus amigos de que se pusiera en salvo, pues aunque el muerto era de alma ruín, pertenecía a una familia distinguida que utilizaría su influencia para castigar al matador; y recordando la protección que le tenía ofrecida el Duque de Osuna, entonces virrey de Nápoles y Sicilia, marchó allí acogiéndose al amparo de aquel generoso magnate, al que sirvió con lealtad ejemplar, distinguiéndose como hábil diplomático.

De vuelta en España observó los abusos y desmanes políticos del funesto Conde Duque de Olivares y los satirizó con tal saña que se acarreó la franca enemistad del soberbio privado de Felipe IV. En una de las sátiras, que encontró un día el Rey sobre su plato al sentarse a comer, se exponía una acusación tan formidable contra Olivares, que considerándose éste perdido procuró el exterminio de Quevedo, decretando su arresto y prisión. El día 1.o de diciembre de 1639 le prendieron en casa del Duque de Medinaceli, donde vivía, y sin permitirle siquiera coger la capa, le sacaron y condujeron al Monasterio de San Marcos, de León, encerrándole en un subterráneo lóbrego, oscuro y chorreando humedad, y cargado de grillos como un criminal; se le produjeron postemas y heridas, que falto de asistencia médica tenía que cauterizarse él mismo. El horror de sus penalidades causaba espanto a todos, y el pobre Quevedo las soportaba resignado. En aquella mazmorra hubiera muerto de hambre y desnudez si la caridad y grandeza del Duque de Medinaceli no hubiera acudido en su socorro. A los dos años se le quitó uno de los grillos y el prior de San Marcos pudo dulcificar un tanto los rigores de la prisión.

El 23 de enero de 1643 cayó el odioso y funesto privado de Felipe IV, y poco después el Presidente Chumacero y Sotomayor, pudo vencer con sus informes la resistencia del Rey y consiguió que, al fin, decretóse la libertad del ilustre Quevedo en 7 de junio del mismo año.

Gran quebranto había sufrido la salud de D. Francisco en aquellos tres años y medio de prisión y al salir de ella, como habían muerto muchos de sus buenos amigos, se apoderó de él una gran melancolía. En noviembre de 1644, y con el fin de reponerse de sus achaques, marchó a su señorío de la Torre de Juan Abad; pero lo crudo de aquel invierno y la falta de médico y botica en dicho pueblo le obligaron a trasladarse a Villanueva de los Infantes, pero ni allí consiguió mejoría, y en el verano siguiente, previendo su próximo fin, otorgó testamento en presencia del Vicario del pueblo, que quiso persuadirle para que dispusiera su entierro lucido con música, digno de persona tan principal; a lo cual contestó Quevedo rápidamente "la música páguela quién la oyere". Después de haber confesado y comulgado con extraordinaria devoción le ofrecieron la extrema unción y contestó con amabilidad "No corre prisa todavía". Pocos días después, el 8 de septiembre de 1645, llamó a su médico y le preguntó cuánto tiempo le quedaría de vida; el galeno, tal vez por no acongojarle, le dijo que tres días, a lo que replicó Quevedo, "ni tres horas"; y, en efecto, pidió la extramaunción y antes de las tres horas murió cristianamente.

Se le enterró en la capilla mayor del convento de Villanueva de los Infantes, provisionalmente, pues él había dispuesto en su testamento que sus restos reposaran en el convento de Santo Domingo el Real de Madrid, junto a los de su hermana D.a Margarita; pero en Villanueva quedaron y allí se perdieron, como se perdieron también los de Cervantes, Lope de Vega, Velázquez y tantos otros, de que sólo queda su recuerdo imperecedero.

La Villa de Madrid honró la memoria de su preclaro hijo, erigiéndole una estatua, artística e inspirada obra del insigne escultor Agustín Querol, ejecutada en 1902 por encargo del bondadoso y popular alcalde D. Alberto Aguilera.

M. D.

EL SUICIDIO DEL CONDOR

Entre los paralelos barrotes de su estrecha
Prisión se yergue el cóndor con la mirada en alto...
Ignominioso oprobio la de su ala hecha
Para volar por sobre las cumbres de basalto!...

Un rayo de sol cae, de súbito, y resbala
Por sobre su plumaje, y el corvo pico lustra.
Entónces, con empuje frenético, abre el ala...
Pero el magnífico ímpetu allí no más se frustra!...

La ira, en sus pupilas, enciende un un mirar torvo.
Sobre la falsa roca de la prisión, su garra
Se crispa en un indómito arranque de coraje.

En áspero graznido abre su pico corvo...
Y al fin — hijo de América que no soporta ultraje—
De un recio picotazo el vientre se desgarra!...

Jorge Enrique RAMPONI

Telarañas a máquina

Desde hace años las empresas que fabrican películas cinematográficas cuentan entre sus numerosos operarios a "fabricantes de telarañas", cuya tarea consistía en fabricar con un poco de cola caliente y un palito las telarañas necesarias para dar a muebles y rincones domésticos un adecuado aspecto de vetustez y de abandono. Pero esta operación es demasiado lenta y existe además el inconveniente de que con el intenso calor de las lámparas de arco del "estudio" las telarañas "se derritan". Un mecánico ha ideado, por fin, una máquina para fabricar telarañas, máquina que en principio no difiere de la empleada para fabricar la llamada "espuma de caramelo" por proyección de aire. El inventor usó para primer modelo un taladro eléctrico a efecto de producir el movimiento de rotación de dos pequeñas palas de ventilador. El aire que éste proyecta se encuentra en un recipiente que tiene delante lleno de una mezcla de caucho líquido, cola y éter. La fuerte corriente de aire levanta y proyecta esa substancia en hilillos que se adhieren al objeto en que caen y se secan rápidamente.

LA REBELDIA

Si los hombres se hubiesen sometido sin chistar a su destino, sino procuraran vencer las fuerzas contrarias que al mejoramiento de su condición se oponían; si no se revelaran jamás, aún anduvieran errantes por los bosques, cubiertos con la hoja de parra.

Pero la rebeldía, la hermosa y potente rebeldía se enseñoreó de sus cerebros, hizo correr más rápidamente su sangre, infundió energía a su alma y vigor a sus músculos y empezó la era del progreso.

Rebelándose el hombre contra la tiranía conquistó la libertad; rebelándose contra la lentitud de los carros creó las vías férreas; al rebelarse contra la lentitud de los copistas surgió la imprenta; luchando contra la obscuridad descubrió la luz eléctrica. Animó la rebeldía al hombre y cayeron instituciones caducas, se reformaron leyes, cambiaron de aspecto las naciones, se tuvo idea más clara de la justicia, se persiguieron ideales más nobles, progresaron las industrias y la esperanza de un porvenir mejor, animó a los infelices que estaban condenados al suplicio del escepticismo absoluto.

Rebeldes a la razón universal han sido los filósofos, los inventores, los aventureros que han decuplicado el área del mundo conocido de nuestros antepasados, los políticos que han constituído nuevas nacionalidades, los mártires de la caridad, los artistas, los varones justos que con la palabra y la pluma han combatido errores y supersticiones.

¿Aún no comprendéis por qué hay que descubrirse ante la rebeldía?

Los perros y las compañías de seguros

Una compañía de seguros de Baltimore reduce en un diez por ciento el costo de la póliza sobre robo a toda persona que posea un perro, pues la práctica le ha probado que el can es el mejor ahuyentador de rateros.

Los escotes, prohibidos en la corte japonesa

La Corte Imperial ha decidido prohibir los vestidos escotados de las señoras pertenecientes al Cuerpo Diplomático que asistan a las fiestas que se celebrarán con motivo de las ceremonias de la coronación del emperador, por no estar de acuerdo con las normas usuales de las mujeres de la alta sociedad japonesa.

UN BUEN NEGOCIO

Por X. X.

Hihsch, ventrílocuo, malabarista, gimnasta y piruetista del circo y de la vida, entra con su foxterrier en un restaurante y se sienta en una mesa. El perro se instala en una silla con las dos patitas delanteras sobre la mesa y frente a su amo. El camarero se acerca, solícito:

—¿Qué desea el señor?

—A mí, tráigame un surtido de pescado y media botella de vino blanco. Y tú, ¿qué vas a tomar?—pregunta al perro.

—Yo tomaré una sopita.

Y como el camarero, con la boca abierta, contemplase al perro dotado de palabra, Hirsch se vió obligado a añadir:

—Bueno, ya lo ha oído usted: un surtido de pescado para mí y una sopa para mi compañero...

—Sí, señor, sí; ya lo he oído; pero...

—¿Pero qué?

—¡Qué este perro habla!

—Habla, efectivamente; pero esto a usted no le importa. Usted sirva lo que se le ha pedido.

—Sí, señor, en seguida.

El camarero se aleja de la mesa sin dejar de mirar a Hirsch y al perro. Hirsch gesticula de manera que parece sostener una animada conversación con el perro.

El camarero, en lugar de pedir en el mostrador lo solicitado por los misteriosos parroquianos, se dirige al dueño y ambos cuchichean, lanzando rápidas miradas a Hirsch y a su perro. Luego, el camarero se dirige a la cocina, y el dueño, con las manos cruzadas detrás de la espalda y con aire distraído, pasea por la sala y pasa junto a la mesa de Hirsch en el preciso momento que éste dice:

—¿Has leído "Le Journal" de hoy?

—Sí — contesta el perro: — ¿por qué me lo preguntas? ¿Por la información sobre el crimen de anteayer?

El hotelero ha oído perfectamente las palabras del perro y se aleja, yéndose a situar, hondamente pensativo, detrás del mostrador, en el que apoya los codos. El dueño piensa:

"El hecho es asombroso. Yo no hubiera creído nunca que un perro pudiera hablar como un hombre y leer por las mañanas la prensa parisiense. Cuando tenía diez años y mi abuela me contaba cuentos cuyos protagonistas eran siempre animales dotados de palabra, yo me permitía sonreir incrédulo. Y ahora, a los cincuenta años, mis oídos han recogido las palabras de un perro. Es maravilloso, pero he de dar crédito a la realidad. Además, Durán ha podido comprobar también el fenómeno. Por supuesto, cuando Durán y yo contemos esto se van a reir de nosotros y nos creerán locos. Este extraño parroquiano no sabe el tesoro que posee. Si yo tuviera el foxterrier, le tendría en el establecimiento para que preguntase a los parroquianos lo que ha de servírseles. El increíble fenómeno llenaría mi restaurante, haciéndome millonario en poco tiempo. Hasta de Pekín vendrían al "Gallo de Oro". ¿Y los sabios? ¡Habría que ver la cara de asombro que pondrín! ¡Oh! ¡Las páginas y páginas que llegarían a escribirse para explicar científicamente el fenómeno! ¡Sería una verdadera revolución! Desde luego, yo saldría retratado con mi perro parlero en todas las revistas del mundo: "M. Dupont y su perro sabio".

El bueno de Dupont, arrastrado por su volcánica imaginación, llegó a verse dueño del mundo, y sin encomendarse a Dios ni al diablo se fué recto hacia Hirsch.

—Perdone usted, señor; el camarero me ha dicho que este perro habla.

—Sí, habla; precisamente se me quejaba ahora de la sopa que se le ha servido.

—Sí, señor, me quejaba, y con mucha razón. Está desabrida, sosa — dijo el perro. — Es una verdadera porquería.

—Lo lamento infinito, pero, permítame, señor, que insista: ¿es posible que este perro hable?

—¿No lo oye usted?

—Sí; pero el hecho es hasta tal punto prodigioso... ¿Ha sido usted quien le ha enseñado?

—Sí. Conmigo ha aprendido a hablar, a leer, a contar. Y no me he contentado con esto, no, señor: Pirulo, porque se llama Pirulo, domina el inglés y el alemán, y ahora está en el tercer curso del bachillerato. Es muy inteligente, mucho.

—Es maravilloso. Perdone, señor: ¿quiere usted vendérmelo?

—¡De ninguna manera! ¡Usted está loco! ¿Vender a mi fiel camarada, a mi querido Pirulo? ¡¡No!!

—Yo le ofrezco a usted dos mil pesos.

—No; ya le he dicho que no.

—Tres mil.

—Es inútil. No quiero venderlo.

—Cuatro mil.

—¡No! ¡No!

—Cinco mil, seis mil, diez mil. ¿No quiere usted vendérmelo?

—¡Diez mil! Tentadora cantidad. Señor, Dios mío, dame fuerzas para resistir la tentación.

—Decídase usted, deme su perro.

—Sí, se lo doy. La miseria me obliga a cometer esta villanía. Pero usted ha de jurarme que lo tratará con todo cariño.

—Descuide.

—¿Eres capaz de venderme, Hirsch? — dice el perro haciendo pucheros.

—Perdóname, Pirulo. Sé que soy un canalla, lo sé, no me reproches. Con este señor estarás mejor que conmigo, que sólo amarguras puedo proporcionarte.

—Eres un malvado, un traidor —dice el perro irritado.

El hotelero, sin hacer mayor caso de los insultos del foxterrier, va al mostrador y vuelve con diez mil pesos que entrega a Hirsch.

—Adiós para siempre, Pirulo,—dice Hirsch gravemente, mientras se embolsa el dinero. — Sé feliz.

Hirsch se dirige hacia la puerta para marcharse. Entonces el perro dice furioso:

—¿Sí? ¿Me abandonas? ¡Pues ahora no hablaré nunca más!

EL ORIGEN DEL ENCAJE

En el principio de las edades existió una ninfa de singular hermosura que en lugar de jugar con sus compañeras a la luz de la luna se entretenía en tejer los hilos de una maravillosa trama. Realizaba secretamente su trabajo, pero un día, después de haber terminado una de sus más finas piezas, la mostró a otra compañera, la cual comparó este trabajo con el de la diosa Minerva.

Una noche, ésta sorprendió a la gentil trabajadora cuando más enfrascada estaba en su tarea.

—He oído — le dijo — que te consideras como una rival mía en el tejido.

La obrerita se estremeció y contestó con dulzura:

—Creo, en efecto, que mi labor es tan hermosa como la vuestra.

Tiñóse de rojo la cara de la diosa y dijo con rabia:

—Está bien; mas para que sigas haciendo la labor con detenimiento, no has de dejarla en todos los días de tu vida.

Desde entonces, el sitio en que se sentaba la ninfa se vió ocupado por una enorme araña, animal en que había transmutado la diosa despechada a la tejedora.

Y este castigo se dice que retardó por muchas décadas el desenvolvimiento del arte del encaje.

Los encajes más antiguos se han encontrado en las tumbas egipcias y asirias. Son trabajos finos que responden a la concepción artística del país.

Los mejores ejemplares de esta especie son relativamente modernos. Flandes, Italia y España son los países donde con más perfección se ha hecho el encaje desde los siglos XIV a XVI, en que se supone el principio de una labor para la que los artistas de más renombre, como Tiziano, dibujaban modelos que habían de reproducir después los ágiles dedos de las obreras.

El encaje se hizo al principio para la iglesia, y el esplendor del ritual romano y las riquezas de las vestiduras sacerdotales fomentaron el arte. Los ejemplares más artísticos se hacían en los conventos, y nos muestran que son el fruto de la labor continuada de mujeres pacientes para quienes no existía la medida del tiempo. Entre los tesoros que guardan celosas las viejas catedrales — casullas de maravillosos bordados, gemas pulidas de mitras y pectorales, joyas de los vasos sagrados y de los relicarios ancestrales... — la gracia y delicadeza: del encaje aparece. Y en gran parte, estos ejemplares son donación de manos regias que, en voto al santo para quienes eran sus fervores, entregan una labor en la que pusieron todo el anhelo de su alma, deseosa de lograr acaso la salvación del que en lejanas tierras luchaba denodado.

Los santos y vírgenes lucían también los encajes en las procesiones, y encajes había en los ornamentos, cubrecálices, sabanillas de altares... En la iglesia está, pues, el punto de partida de una de las labores artísticas más idónea para que manos femeninas la realicen.

Al tratar de esta labor surgen a cada paso las leyendas, y la del origen punto de rosa veneciano es curiosa. Cuéntase que eran dos jóvenes que se amaban tiernamente. Ella se dedicaba al encaje y él a la pesca de corales. Tocaba partir al mancebo para un largo y definitivo viaje, de cuyas resultas pensaba adquirir el dinero necesario para casarse con su amada. Dispuso la suerte de otro modo el resultado y el joven entonces se dedicó a copiar la brillantez y delicadeza de las plantas y pequeños animales marítimos, con ánimo de que su novia, a su vez, los copiase y reprodujese por medio de los dóciles hilos de que se servía en su labor. Y el día de su boda lució la humilde muchacha un velo de incomparable belleza, primer ejemplo de este delicado punto que tanto auge había de alcanzar...

L. A.

Millones invertidos en avisos

Los últimos datos estadísticos nos informan que los anunciantes de los Estados Unidos invierten en anuncios, en diarios y revistas exclusivamente, la cuantiosa suma de ochocientos millones de dólares al año.

No dejará de haber algún escéptico que sonría, desconfiando, preguntándose a sí mismo: "¿Es verdaderamente práctico invertir capital tan enorme en publicidad?"

La respuesta nos la da un eminente economista estadounidense, que dice: Norteamérica produce anualmente mercaderías por valor de cuarenta mil millones de dólares; y por consiguiente, la suma dedicada a la propaganda periodística tan sólo representa un dos por ciento, poco más o menos, del total de la producción anual.

Dondequiera que haya productos que distribuir, el anuncio comercial es el agente más eficaz para darle curso. El hecho de que los países más prósperos tengan plena fe en el poder del anuncio, y que los comerciantes más hábiles dediquen religiosamente una parte de sus entradas anuales a anunciar sus productos, debiera ser un argumento bastante poderoso para convencer aun a los más pesimistas.

CON CARLO ZECCHI

Recuerdos e impresiones de arte

En Roma, como en París, Viena y Berlín, el mundo del arte me fué singularmente propicio. Pirandello, Marinetti, Ferri, orientaron con el acierto que es fácil imaginarse, nuestra ruta de curioso en la Ciudad Eterna... Y fué así como, llegado en plena Semana Santa, asistí sucesivamente, con pos días de distancia, a la audición del coro famoso de la Capilla Sixtina en la Catedral de San Pedro, a un ensayo general de la última ópera de Mascagni, — "Zanetto" — en la coqueta salita del teatro Quirinetta y a la solemne "premiere" de "L'amica delle mogile", de Pirandello, en la vieja sala del "Argentina", vibrante de tradición lírica, por ser ella don de el gran Rossini dirigiera la audición inaugural del "Barbero de Sevilla"...

Cierra esta breve enumeración, plena de intensas recordaciones artísticas, el admirable concierto en el Augusteo donde conocí a Carlo Zecchi. Dirigía la incomparable orquesta del más grande anfiteatro de conciertos de Italia, y quizá del mundo, aparte el Albert Hall, de Londres, el ilustre Bernardino Molinari, personalidad musical que comparte actualmente con Strauss, Toscanini, Pierné, Mengelberg, Fürtwangler y Kousewitzki, los prestigios de la batuta en Europa. En el piano, Carlo Zecchi tuvo a su cargo el Concierto en "mi" bemol, de Beethoven y el "Concerto in modo misolidio", de Respighi, absolutamente nuevo para mí. En el palco del gran maestro, su gentilísima esposa me brinda las primeras referencias sobre el extraordinario ejecutante que acabo de aplaudir. En seguida, en su lujosa residencia de la vía Cicerone, en un marco íntimo de arte, de buen gusto y de exquisita sociabilidad romana, se apresuró a ponernos en relación; al día siguiente, el insigne concertista nos visitaba en nuestro "albergo", y en un "medio-cola", apenas digno de tan buena suerte, nos hace oir un "Don Juan", de Mozart-Lizt, que nos confirma en la impresión de haber develado un astro de primera magnitud de la pianística moderna.

Fué en abril del año pasado, y henos ya hoy en Buenos Aires, trasladando a la grata realidad el nostálgico "a rivederci", del último estrechón de manos... Exactamente lo que me sugería hace poco la visita a nuestro país del ilustre Voronoff y lo que desearía tener ocasión de repetir con la mayor frecuencia, por que viera llegar otras personalidades eminentes del mundo artístico y científico europeo: Molinari y Bottal, de Roma; Spitzy y Foramitti, de Viena; Baader y Caro, de Berlín; Cecil Sorel, Amar y René Sand, de París...

Volviendo a Carlo Zecchi, representativo de la más "modernissima" italianidad espiritual, — pianista, compositor, literato — invito a mis lectores que desean conocerlo, a escucharle conmigo, a favor de la amable intimidad de un discreto "Steinway", bajo la influencia de los cuatro autores predilectos recientemente ejecutados: Beethoven, Bach, Schumann y Lizt, y de la "confidenza" de su propio idioma, que nos es tan familiar, y evocando, como se verá, a la madre y al Maestro...

—"Nulla che sia molto interesante, — caro Feinmann — la mia é stata la vita di uno che avendo fatto i primi passi artistici sotto gli scapaccini di una madre, ha sentito a poco a poco entrare nella propria anima qualche cosa che cominciava ad aprir gli nuovi orizzonti, che cominciava a produrgli senzacioni indefinibili, qualche cosa infine che cominciava a svelargla l' esistenza di bellezze infinite, di emozioni sublimi, si misteriose rivelazioni. Molto devo alla mía mamma che per prima indirizzó la mia vita al culto dell' arte; e al mio adorato maestro Francesco Bajardi, che presomi fin da bambino sotto la sua protezioni seppe guidarmi con amore, e con grande abnegazione, e fu instancabile nel prodigarmi i suoi consigli, e il suoi ammaestramenti.

I pochi mesi che passai piú tarde vicino al grande genio del Busoni, furono per me piuttosto di una grande influenza spirituale che di un vero e proprio insegnamento tecnico e interpretativo. Troppo poco tempo mi fu concesso di immergere le mie mani nell' atmosfera sublimata dall' anima del grande scomparso, per poterle ritirare accresciute di nuova potenza e di nuova forza: oltre a ció lo ero troppo giovane per poter comprendere il suo genio, ed egli giá molto stanco e minato dalla malattia che doveva condurlo alla tomba. La mia impronta quindi é restata, et é nettamente bajardiana; e al Bajardi devo io se oggi sono giunto ad amare cosí intensamente l' arte, questa fonte di gioia fuora questo alimento precioso che ci fa simili a Dio; a lui dovró sempre se un giorno mi sará concesso di potermi avvicinare un poco di piú a quel grado di perfezione che per ora é tanto lontano, e il cui cammino é come un sentiero arido sotto il sole di cui non si veda la fine".



Carlo Zecchi

¿Me será permitido continuar sin sacrificar a la traducción, — más o menos "traditora", — la claridad del estilo y la verdad del pensamiento? Le interrumpo para preguntarle sobre su pasado, proyectos tuturos y si es cierto que piensa retirarse algún tiempo de la vida de conciertos:

—"Il primo concerto fu a Roma sei anni fa, e da quel giorno cominciai a scorazzare per le terre d' Italia, e indi per l' Europa, rompendo le... scatole ai pubblici di pareccchie cittá e gustando il piacere progressivo di poggiare la mia schiena dalla tavole delle terze classi alle molle degli Sleepings.

Il primo concerto fuori d' Italia fu all' Odeon — Saal di Monaco di Baviera. Fui sbalordito di leggere nelle colonne di un giornale locale, tra l' altro anche queste parole: "Molti pianisti di Monaco hanno da apprendere da questo giovane ventenne". Dopo Monaco andai a Berlino, poi a Dresda, Amburgo, ecc. ecc. Il mio primo concerto a Parigi resterá memorabile nella mia vita, perché fu causa di un errore di distrazione fantastico quale é difficile poter essere riscontrato. Rimasi quasi un giorno in Bruxelles convinto di stare in Parigi!!! — Nos reimos de buena gana, imaginando el cómico percance, y tras una breve pausa, prosigue:

"Sí, caro Feinmann, questa vita di viaggi, di continuo movimento, di assoluta mancanza di raccoglimento, di riflessione, dá al mio spirito una irrequietezza e una nervositá che non potranno essere calmante se non da un certo periodo di isolamento. Chi fa l' arte per un intimo bisogno spirituale non é tormentato da altro che del dubbio della propria imperfezione; la gioia di aver superato una vetta non vale se questa stessa vetta non ne illumina una piú alta. Questo tormento interno non é possibile superarlo altrimenti che in una solitudine spirituale perfetta, tanto piú che il dubbio ha origine negli stati piú profondi del nostro io, tanto che talvolta non possiamo sradicarlo neppure noi stessi. Ma io avró fede e mi chiuderó in silenzio... per la mia segreta aspirazione che mi spinge a salire, per essere il piú severo critico di me stesso. L' arte é infinita come la bellezza del mondo: cercare, trovare, piú oltre, sempre piú oltre.

Dopo l' Argentina, torno al Brasile, per prendere parte a una spedizione di caccia al Matto Grosso, e fare cosí un poco la vita della foresta. M' imbarcheró da Río Janeiro per la Germania e di lá scenderó in Italia. Mi rinserreró quindi in Roma, o meglio, conto di ritirarmi in una piccola villa a Anzio, sul mare, e lá restare fino ai primi mesi del 1930. E' parreccio tempo che sono sollicitado per una tournée di concerto nel Nord-America e non potró rifiutare ancora per quell 'época; onde per cui il 1930 mi vedrá lassú dapprima, poi dopo un breve giro in Russia, Germania, Inghilterra e Francia... io avró il piacere di tornare a vedere la vostra bella faccia, caro Fainmann, nonché quella dei vostri simpatici amici argentini".

Su italiano es claro, fácil e inteligible, como su talento interpretativo, su técnica pianística y su verbo musical. Cuantos hablan de dificultades, de obscuridad y de confusión, como signo de genialidad, se desmienten con Zecchi, como Bach, Beethoven, Mozart, Schudo es sencillez y comprensividad. Stravinski, Ravel, Debussy, Villalobos, modernistas o clásicos, como Bach Beethoven, Mozart, Schumann, adquieren valores legítimos, expresiones verdaderas, acentos de musicalidad, de emoción y de sentimiento, que llegan a todos los entendimientos... Su don de genialidad consiste en eso; en trasmitirnos las inspiraciones de todos los grandes genios "tout simplement"... Por eso se les distingue y se les admira, a través de sus distintos temperamentos, pero con la común y excepcional condición de ser artistas de su arte...

Enrique FEINMANN

¿QUE ES VICIO?

UNA CUESTION MAS O MENOS GEOGRAFICA Y DE EPOCA

Por F. de Casas Gancedo

Observando las costumbres de los diferentes pueblos de la tierra se ve que lo que es considerado vicio entre los mormones puede ser considerado cosa correcta en Venecia, y los vicios vituperables entre los árabes, pueden ser costumbres que en nada afeen a la más pulcra damisela europea.

En las islas Marquesas no hay más que una cosa que se considere vicio: el mal trato a los niños, mientras que en Tahití se considera un feo vicio bañarse con traje de baño.

Los funcionarios franceses en estas islas beben grandes cantidades de ajenjo y esto, que en dicha república se considera vicio y degradante, en Tahití, deja de ser vicio, y es considerado una necesidad.

Cuando a primeras horas de la tarde terminan las oficinas, los empleados, abrumados por el calor, sin energías, penetran en los cafés. Los camareros vierten el ajenjo sobre el hielo machacado, y los europeos consumen dos, tres, cuatro ajenjos, y a medida que los beben van reviviendo, recuperando energías, sintiéndose volver a nacer. En París aquello hubiera sido vituperado: "¡Cuatro ajenjos! ¡Qué asco de vicio!".

Las carreras de caballos con sus apuestas constituyen un vicio, en los Estados Unidos.

En ese país y en Inglaterra se juegan verdaderas fortunas. Es una forma de juego. El apostar mil libras esterlinas a un caballo de carne, será o no vicio, pero el apostar diez pesos al caballo de bastos, es seguramente un feo vicio.

La costumbre alemana de reunirse todos los días y beber litro tras litro de cerveza no debiera considerarse un vicioso, esa es la opinión de muchos, pues, por lo general, es una costumbre que hace muchísimos años vienen practicando en paz, con toda calma y regodeo los buenos teutones. Durante años han venido glorificando a las rubias camareras de las cervecerías, y enseñando a sus hijos a beber el espumoso brebaje sin dar traspiés.

Durante mucho tiempo a las mujeres no se les ocurrió que aquello estaba mal, pero de repente pensaron que era un vicio y pidieron la ley seca, sin conseguirlo.

Aquí ya no es cuestión geográfica, sino de época.

Los vicios orientales nos interesan más, porque los que los practican visten trajes raros y tienen religiones extrañas, y estas dos cosas interesan mucho al viajero.

En Europa y América no faltan consumidores de opio, pero con chaqué y pantalón largo no se puede llamar la atención como con un kimono de colorines y con la piel amarillenta.

En China, era cosa corriente el fumar opio y nadie se avergonzaba de ello; no era un vicio; desde 1906 lo es, porque así lo acordó la Emperatriz Venda. Cuestión de época, prohibición que ha arruinado a miles de familias. Lo mismo ha ocurrido en los Estados Unidos con la ley seca, que tanto ha dado que decir y que reír. Antes el beber era extremado; un verdadero pleonasmo; ahora es una ridiculez yanqui más.

El vicio del opio no es asunto de sociabilidad; el fumador busca su placer solo, tendido en un diván, sin cruzar una palabra con los que fuman a su lado; no necesitan compañero.

Ahora los viejos japoneses se quejan de que los jóvenes de la actual generación gastan demasiado dinero en las geishas, que lo que antes era una costumbre es hoy un vicio. ¿Envidia o caridad? Cuestión de época.

Gastar demasiado dinero y tiempo con las geishas es un vicio, y no es que llamemos, como no las llaman allí, viciosas a esas muchachitas lindas, amables e inmorales, ni que su trato moderado sea considerado un vicio por la sociedad, es que el trato excesivo resulta caro, y costando mucho dinero ya puede llamarse vicio.

Los japoneses no conocen más diversión que la geisha. Los hombres las llevan a las casas de té, a los banquetes, a las luchas. El señorito, la persona "bien", no puede desenvolverse sin ella; pues la mujer casada, no sabe ser sociable ni divertir al marido, y, convencida de ello, encuentra natural a la geisha, y que asista a su casa para entretener a los convidados, cosa que ella no sabía hacer.

La geisha es una especialista en divertir a los hombres. Canta, baila, dice chistes, observaciones graciosas, juega, es mimosa, delicada, amabilísima; todo lo dispensa, nada le molesta, siempre está alegre, risueña, complaciente.

Las geishas, se alquilan para todo. Es una profesión de la que ni se avergüenzan, ni nadie en su país la cree vergonzosa; al contrario, las tontas, feas y groseras no sirven para ello. Desde pequeñas se las educa para su profesión, que la desempeñan con dignidad.

Las geishas viven en sus casas, en los barrios más decentes y urbanizados de la población, y casi nunca viven con sus padres, pues dicen que es difícil estar alegre entre viejos, y la alegría es una de sus características.

Cuando se va a alquilar una geisha a la oficina central, un empleado presenta una lista con cientos de nombres, se señala una y el aviso parte al momento. En un registro se apunta su salida y al regresar a su casa, su ingreso. Así se sabe cuáles son las disponibles. Los avisos se hacen, y a poco de hacerlos ya está la geisha dispuesta para la fiesta, y también se hacen con anticipación para una fecha dada, exactamente como aquí se alquila o encarga un "taxi".

La geisha hace lo que se la ordena, canta, baila, juega, o simplemente permanece sentada horas y horas, haciendo compañía y animando la reunión con su conversación.

Los beduinos nómadas, como tienen poco que hacer, y nada en que pensar, permanecen horas y horas sin hacer nada, metidos en sus tiendas, silenciosos y tristes. Su tristeza sólo la disipa el tabaco de Arabia o "titun". Los árabes tienen verdadera pasión por esta clase de tabaco, que fuman hombres y mujeres, aunque les encocora ver que los vendedores de "titun" se enriquecen con su vicio.

Los pobres, que nunca consiguen tener lo bastante para comer, se gastan lo poco que tienen en este tabaco, y muchos se desprenden de una cabra o de una oveja para tener el regodeo de "fumar una semana".

Las mujeres hilan y tejen la lana, sin descanso, para no pedir nada prestado, pues esta costumbre en muchos países es considerada como un vicio entre ellas, y, sin embargo, malvenderá cualquiera de sus trabajos por poder echar una pipada de "titun".

Dando un salto geográfico, nos plantamos en el río Mackenzie, entre los esquimales de Alaska, cuya existencia es notable por lo monótona, lo sencilla, lo aburrida, y por sólo conocer un vicio; una sola diversión: el hacer todo lo que está prohibido. Como el adulterio tiene allí menos importancia que aquí el echar un piropo, no les subyuga; como está permitido, no tiene gracia; en cambio echar una redada para pescar en domingo es un vicio y todos lo hacen. Los misioneros les dijeron que el domingo no se podía trabajar, y como para ellos el único trabajo es echar las redes, la prohibición fué el pescar con red.

Algunos pescan en domingo con caña, pero eso no les satisface, porque creen que eso no se prohibe. La cuestión es pescar con red. Eso es delicioso, es pecado; es un vicio.

¿Qué es, pues, vicio?

Canción de la esperanza perdida

Yo perdí esta esperanza en un punto lejano,
En un punto en que el río murmuraba cercano.
La esperanza perdida que nació sin saber,
O que el viento la trajo en un atardecer.

Fué la esperanza errante que solo una vez llega
Y se aferró a mi vida que un dulce ensueño anega.
Mas un día callada se alejó temblorosa
Y hubo entre mis manos un deshojar de rosas.

Desde entonces mis labios repiten la canción,
La canción que ha vibrado dentro mi corazón!
Esperanza perdida, que te diste a volar
¡Oh dime donde, dónde te podré encontrar!...

Delia Esther VISILLAC

El árbol desconocido

Este árbol, si creemos a los periódicos ingleses, se encuentra en el Africa del Sur, en el parque de Kolokoé.

Es ejemplar único de su especie, y los indígenas le llaman "el árbol que nadie conoce".

Acerca de él existe una leyenda. Fué plantado, hace muchísimos años, por un jefe de la tribu, llamado Makadikoe, el cual, expulsado del país por su hermano rebelde, volvió triunfador algún tiempo después. Para celebrar el triunfo y perpetuar su recuerdo, Makadikoe plantó el árbol en cuestión, proclamando ante sus súbditos, que aquel árbol era y seguiría siendo eternamente único en el mundo.

"El árbol que nadie conoce" mide diez metros de alto, no da ningún fruto y segrega una savia que, al contacto del aire, toma un color rojo de sangre.

El emperador de los ojos distintos

Hace mil cuatrocientos noventa y siete años, ingresó al ejército de Zenón, emperador de Oriente, un joven de finas facciones y original inteligencia. Se llamaba Anastasio y era de humilde origen. Captóse el joven las simpatías de la emperatriz Adriana, la cual enamoróse de él. Lo que más impresión causó en la esposa de Zenón fueron los ojos de Anastasio, grandes y adormecidos, uno negro y el otro azul. Años después, al enviudar Adriana se casó con él. Anastasio, fué proclamado emperador.

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Imitación de la madera de cedro. — Los objetos pequeños de madera blanca toman el aspecto del cedro por medio de un tinte compuesto de 200 partes de cateçú o tierra del Japón, 100 partes de sosa cáustica, y 1000 partes de agua. Echense los objetos de madera en esta mezcla y pónganse a cocer en ella durante unas horas. Después se enjuegan con lejía clara y se dejan secar; si no están bastante obscuros, se repite la operación otra vez. Este tinte tiene la ventaja de penetrar tan profundamente en la madera, que aunque los objetos se rocen no se descubre su primitivo color.

Para limpiar las guitarras, violines, etc., se puede emplear una mezcla de aceite de linaza, trementina y agua a partes iguales, agitándola en un frasco hasta que forme una especie de crema o emulsión, que se aplica al instrumento con un trapo.

Después de frotarlo y secarlo, se le saca brillo con un paño de lana.

Cola para sellos de correo. —En los Estados Unidos se emplea una cola que puede ser muy útil en fotografía. Es barata y fácil de preparar. Se compone de 2 partes de dextrina, 1 de ácido acético, 6 de agua y 1 de alcohol.

Se mezcla el ácido con el agua, se disuelve la dextrina en la mezcla, y finalmente se agrega el alcohol.

Los objetos de alabastro amarillentos por causa del humo y del polvo se pueden volver a su blancura primitiva lavándolos con agua y jabón y restregándolos al propio tiempo con la hierba llamada cola de caballo. También pueden restregarse con un pincel duro impregnado en yeso en polvo.

Agua de Vichy artificial. —Aunque es imposible imitar a la perfección las aguas minerales naturales, porque siempre contienen substancias secundarias que el análisis químico no puede revelar, sus sales pueden ser reproducidas artificialmente, hasta cierto punto. He aquí la fórmula de la sal de las aguas de Vichy:

Tómense 846 partes de bicarbonato de sosa; 38,5 de carbonato de potasa, la misma cantidad de sulfato de magnesia seco, y 77 partes de clorato de sosa. Disolviendo una parte de esta sal en 200 de agua, se obtiene el agua de Vichy artifical.

Para aumentar la solidez del niquelado basta someter el objeto a una temperatura bastante elevada, a fin de que la delgada capa de níquel depositada en la superficie se fusione con el metal donde está adherida.

Para que se vean las inscripciones grabadas en cristal. — A consecuencia de la transparencia del cristal son poco visibles los trazos grabados con ácido fluorhídrico. Cuando se acaban de trazar se destacan en blanco por efecto de la presencia de los fluoruros que quedan en los huecos, pero cuando se lava varias veces el cristal, se debilita mucho la visibilidad.

Es fácil obviar este inconveniente, tan molesto cuando se trata de probetas para medir productos químicos, llenando los huecos del grabado con una substancia opaca y coloreada igual a la que se usa en el grabado en cobre de las placas que se emplean para rótulos.

Sobre la superficie del cristal grabado y previamente lavado y perfectamente seco se aplica frotando y haciendo presión con la yema de un dedo o con una barra de caucho cerusa machacada en aceite, hasta que todos los huecos estén bien llenos. Después se frota con una muñequilla de trapo bien apretada y de superficie lisa, para que no quite más que la pasta adherida a la superficie del cristal y no alcance a la incrustada en los huecos. A continuación se pasa el dedo espolvoreado con sulfato de barita, vermellón o negro de humo finamente pulverizados. La pasta grasa fija la materia colorante y los rasgos se destacan nítidamente en blanco, en rojo, o en negro. Basta, por último, enjugar suavemente con una muñequilla de trapo para quitar el exceso de materia colorante.

Hay que dejar pasar varios días antes de frotar y pegar los utensilios así preparados, para dar tiempo a que se endurezca la cerusa, machacando ésta con 10 por 100 de secante en polvo.

Cuando se graban placas, se pueden obtener muy bonitos efectos, poniendo negro y blanco, y rojo y negro en cada una de las iniciales de una cifra. También se obtiene un efecto muy bonito con trazos blancos pintando el reverso de la placa con barniz negro.

Para limpiar la pintura de la carrocería de los automóviles. — Basta para ello pasar un trapo de lana empapado en aceite de lino; esto hace desaparecer las manchas de orín que produce la humedad.

Si la pintura se descascarilla y se quiere arreglar el desperfecto, conviene untar antes, la parte que ha de pintarse, con aceite de lino hirviendo; esta substancia penetra en los poros del metal, quita la humedad y hace que quede mejor adherida la capa de pintura que debe pasarse inmediatamente.

El latón adquiere un hermoso tono negro permanente sumergiéndolo en un baño constituído por 11 litros 355 gramos de agua; acetato bibásico de cobre, 907 gramos; carbonato de sosa, 907 íd. carbonato de amoníaco, 907 íd.

Si es el níquel lo que se desea teñir de negro, el baño debe estar compuesto así: agua, 3 litros 785 gramos; sulfato de níquel y de amoníaco, 34 gramos 02; sulfocianuro de potasio, 85,05 gramos; y carbonato de cobre, 56,70 gramos.

Para colorear la plata de rojo, se emplea un baño formado mezclando en partes iguales dos soluciones, compuesta la primera, de 9 gramos 72 de nitrato de urano y un litro 130 de agua, y la segunda de prusiato rojo de potasa, en las mismas cantidades.

Luego se añaden 283 de agua, calentando el baño hasta que el metal adquiera el tono rojo deseado. Si se quiere que la coloración sea verde grisácea en vez de roja, se reemplaza el baño anterior por otro formado de una solución de 35,4 gramos de yodo y otra de 35,4 gramos de yoduro en medio litro de agua.

Para separar la miel de la cera. Algunas veces ocurre recibir un panal de abejas y no saber separar la cera para poder utilizar la miel. En este caso, se mete el panal en una sartén bien limpia y se pone a fuego lento, añadiendo una cucharada grande de agua por cada libra que pese el panal. De vez en cuando se remueve con un alambre galvanizado, hasta que todo el contenido de la sartén se halle en estado líquido, pero sin permitir que hierva. Quítese entonces la sartén del fuego y déjese enfriar; la cera, formando una especie de pan al que se habrán adherido todas las impurezas, podrá entonces separarse fácilmente con un cuchillo

Secretos revelados del lenguaje de los animales

"Un pájaro no está en realidad modulando una canción cuando canta: está pronunciando un discurso".

Con estas palabras iniciaba hace unas semanas su conferencia el eminente hombre de ciencia de la Universidad de Colombia, Dr. Guillermo M. Petterson, en la que presentaba un pajarito gris, con el cual podía conversar utilizando su vocabulario de 300 palabras.

Este pajarito, "Serinus Lencopygius", tardó dos años en mostrar su lenguaje que aprendió el Dr. Petterson, el cual obtuvo de sus observaciones las siguientes conclusiones:

Las notas del pájaro corresponden exactamente a las vocales y consonantes del lenguaje humano.

En el alfabeto de los pájaros hay veinticuatro letras, siete vocales y diecisiete consonantes, agrupadas en palabras y sílabas semejantes a las nuestras.

El pájaro que Petterson mostrara despertaba a la misma hora todos los días e invariablemente hacía un ligero discurso de catorce segundos.

Las curiosas observaciones de este hombre de ciencia han arrojado bastante luz sobre las preguntas que, desde tiempos remotos, se hacían en vano los hombres. ¿Pueden los animales hablar? Esto supuesto, ¿podemos hablar con ellos? ¿Cómo?

Todos los que se han encariñado con un perro o un caballo se han quejado de que éstos no supieran hablar y acaso hayan dicho en más de una ocasión: "Parece que está hablando". Pues bien; ahora parece que es cierto que hablan, que cuando ponen cara de inteligencia es que quieren conversar con nosotros, hacernos partícipes de sus sensaciones.

Un perro menea las orejas y agita la cola y esos movimientos quieren expresar su estado cuando los ejecuta.

Además, sus ladridos, estudiados, nos transmiten sus deseos, nos avisan de cuál es la tranquilidad o irritabilidad que les posee.

Algunos de ellos aprenden el nombre de la persona a quien estiman, y cuando lo oyen dan testimonio de su alegría.

En el Congreso Internacional de investigaciones psíquicas de París, el científico alemán Dr. Guillermo Neuman declaró que su perro "Rolf" comprendía lo que él le decía y le contestaba con señales consistentes en una serie de ladridos.

El Dr. Karl Krall afirmó que él había enseñado a su caballo los nombres de sus visitantes, utilizando un alfabeto consistente en golpes sucesivos, dados con el pie.

Los experimentos más notables hechos para conseguir que los animales hablen los hizo con monos el profesor Robert M. Jerkes, del departamento de psicología de la Universidad de Yale.

Los años de estudio que a ellos dedicó le han convencido de que si bien los monos son incapaces de formar palabras humanas, poseen un lenguaje propio, del cual comprobó el doctor treinta y dos sonidos con los cuales expresaban sus sensaciones.

Durante varias semanas, el profesor Jerkes intentó que un chimpancé imitase los sonidos modulados por el hombre, sin lograr que los articulase.

De las sesiones del Congreso se ha concluído que los animales, incapaces de realizar la complicada operación del discurso humano, tienen un lenguaje propio que el hombre puede aprender y con el que lograría entenderse prácticamente con ellos.

Notas cinematográficas

NUEVO DIRECTOR QUE LLEGA. — Cuando hace algún tiempo el Sr. Fiedelbaum, Director General de Metro-Goldwyn-Mayer en la Argentina, debió ausentarse a los Estados Unidos en busca de un breve y merecido descanso, informamos que seguramente lo tendríamos muy pronto de nuevo entre nosotros. Sabíamos que Metro-Goldwyn-Mayer consideraba al Sr. Fiedelbaum insubstituible frente a la organización que había creado con tan rara inteligencia y tan infatigable actividad, y conocíamos también los deseos del Sr. Fiedelbaum, inspirados en el vivo afecto que siempre sintió por esta tierra, en la que supo granjearse tantas y tan merecidas simpatías.

Informaciones posteriores anunciaron que Metro-Goldwyn-Mayer, había elevado al Sr. Fiedelbaum a un cargo superior en su organización central, en reconocimiento a sus excepcionales pruebas de capacidad y a sus inestimables servicios.

Metro-Goldwyn-Mayer debió contemplar, pues, la necesidad de reemplezar al Sr. Fiedelbaum. Porque si la gerencia del Sr. Dunlap era una garantía de éxito en sus negocios, el crecimiento de la empresa y la instalación de sus nuevas sucursales, exigían la división atinada de las responsabilidades inherentes a una tan vasta y tan complicada organización.

Fué obedeciendo a esta necesidad que Metro-Goldwyn-Mayer eligió entre los hombres más capaces de la organización al que debía reemplazar al Sr. Fiedelbaum, continuando su obra con la misma inteligencia y con celo igualmente infatigable. El nombramiento ha recaído en la persona del Sr. Carl Sonin, y esta designación dice claramente toda la importancia que Metro-Goldwyn-Mayer atribuye a sus actividades en esta parte del Continente.

El Sr. Carl Sonin es uno de los más antiguos e inteligentes colaboradores de Metro-Goldwyn-Mayer. Conocedor profundo de todos los resortes del negocio, ha desempeñado en esta gran organización los puestos de mayor responsabilidad, viendo siempre coronados sus esfuerzos por un éxito que no era sino la inmediata consecuencia de una voluntad que no conoce decaimiento, y de una inteligencia mantenida siempre en plena actividad.

Como representante especial de Metro-Goldwyn-Mayer y Gerente de diversas Sucursales, prestó a esa empresa servicios inestimables, al mismo tiempo que conquistaba la simpatía de los exhibidores por su espíritu equitativo y servicial y su carácter afable y caballeresco.

Ultimamente, el Sr. Sonin desempeñaba el elevado cargo de Gerente de la Sucursal de Metro-Goldwyn-Mayer en Nueva York, cargo que se hallaba ejerciendo cuando fué promovido para ocupar la dirección general de los negocios de la empresa en la Argentina, Uruguay, Paraguay, Chile, Perú, Bolivia y Ecuador.

El Sr. Sonin sentía desde hace tiempo una gran simpatía por nuestro país, de cuyo progreso está perfectamente compenetrado. Al recibir la noticia de su nombramiento, agradeciéndolo a nuestro Vice-Presidente, Sr. Arturo Loew, le manifestó la viva complacencia con que lo aceptaba, y su firme resolución de poner toda su voluntad y sus vastos conocimientos en la prosperidad de la industria en la Argentina.

Los exhibidores pueden estar seguros de que tendrán en el Sr. Sonin un colaborador inteligente, dispuesto a favorecer todas las iniciativas que redunden en beneficio general del negocio cinematográfico.

REAPARICION DE BESSIE LOVE EN LA PELICULA "A CAZA DEL MARIDO". — En esta obra, que comienza a exhibir la Universal, reaparece esta simpática artista. He aquí el argumento de la cinta: Patricio Kelly, mientras está en Francia, durante la guerra, tiene una gran cantidad de novias y a todas les dice que cuando termine la guerra vayan a Nueva York a casarse con él. Jeanette, toma en serio esta manifestación y seis meses después de terminada la guerra llega a Nueva York como camarera de un vapor Francés. Como no se le permite desembarcar huye del vapor, pero es vista por Buck Johnson, un oficial de la policía de inmigración que era en Francia un rival de Patricio Kelly en el amor de Jeanette. Johnson quiere conquistar a la muchacha pero ésta, aprovecha un descuido de él y huye hacia la ciudad.

Después de mucho caminar, Jeanette encuentra a Kelly, que es agente de tráfico y cuando él le da su dirección ella va a su departamento y se instala. Johnson trata de arrestar a Jeanette para reembarcarla para Francia, pero Kelly ama realmente a Jeanette, pero ésta cree que no es así y desalentada vuelve al buque. Mientras Kelly está preso recibe una comunicación por la que le manifiestan que Jeanette ha sido embarcada. Consigue permiso de su jefe y en un camión de la policía va hasta el puerto, llegando a tiempo para tomar en sus brazos a Jeanette antes de la salida del barco.

"A LA CARCEL CON ELLA"

Así se titula la nueva película Jewel — con Laura La Plante como estrella, que acaba de estrenar la Universal. — Su asunto es el siguiente: Laura Elliot, una joven y bonita pintora de una pequeña población, va a Nueva York con el pretexto de vender sus cuadros, pero en realidad para perder de vista a su madrasta y a la hija de ésta. Poco después de llegar a Nueva York se emplea como vendedora en el importante establecimiento Lacey. Un día de fuerte lluvia. Laura conoce a Jaime Lacey, hijo del dueño del establecimiento, el que se hace pasar por "chauffeur". Los jóvenes continúan viéndose y nace entre ellos un gran aprecio.

Laura recibe un día un telegrama de su madrasta, en el que le participa que ella y su hija irán a Nueva York para conocer de cerca sus triunfos y riqueza. Ella trata de eludir su presencia, pero las encuentra en el establecimiento Lacey y ellas le proponen ir a su casa. En la puerta de la tienda se halla Laura con Jaime, el que hace pasar por su "chauffeur". Conociendo el muchacho los aprietos en que se halla Laura y encontrándose su casa sola, pues su hermana y su padre están de viaje, le propone que lleve a su madrastra a la casa de sus supuestos patrones, lo que Laura acepta para salir del apuro. Jaime Lacey (padre), regresa inespeadamente y es llevado preso por sospechoso mientras estaba atisbando lo que pasaba en su casa. A la mañana siguiente consigue su libertad y al llegar a su establecimiento reconoce a Laura como la persona que lo hizo detener. Inmediatamente la hace arrestar, pero al descubrir que gracias a ella su hijo trabaja, los obliga a casarse con gran sorpresa de Laura, que se entera que el joven "chauffeur" es uno de los herederos más ricos de la ciudad.

"EL HIJO DEL PECADO". — Se han dado los últimos toques para la exhibición de la obra "El hijo del pecado", cuyo estreno se anuncia para dentro de pocos días.

Esta película, producción nacional de Anselmi Film, constituye una comedia dramática en seis actos, en la cual intervienen A. Andrada, Video Anselmi, Josefa Faromero, Enrique Zingoni, Guido Bayo, Lucas Navarro, Fioretti Napoleone y otros artistas.

CELOS ASTUTOS

¡Quien pudiera entender a las mujeres!...
Muy a pesar de la afección constante
que mi alma te depara, a cada instante,
¿es verdad — me preguntas — que me quieres?

De tus supuestos celos no me admiro
y, en cierto modo, hasta me causa gracia
que me asedie la terca suspicacia
que dices, simulando, que te inspiro...

Porque yo sé que en esa frágil duda,
tu perspicacia, sutilmente, escuda,
la ansiedad de colmarte del placer

de oirme conjugarte, zalamero,
en pasado, presente y venidero,
el verbo pasional de mi querer.

Diego DOSIL SANCHEZ.

FRAY MOCHO
SE PUBLICA LOS MARTES
Oficinas: CERRITO, 607 BUENOS AIRES
De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábado: de 9 a 12
U. T. Mayo 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . „ 5.00	Semestre . „ 6.00	Semestre „ oro 4.00
Año . . . „ 9.00	Año . . . „ 11.00	Año . . . „ oro 8.00
N.º suelto . „ 0.20	N.º suelto . „ 0.25	
N.º atrasado „ 0.40	N.º atrasado „ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.o 23 — CHARADA

Tiempo de verbo *una dos;*
no hay que *tres* a una casada
pues te surge un *dos y prima*
que te lleva la enlutada.
El *todo* es un apellido,
es nombre de una escritora,
y si no me la resuelven
tienen mala pensadora.

N.o 24 — JEROGLIFICO

MAL MAL
MA
ÑA ÑA ÑA

N.o 25 — COMPRIMIDO

9.° y M VCC NO

N.o 26 — FRASE EN ACCION



N.o 27 — CHARADA

—Yo no *tercia segunda prima segunda* mi demarcación; también *prima segunda* algo las inmediatas.
—Sí; ya sabemos todos que eres un hombre muy *todo*.

N.o 28 — COMPRIMIDO

5 1 1000

N.o 29 — CHARADA

—Que *tercia prima*, parece un personaje de *segunda prima cuarta*.
—Pues para remachar más el clavo le da por la *todo*.

N.o 30 — JEROGLIFICO

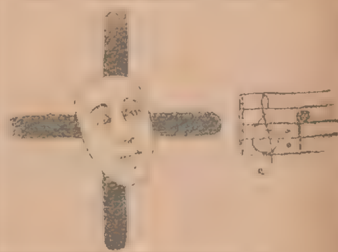
OCA

Belicoso

N.o 31 — ACERTIJO

De un obscuro rinconcito
salgo rápida, muy rápida,
a turbar las alegrías
y a tronchar las esperanzas.

N.o 32 — JEROGLIFICO



N.o 33 — ANAGRAMA

¡TALLA UNA PERLA

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.o 12—Ocaso.
„ 13—Prolegómenos.
„ 14—Almoneda.
„ 15—Endecasílabo.
„ 16—Camisa.
„ 17—Comunidad.
„ 18—Ovíparos.
„ 19—Tuvo a raya a medio mundo.
„ 20—Hacerse el chiquito.
„ 21—Pétalo.
„ 22—Mae Murray - Rod La Rocque - Hort Gibson.

La cerámica de Chelsea

Cerca de doscientos años tiene de merecida fama la ciudad de Chelsea, en Inglaterra, por su cerámica. La primera fábrica se fundó en 1744 ó 1745 y empezó a adquirir renombre por sus jarritas de porcelana blanca con relieves, verdaderas joyitas del arte, de 10 a 11 centímetros de alto, llamadas jarras del chivo y la abeja".

El primer propietario de la fábrica fué un tal Carlos Gouyn, al que sucedió en 1750 Nicolás Sprimont, un platero de Soho, por lo que se explica la marca en una de esas jarras, que lleva la inscripción "Chelsea, 1745", dentro de un triángulo, lo mismo que una jarra de plata hecha en Londres en 1737.

Sprimont pertenecía al gremio de plateros de la capital de Inglaterra en 1742. Dos de sus platos de plata figuran en la colección real del palacio de Buckingham.

Se cree que los dos primeros propietarios de la fábrica de Chelsea eran franceses, aunque muchos afirman que eran flamencos.

Sus primeros trabajos se distinguían por el esmalte y por el aspecto vítreo de su masa.

Los productos fabricados por Gouyn eran variadísimos y transparentes.

Cuando Sprimont se hizo cargo de la fábrica, se enteró que el primer propietario seguía fabricando en Londres objetos de cerámica que ponía a la venta en un almacén de Londres. Entonces, el segundo propietario Sprimont puso un anuncio que hizo repartir por la capital inglesa, que decía: "Los señores y personas de calidad pueden estar seguros de que nada tengo que ver con los objetos expuestos a la venta en la calle de San Jaime, en la casa llamada "Almacén de China de Chelsea".

Nicolás Sprimont introdujo varias mejoras en la fábrica, empleó nuevas fórmulas y fabricó porcelanas y loza para usos domésticos con dibujos de aves y otros animales, grupos y magníficos adornos en colores y dorados.

Muy característicos eran los fondos de un solo color: entre llamaban la atención los de azul mazarino, "gros bleu" carmesí, verde claro, azul turquesa y morado rojizo, este último inventado en Chelsea, de donde lo tomaron las manufacturas de Sévres y de Meissen.

La china de Chelsea, por la belleza del colorido, la suavidad de tonos y el brillo de su esmalte, rivaliza con la páte tendre", de Sévres.

Poco más o menos al mismo tiempo que nacía la industria cerámica en Chelsea, se fundaba otra en un pueblecito, Bow, cerca de Londres, a orillas del Sea, en donde Eduardo Heylyn y Tomás Frye pusieron una fábrica de porcelana.

Es curioso hacer notar que los secretos en la fabricación de porcelana se han descubierto en seguida y ha brotado inesperadamente docenas de imitadores por todas partes.

En 1747, Aaron Simpson y otros seis alfareros del condado de Stafford fueron a trabajar a la fábrica de Chelsea, y poco después regresaron a Burslem, donde siguieron trabajando por su cuenta.

En fecha posterior, Tomás Wedgwood decoraba los objetos de Chelsea bajo la dirección de su socio Bentley, pintando a la manera etrusca.

La enfermedad y las dificultades monetarias de Sprimont obligaron a que se hiciese una venta de objetos en pública subasta, en 1763, y un año después se hacía otro tanto con la fábrica y todo lo que en ella se contenía. Las ofertas no debieron ser muy satisfactorias, porque hubo que hacer otra subasta en 1769, en la cual la planta, los moldes, etc., pasaron a poder de Guillermo Duesbury, de la fábrica de Derby.

En 1770 a 1784 Duesbury dirigió dos fábricas, y esa época se conoce con el nombre de período Chelsea-Derby.

En 1784 el citado Duesbury demolió la fábrica de Chelsea, y en 1776, la de Bow fué igualmente absorbida por la de Derby.

Ninguna fábrica de Inglaterra ha sido más fecunda en porcelanas como lo fué la de Chelsea entre los años 1750 a 1746 Walpole escribió en 1763 que había visto un juego de porcelana de Chelsea que el rey iba a regalar al duque de Meckenburgo, que había costado 1.200 libras esterlinas, 30.000 pesetas a la par. Las piezas eran de color azul mazarino, con adornos dorados.

Muy notable también es el juego de chimenea de nueve piezas, de color morado rojizo, clarete, como entonces se le llamaba, hecho por encargo del rey Jorge III para regalárselo a lady Liverpool, juego que en 1920 se vendió por 6.200 guineas, unas 145.000 pesetas.

Este juego de chimenea pasó de la colección Dudley a poder de lord Tweemouth, luego a lord Burton, después a lord Astor, siendo su último propietario lord Bearstead.

PAPEL Y TINTA

"Diccionario de Metapsíquica y Espiritismo", por Quintín López Gómez.

La tecnología metapsíquica y espiritista ha llegado a ser tan vasta y tan variada y perturbadora, que en los últimos Congresos celebrados en Varsovia y en París, por los metapsiquistas, y en Bruselas y en París, por los espiritistas, se tomó el acuerdo de ir a la unificación; idea que felizmente fué desechada ante la imposibilidad de ponerse de acuerdo los autores y ante la consideración de que fuera cual fuere el léxico que se adoptase, siempre resultaría que quedarían fuera de él una porción de vocablos que por hallarse diseminados en distintas obras, seguirían produciendo la misma perturbación que hoy producen.

El remedio más eficaz, el remedio único para armonizar el desbarajuste, era reunir en un "Diccionario" todas esas palabras, a fin de que el lector pudiera tener a mano un auxiliar que le pusiera en claro el valor positivo de aquellas que, por ser novísimas o poco usadas, no se encuentran en los Diccionarios corrientes.

Esta idea le fué sugerida a don López, el fundador y director de la Revista de estudios psicológicos "Lumen", y producto de ella fué el "Glosario" ya totalmente agotado, que dió a luz en el año 1926.

Pronto reconoció este fecundo autor que aquel "Glosario", que tan buena acogida tuvo, era insuficiente para llenar las necesidades que se venían sintiendo, y decidió transformarlo en "Diccionario" corrigiéndolo y aumentándolo hasta quintuplicarlo, e ilustrándolo con acopio de grabados y de ejemplos.

Este es el "Diccionario de Metapsiquismo y espiritismo", que la Editorial Maucci acaba de poner a la venta, mpreso en excelente papel, con tipos nuevos y exornado con rica cubierta alegórica.

No vacilamos en afirmar que el nuevo "Diccionario", punto menos que enciclopédico, ha de llenar las aspiraciones de los aficionados a los estudios metapsíquicos, ocultistas y espiritistas, tomando estos vocablos en sus sentidos más amplios; pues aparte de la competencia del autor, bien probada con las numerosas obras que tiene dadas al mercado, y con los seis lustros de paso de publicación no interrumpida de su Revista, que gozó de predicamento en Europa y América, ha tenido el feliz acierto de elegir, para ilustración de muchísimas palabras, aquellos hechos o aquellos fragmentos que por venir adverados, o por pertenecer a quienes pertenecen, llevan el sello de autoridad indiscutible.

Auguramos a la casa Maucci un éxito envidiable de librería, y al autor, una nueva hoja de laurel para su corona.

"El Diccionario de Metapsiquica y espiritismo", forma un hermoso volumen en cuarto de 456 páginas, ilustrado con numerosos fotograbados, impreso en excelente papel y ostenta una artística cubierta en tricromía de Gastón Pujol.

X.

"Revista de las Españas"

Sumario del número correspondiente al mes de agosto, de la "Revista de las Españas", que publica en Madrid la Unión Ibero Americana.

El cultivo de las humanidades como lazo de unión iberoamericana, por Luis Araujo-Costa. Parenthesis antigeográfico, por Fidelino de Figueiredo. La Hansa alemana, por León Martín-Granizo. Fomentando el turismo en España. El régimen jurídico y de responsabilidad en la América Indiana, por Carmelo Viñas. Sobre la Ciudad Patria, del P. Victoria, por José Prat. Revista literaria americana, por Benjamín Jarmés. Indice de revistas, por Miguel Pérez Ferrero. Información política, social, económica y cultural española e iberoamericana. Vida social de la Unión Ibero Americana. Libros recibidos en la Biblioteca de la misma.

Ilustran el texto interesantes grabados.

"Nosotros"

El número correspondiente al mes de Agosto, que acaba de aparecer, de esta importante publicación mensual trae un nutrido y escogido material de lectura, entre los cuales se advierten conocidas firmas de nuestros círculos artísticos.

A fin de corroborar lo afirmado precedentemente, vamos a citar algunos de esos trabajos: "Mujeres de Ibsen", por María Alicia Domínguez; "Décimas contemporáneas", por Fernández Moreno; "La madrasta" (cuento), por Alvaro Yunque; "La inocencia de Sacco y Vanzetti", por Luis Reissig; "Naturaleza del radicalismo en la política argentina", por Ramón Doll; "Traducción del canto XIII del "Infierno", por Aníbal Luis Beruti; "Orientaciones de la cultura catalana", por Juan Estebrich; "Notas políticas", por C. Villalobos Domínguez.

Además, figuran también interesantes comentarios sobre teatro nacional, teatro extranjero, crónica musical, bibliografía, etc.

MUSICA

"Himno a la Madre Patria" se titula la interesante composición musical que acabamos de recibir, de cuya música y letra son autores, respectivamente, los señores Juan Serpentini y Humberto Bórguez Solar.

Dicho himno, que se halla dedicado a las naciones americanas de raza española, como homenaje de confraternidad americana, puede ejecutarse en coro a una o dos voces, y ha sido aprobado por el Ministerio de Instrucción Pública para uso de las escuelas nacionales.

Instituto Cristóforo Colombo

Bajo el patronato del rey de Italia, se fundó en Roma, el *Instituto Cristóbal Colón*, Asociación cultural y económica ítalo-latino-americana con objeto de promover y favorecer el desarrollo de las relaciones culturales y económicas entre Italia y los países latino-americanos.

El Instituto:

1.o ha creado en Roma una sede donde los latino-americanos y los ítalo-latino-americanos residentes o de tránsito por Italia, los estudiosos y todos aquéllos que se interesan por problemas de los países indicados en el párrafo precedente, puedan encontrarse y conocerse. Con tal motivo se ha instituído una Biblioteca y una sala de lectura y de trabajo:

2.o ha organizado y organizará cursos, conferencias y manifestaciones concernientes los mismos paíse:

3.o publica una Revista con objeto de ilustrar el movimiento político, cultural y económico de los Estados recordados y un Boletín especial sobre el movimiento comercial de los mismos:

4.o) publica una colección de estudios relativos a los países de que el Instituto se ocupa: promueve traducciones al italiano de las principales obras escritas en lengua española y portuguesa y traducciones al español y portugués de las principales obras escritas en italiano:

5.o) coordina la obra de las instituciones ya existentes, con finalidades en todo o en parte análogas a las de este Instituto:

6.o) asiste a los estudiosos de las mencionadas naciones, facilitándoles las más importantes indicaciones, y proporcionándoles pensionados, material de estudio y distribuyendo pensiones de viaje y estudio.

7.o) establece con análogas instituciones existentes en el exterior, relaciones de canje de material y publicaciones, para colaborar con ellas en empresas de carácter científico y económico:

8.o) facilita las investigaciones e iniciativas encaminadas a crear las más amplias relaciones económicas entre Italia y los países recordados.

El Instituto se compone:

1.o) de Socios fundadores y perpetuos que versarán al Instituto, al menos por una vez, la suma mínima de Liras 10.000:

2.o) de socios beneméritos, que versarán, además de la cuota social, la suma mínima de Liras 250, al menos por una vez.

3.o) de socios efectivos, que versarán, una cuota anual anticipada de Liras 100:

4.o) de socios honorarios, nombrados previa deliberación del Consejo Directivo, entre las personas y entidades que se hayan vuelto realmente beneméritas del Instituto:

5.o) de socios correspondientes nombrados mediante deliberación del Consejo Directivo entre los italianos y latino-americanos y también entre las personalidades y entidades de otras naciones que se han distinguido por obras de especial importancia en relación a los objetos que persigue el Instituto.

Podrán ser socios efectivos del Instituto ciudadanos italianos y latino-americanos, doquiera residentes.

Los socios efectivos se obligan a permanecer tales por un período no inferior a tres años.

La sede del Instituto es la siguiente: Roma (5) — Vía Nazionale 196.—

TEATROS

LA SEMANA

La última semana ha sido poco fecunda en novedades. Están abiertos casi todos los teatros, varias compañías han comenzado recientemente su temporada de primavera y, sin embargo, no puede decirse que las carteleras reflejen con fidelidad la situación. ¿Cansancio? Tal vez. Acaso, también, la conciencia de que no existiendo en cartera ninguna obra de mérito sobresaliente, vale más reprisar las que el público ha visto ya con más o menos complacencia.

Hay un poco de desorientación en todo esto. No se sabe qué hacer, fuera de cierto repertorio que la gente aplaude por costumbre y que los cómicos representan por costumbre igualmente, ya que algo hay que hacer después de levantado el telón.

No creemos pecar de pesimistas al dar esta impresión de la semana. De todos modos, siempre estaremos a tiempo de rectificarla, si en la próxima los sucesos nos dijeran que estamos equivocados.

EL ARTE TAURINO, LA RAZA Y VILCHES

El viernes último se asoció el actor Vilches a los festejos del día de la raza, estrenando la pieza "Sin razón" de la que es autor el ex torero Sánchez Mejía. En su momento comentaremos la pieza, pero cabe previamente hacer notar la circunstancia de que se haya dado esa coincidencia, casual o deliberadamente. El toreo no es ciertamente, la raza. Nosotros lo creemos y de seguro que Vilches también. No es el toreo la raza, pero es algo muy de la raza, porque es pasión, es valentía, es aventura, es sol y corazón de hombre y miradas de mujeres y mantillas y rumbo y jaleo... Decididamente, Ernesto Vilches es un buen actor y no es mal filósofo.

SEÑORITAS, NO

En el Cómico se desarrolla con bastante aceptación la temporada de revistas que fué iniciada en forma un tanto tumultuosa. Se cultiva allí siempre el género que ha dado en llamarse no apto para las señoritas. Nosotros creemos que la cosa no es para tanto. Picardía, reticencia, doble intención, tal vez un poquito más, pecadillos menudos, en fin. Pero como siempre andamos buscando cosas distintas, hombres y mujeres, no falta público masculino.

UN ESTRENO

La cooperativa de actores que dirige Pierina Dealessi ha debido de estrenar la pieza "Hay que tener clase", de R. Salvador Luengo. Es posible, sin embargo, que en vez de esa pieza, haya subido a escena otra titulada "La señora del gobernador", de Julio Faggioni. Ambas están ya suficientemente ensayadas y su destino es el mismo en todo caso. Ya se sabe que el orden de los factores no altera el producto. Y estos productos teatrales son, más que las alhajas de remate, inalterables.

De lo que resulte triunfante en definitiva, nos ocuparemos en el número próximo o de las dos, si hubiese lugar.

OTRA VEZ SALDIAS

El cartel del Nacional, donde ha sido reprisada con fortuna la pieza "El rancho del hermano", será estrenada en breve "Pigall's", de José Antonio Saldías, que parece tener mucha banca en la casa.

SMART

Mientras llega a las doscientas representaciones consecutivas "Nos cayó de arriba un cura", avanza hacia las trescientas "El teniente Peñaloza", después de servicios meritísimos que han de valerle pronto el grado de general, cuando pase a la reserva.

"TIERRA MUERTA", EN EL ATENEO

La compañía Tudela-Latorre, cumpliendo el programa que se ha impuesto en esta temporada que viene realizando con discreto éxito en el Ateneo, estrenó la comedia de Manuel Carballeda intitulada "Tierra muerta", que el actor Latorre dió a conocer al público español el año pasado, cuando actuaba en los teatros de la península. Se trata de una obra interesante y sino novedosa en su asunto, que gira en torno de un indiano regresado de América, bien dialogada y con un desarrollo lógico y claro, virtudes no muy comunes en el teatro contemporáneo. El protagonista, enriquecido con el trabajo en América, encuentra en su pueblo natal una "tierra muerta" e intensa su desenvolvimiento progresivo. Buen patriota, desea poner su juventud, pues apenas suma unos cuarenta años, y su capacidad económica en pro de su pueblo para que adelante. Sus propósitos se ven obstaculizados por un caudillo político, que trata, como muchos políticos, de mantener su situación personal a costa de todo. Los recursos de que se vale para anular la acción del indiano encuentran una resistencia invencible, que a la postre dan el triunfo al recién llegado.

Un episodio sentimental se mezcla al tema, bien que no contribuye a aumentar los valores teatrales de la pieza, que fué muy discretamente interpretada por las actrices Hortensia Zamora y Margarita Díaz y los Sres. Tudela, Pinedo y Latorre. El público aplaudió la comedia y a los intérpretes.

BATACLAN EN EL MAYO

El pequeño teatro de la Avenida, si no nos engaña la memoria, era el único que no había albergado en su vida una compañía bataclánica. Pero como en esta época de vuelos fantásticos se intenta todo, he aquí que ya lo tenemos bataclanizado. Los autores Guillermo A. Cayol y Arturo de Oliveira Cézar (hijo) se acaban de instalar en el Mayo con un elenco del más puro corte "rasimiesco". Dos revistas de los nombrados, "El almanaque de la alegría" y "La primavera en el Mayo", exhibieron el ingenio y la gracia del género, ingenio y gracia un poco viejos, pero siempre eficaces. Son dos revistas modestas en la letra y el vestuario, lo cual no quiere decir que no tengan derecho a larga vida en las carteleras. Rosarito Pacheco, la "vedette" del elenco, fué la heroína del almanaque y la primavera...

Aplausos y plácemes del público para todos.

"¡MUSICA, MUSICA!"...

Es el grito del momento en el Marconi, sala en que continúa trabajando con relativa fortuna la compañía lírica que dirige el maestro Capizzano. Desfilan las óperas tradicionales, miles de veces cantadas en Buenos Aires, pero nunca agotadas en su éxito.

El conjunto, sin ser nada del otro mundo, es aceptable. La medio soprano María del Río se ha incorporado, debutando con "Carmen", la bella opera de Bizet.

PARRA ORIENTALESCO

Como lo previmos comentando el estreno, "El harén de don Florencio" se ha instalado en el cartel del Argentino con carácter permanente y, a no fallar la taquilla por una gambeta del público, ha de permanecer firme hasta la clausura de la "season".

Parra, dueño de infinidad de recursos cómicos, hace reír al público todas las noches, contribuyendo en gran parte a favorecer las laboriosas digestiones de los burgueses de abdomen abultado que se sientan en los palcos, somnolientos...

ESTRENO "CHEZ MADAME PAGANO"

En el Ideal, después de sostener innúmeras noches la última obra de Berrutti, "La hermana María", se ha cambiado el cartel estrenándose la comedia "Más fuertes que los fuertes", escrita en colaboración por d ña Luisa Israel y Fernández Barbery. A ello aludiremos en nuestro próximo número.

LA MAIZANI

Se presentó en el cine Astral esta cancionista especialista en tangos y canciones populares, llenando una sección alternada con películas. Hay, pues, en Astral, una atracción más.

ZARZUELA EN EL AVENIDA

Con éxito actúa en el Avenida la compañía de zarzuela que recientemente se presentó, a raíz de abandonar el escenario la actriz mexicana María Teresa Montoya. La cosa marcha bien y promete durar toda la primavera.

EL TEATRO DE LA VIDA

Jorge Roura

Es el héroe teatral del momento. Comenzó a darse a conocer como un héroe cinematográfico. Ahora, después de su captura, es un héroe teatral. Nos explicaremos. El Roura de los primeros día, el que se apoderó de los quinientos mil pesos con toda limpieza, como un experto malabarista; el galán romántico de los amores con la dactilógrafa; el que desapareció sin dejar rastro; el que con poco más de veinte años ya era el factotum de una fuerte empresa comercial, a la que sugería operaciones estupendas y manejaba cantidades fabulosas; el que burlaba con fortuna e ingenio la persecución policial desconcertándola con telegramas fantásticos sobre rutas inverosímiles; el que escribía cartas desenfadadas a un diario de la capital saliendo en defensa de la noviecita y jurando su amor y su inocencia; el muchacho, en fin, que se suponía inteligente y audaz, ofuscado por su juventud, por su amor, por su impaciencia de dominio y por la tentación del momento, era un interesante héroe del film y de la leyenda, que recordaba los románticos personajes de otros días. Se ganó el perdón de muchos y hasta se oía por ahí el deseo de que escapara de sus perseguidores...

Pero el Roura que nos traen de Santa Fe, es un modestísimo personaje teatral de baja estofa. Es un héroe de sainete nacional. Ni un rasgo de ingenio, ni un gesto de espiritualidad, ni un rasgo simpático. El ídolo queda reducido a un pobre diablo que en su avilantez se imagina que porque haya podido eludir momentáneamente a la policía y comprar con su dinero ó con su cinismo a unos cuantos pobres de espíritu, va a poder también burlar o comprar a la justicia.

Se ha esfumado la aureola romancesca. No queda del supuesto héroe más que un delincuente vulgar sobre el que debe recaer la sanción de la ley con todo rigor para evitar malos ejemplos.

La sociedad está ya demasiado desquiciada en sus fundamentos morales para dar lugar a rancias sensiblerías y a complacencias peligrosas.

PINCHO

GRAND SPLENDID

Grandes llenos se suscitaron en este cine en la semana anterior y han de repetirse en ésta, dada la calidad de las películas que ya como estrenos o como reestrenos han de pasarse en estos días.

La concurrencia de nuestro gran mundo que se da cita en las veladas de moda, y los sábados y domingos, determina verdaderas reuniones sociales en los espectáculos de esta grandiosa sala.

CAPITOL

Un discreto número de espectadores viene asistiendo a este bonito salón, que este año ha ofrecido en carácter de exclusivas notables producciones del arte silencioso, que luego circularon por los carteles de todos los cines.

Un atrayente programa ha sido confeccionado para la semana que se va a iniciar.

GLORIA

La sala que administra el Sr. Marcos Sánchez y que por su estratégica ubicación en la venida de Mayo se ve siempre bien concurrida, ofrecerá en estos días interesantes películas de las mejores marcas.

PARC

Prosigue ofreciendo buenas funciones cinematográficas este salón de Palermo, sin rivales en la circunscripción. Películas de gran valor artístico y moral se pasarán en esta semana.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1 y 2. — Conjunto ,para la tarde compuesto de un abrigo de tafetán negro y de un traj: de tafetán escocés negro y blanco. Cuerpo ajustado con cuello y puños de encaje crudo. — 3. Trajecito de crespón de China estampado con flores blancas y azules sobre fondo negro. — 4. Traje d: muselina de seda estampado con flores beige y adornado con un pañuelo plisado al costado.



Blusas para deportes. — 1 — Blusa de crespón de China color verde almendra con cintas de falla de dos tonos diferentes y cuello de linón blanco. — 2 — Blusa de crespón de China color rojo vivo, adornada con incrustaciones de tela gris plata y negra. — 3 — Blusa de crespón de China rosa, y falda de la misma tela, color azul ultramar. Galoncito de plata para separar las partes rosa y azul. — 4 — Blusa y falda de Georgette rosa. La falda completamente plisada y la blusa guarnecida con cordoncillos de seda negra. Completa este conjunto un abrigo de marrocain negro con gran cuello rosa y cordoncillos.